

**TUS
LIBROS**



LA ISLA DEL Dr. MOREAU

H.G. Wells



se

Wells, personalidad ecléctica y nada inmovilista, que tan pronto se entusiasmaba por una idea o una persona como todo lo contrario; amigo de James, de Conrad o de Crane; pacifista y partidario del desarme, socialista utópico y viajero infatigable, publicó en 1896 este «grotesco teológico», por utilizar sus palabras. Quizá en ninguna otra obra anida una sátira tan amarga y despiadada como en ésta. Al dibujar los *humanimales* de la isla, tan increíbles como psicológicamente verosímiles, Wells hizo una cruel comparación con las leyes y principios morales de su tiempo, de la que los humanos no pudieron sentirse precisamente orgullosos.



H. G. Wells

La isla del Dr. Moreau

ePub r1.0

orhi 01.12.2019

Título original: *The Island of Dr. Moreau*

H. G. Wells, 1896

Traducción y notas: Catalina Martínez Muñoz

Apéndice: Javier Martín Lalande

Ilustraciones: Beatriz Ujados

Cubierta: Beatriz Ujados

Grabado del autor: Julio Gutiérrez Mas

Editor digital: orhi

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La isla del Dr. Moreau

Capítulo 1. En el chinchorro del «Lady Vain»

Capítulo 2. El hombre que no iba a ninguna parte

Capítulo 3. Un rostro extraño

Capítulo 4. En la barandilla de la goleta

Capítulo 5. El hombre que no tenía adonde ir

Capítulo 6. Los siniestros hombres del bote

Capítulo 7. La puerta cerrada

Capítulo 8. El grito del puma

Capítulo 9. La criatura del bosque

Capítulo 10. La llamada del hombre

Capítulo 11. La caza del hombre

Capítulo 12. Los recitadores de la Ley

Capítulo 13. Una conversación

Capítulo 14. El doctor Moreau se explica

Capítulo 15. Los Monstruos

Capítulo 16. De cómo los Salvajes probaron la sangre

Capítulo 17. Una catástrofe

Capítulo 18. El hallazgo de Moreau

Capítulo 19. Las vacaciones de Montgomery

Capítulo 20. A solas con los Monstruos

Capítulo 21. El salto atrás de los Monstruos

Capítulo 22. El hombre solo

Glosario

Apéndice

Bibliografía

Notas



HERBERT GEORGE WELLS (1866-1946)

*La presente obra es traducción directa e íntegra del original
inglés en su primera edición publicada por William
Heinemann, Londres, 1896.*

*Las ilustraciones, originales de Beatriz Ujados, fueron
realizadas expresamente para esta edición.*

El 1 de febrero de 1887, el *Lady Vain* naufragó tras colisionar con un pecio cuando navegaba a 1º de latitud sur y 107º de longitud oeste.

El 5 de enero de 1888, es decir, once meses y cuatro días después, mi tío Edward Prendick, un caballero muy reservado que zarpó de Callao a bordo del *Lady Vain* y que había sido dado por muerto, fue rescatado a 5º 3' de latitud sur y 101º de longitud oeste por un pequeño bote cuyo nombre era ilegible y que se supone perteneció a la desaparecida goleta *Ipecacuanha*. Los hechos que refirió eran tan extraños que todo el mundo lo tomó por loco. Posteriormente alegó que no recordaba nada de lo ocurrido desde el momento en que abandonó el *Lady Vain*. Los psicólogos de la época discutieron su caso como muestra curiosa de la pérdida de memoria resultante de un sobreesfuerzo físico o mental. El relato que aparece a continuación fue hallado entre sus papeles por el abajo firmante, su sobrino y heredero, sin ninguna nota que indicara expresamente el deseo de su publicación.

La única isla que se conoce en la zona en que mi tío fue rescatado es la Isla de Noble, un pequeño islote volcánico completamente deshabitado. En 1891 fue visitado por el *Scorpion*. Un grupo de marineros bajó a tierra sin encontrar el menor indicio de vida, a excepción de unas curiosas mariposas blancas, algunos conejos y cerdos y unas ratas bastante peculiares. Sin embargo, no capturaron ningún ejemplar, por lo que no es posible confirmar el relato en sus aspectos más esenciales. Una vez aclarado este punto no hay ningún mal en hacer público este relato, como supongo era deseo de mi tío. Hay al menos algo que dice mucho en su favor: mi tío perdió el conocimiento cuando se hallaba aproximadamente a 5º de latitud sur y 105º de longitud este y volvió a aparecer en el mismo lugar del océano once meses después. De una manera o de otra, tuvo que vivir durante ese intervalo de tiempo. Al parecer, una goleta llamada *Ipecacuanha*, al mando de un capitán alcohólico,

John Davis, zarpó de África en 1887, con un puma y otros animales a bordo. La nave fue vista en varios puertos del Pacífico sur y finalmente desapareció de estos mares (con un considerable cargamento de copra[1] a bordo), zarpando de Banya, hacia un destino desconocido, en diciembre de 1887, fecha en que coincide plenamente con la historia de mi tío.

Charles Edward PRENDICK

Capítulo 1

En el chinchorro del «Lady Vain»

No es mi intención añadir nada más a lo ya escrito sobre el hundimiento del *Lady Vain*. Como todo el mundo sabe, la nave colisionó con un pecio diez días después de abandonar Callao. El bote salvavidas, con siete tripulantes, fue encontrado ocho días más tarde por el cañonero *Mirtle*, y el relato de sus privaciones se ha hecho tan famoso como el aún más terrible caso del *Medusa*. Sin embargo, me toca ahora añadir a la historia del *Lady Vain* otra igualmente terrible y aún más extraña. Hasta ahora se ha creído que los cuatro hombres que viajaban en el bote perecieron, pero no es cierto. Tengo pruebas que soportan esta afirmación: yo era uno de esos hombres.

En primer lugar, debo explicar que nunca hubo cuatro hombres en el bote; éramos tres. Constans, «a quien el capitán vio saltar a la lancha» (*Daily News*, 17 de marzo, 1887), afortunadamente para nosotros y desgraciadamente para él, no consiguió alcanzarnos. Cayó entre un montón de cabos bajo los estays del destrozado bauprés; algún cabo pequeño se le enredó en el tobillo y por un momento quedó colgado cabeza abajo; luego cayó y chocó contra un motón o un palo que flotaba en el agua. Remamos hacia él, pero no volvió a salir a la superficie.

Digo que afortunadamente para nosotros no nos alcanzó y casi podría añadir que afortunadamente también para él, pues no teníamos más que un pequeño barril de agua y unas cuantas galletas empapadas: tan repentina había sido la alarma y tan poco preparado estaba el buque para este tipo de desastres. Pensamos que la gente de la lancha iría mejor provista (aunque al parecer no era así) e intentamos llamarlos. No debieron de oírnos, y al día siguiente, cuando dejó de lloviznar, lo que no ocurrió hasta después

del mediodía, ya no vimos rastro de ellos. No podíamos permanecer de pie mirando a nuestro alrededor; el cabeceo del bote nos lo impedía. Las olas eran enormes y teníamos grandes dificultades para mantener la proa en la dirección correcta. Los otros dos hombres que habían logrado escapar conmigo era un tal Helmar, pasajero como yo, y un marinero cuyo nombre desconozco, un hombre bajito, robusto y tartamudo.

Navegamos a la deriva, muertos de hambre y, desde que se acabó el agua, atormentados por una terrible sed, durante ocho días y ocho noches. Transcurrido el segundo día, el mar fue apaciguándose lentamente hasta quedar como un espejo. El lector es incapaz de imaginar cómo fueron aquellos ocho días. Por fortuna, nada hay en su memoria que le permita imaginarlo. Pasado el primer día apenas hablamos entre nosotros; permanecíamos inmóviles en nuestro lugar, mirando al horizonte, u observando, con ojos cada vez más extraviados, cómo la miseria y la debilidad se apoderaban de nuestros compañeros. El sol era implacable. El cuarto día se terminó el agua y empezamos a pensar cosas extrañas y a decirlas con la mirada; pero llegado el sexto día Helmar se decidió a expresar de viva voz lo que todos teníamos en la cabeza. Recuerdo nuestras voces: tan débiles que teníamos que acercarnos mucho para hacernos oír. Yo me oponía a ello con todas mis fuerzas; prefería barrenar el bote y que todos pereciéramos a manos de los tiburones que nos seguían, pero cuando Helmar dijo que si aceptábamos su propuesta podríamos beber, el marinero se puso de su parte.

No quise echarlo a suertes y, por la noche, el marinero no paraba de hablar con Helmar en voz baja, mientras yo permanecía sentado en la proa, con mi navaja en la mano, aunque dudo de que hubiera tenido valor para luchar. Así pues, por la mañana acepté la propuesta de Helmar y lanzamos al aire medio penique para decidir nuestra suerte.

Le tocó al marinero, pero era el más fuerte de los tres y no estaba dispuesto a tolerarlo, de modo que se abalanzó sobre Helmar. Lucharon cuerpo a cuerpo hasta casi ponerse en pie. Yo me arrastré por el suelo del bote e intenté ayudar a Helmar agarrando al marinero por la pierna, pero con el balanceo del barco el marinero tropezó y los dos cayeron por la borda. Se hundieron

como piedras. Recuerdo que aquello me hizo reír y preguntarme al mismo tiempo por qué me reía. La risa se apoderó de mí sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Me tumbé sobre una de las bancadas durante no sé cuánto tiempo, pensando en que, si tuviera valor, bebería agua del mar hasta enloquecer, para morir rápidamente. Y mientras estaba allí tumbado divisé, con tan poco interés como si fuera un cuadro, un barco que avanzaba hacia mí desde la línea del cielo. Mi mente debió de estar divagando durante mucho tiempo, y sin embargo recuerdo perfectamente todo lo que sucedió. Recuerdo que mi cabeza se balanceaba con el mar y que el horizonte, con el barco que lo surcaba, oscilaba de arriba abajo. Pero también recuerdo con toda claridad que tuve la impresión de estar muerto, y pensé en la ironía de que por muy poco no habían llegado a tiempo de encontrarme con vida.

Durante un rato, que se me antojó interminable, permanecí tumbado con la cabeza apoyada en la bancada, contemplando la goleta, que bailaba sobre las olas.



Era una pequeña embarcación, con aparejos de proa a popa, que aparecía y desaparecía entre las aguas. Continuó barloventeando de un lado a otro en creciente compás, pues navegaba con las velas arriadas. Jamás se me pasó por la cabeza el llamar su atención y, desde que vi su costado hasta que desperté en un camarote, no recuerdo nada con claridad. Conservo el vago recuerdo de haber sido arrastrado hacia el portalón, ante un gran semblante cubierto de pecas y pelo rojo que me miraba desde la batayola. También tuve la impresión de entrever una cara oscura de ojos extraordinariamente grandes cercana a la mía, pero pensé que se trataba de una pesadilla hasta que volví a encontrarla. Creo recordar que me hicieron tragar cierto mejunje. Y esto es todo.

Capítulo 2

El hombre que no iba a ninguna parte

El camarote en el que desperté era pequeño y estaba bastante desordenado. Un joven rubio, con un poblado bigote de color pajizo y el labio inferior caído, estaba sentado junto a mí, cogiéndome por la muñeca. Nos miramos por espacio de un minuto sin decir una palabra. Tenía ojos grises y acuosos, totalmente inexpresivos.

Entonces se oyó un ruido, como si arrastraran una cama de hierro, y el gruñido apagado de un gran animal. En ese momento el hombre habló. Luego repitió su pregunta:

—¿Cómo se encuentra ahora?

Creo que dije encontrarme perfectamente. No conseguía recordar cómo había llegado hasta allí. Debió de advertir la extrañeza en mi rostro, pues en aquel momento no podía articular palabra.

—Lo encontramos en un bote; se estaba muriendo de hambre. El bote se llamaba *Lady Vain* y había manchas de sangre en la borda.

En ese momento vi mi mano flaca, como un manojo de huesos, y entonces recordé todo lo ocurrido en el bote.

—¡Tome un poco de esto! —dijo, dándome una sustancia helada de color carmesí.

Sabía a sangre y me devolvió las fuerzas.

—Tiene suerte de haber sido recogido por un barco con médico a bordo —exclamó con cierto deje ceceante.

—¿Qué barco es éste? —pregunté lentamente con la voz ronca después de tanto tiempo sin hablar.

—Es un pequeño mercante que viene de Arica y Callao. Nunca pregunté de dónde zarpó en un principio. Del país de los tontos, supongo. Yo vengo de Arica. El estúpido a quien pertenece, que también es su capitán, un tal Davis, ha perdido su certificado o algo por el estilo. Ya sabe cómo es ese tipo de gente; a este cascarón le

llama *Ipecacuanha*, ¡vaya nombrecito! Aunque, cuando hay mucho mar por delante y ni gota de viento, se porta bien.

El ruido de arriba volvió a comenzar: un gruñido y una voz humana. Luego se oyó otra voz que decía algo así como:

—¡Maldito idiota!

—Estaba medio muerto —continuó mi interlocutor—. Pero le di un mejunje. ¿No tiene los brazos doloridos? Inyecciones. Ha estado inconsciente durante casi treinta horas.

Me quedé pensativo. Entonces me distrajo el ladrido de unos perros.

—¿Podría tomar algo sólido? —pregunté.

—Gracias a mí —respondió él—. El cordero se está cociendo.

—Sí —dije con seguridad—. Podría tomar un poco de cordero.

—Pero yo me muero por saber qué hacía usted solo en ese bote —añadió con cierta vacilación.

En ese momento creí advertir cierto recelo en sus ojos.

—¡Malditos aullidos!

Salió bruscamente del camarote y oí que sostenía una acalorada discusión con alguien que le respondía en lo que a mí se me antojó una especie de jerga. Parecía que aquello iba a terminar en una pelea, pero creo que mis oídos me engañaban en eso. Luego gritó a los perros y regresó al camarote.

—Bien —dijo desde el pasillo—. Estaba empezando a contarme algo.

Le expliqué que me llamaba Edward Prendick y que había decidido dedicarme a las ciencias naturales huyendo del aburrimiento de mi confortable independencia. Aquello pareció interesarle.

—Yo también me he dedicado a las ciencias. Estudié biología (extraía el ovario de la lombriz y la rádula[2] de la serpiente y todas esas cosas). ¡Dios mío! Hace ya diez años. Pero continúe, continúe. Hábleme del bote.

Se sentía abiertamente complacido por la franqueza de mi relato, que transmití en frases concisas, pues me sentía terriblemente débil, y cuando hube terminado volvió al tema de las ciencias naturales y sus propios estudios de biología. Después comenzó a hacer preguntas sobre Londres.

—¿Todavía existe Caplatzi? ¡Qué magnífico establecimiento!

Había sido, era obvio, un estudiante de medicina normal y corriente y no pudo evitar hablar de los cabarets. Me contó algunas anécdotas.

—¡Hace diez años! ¡Qué alegre era todo! —exclamó—. Pero cometí una enorme tontería. Me marché antes de cumplir los veintiuno. Ahora todo es diferente... En fin, voy a ver qué hace ese estúpido cocinero con su cordero.

Los gruñidos de arriba se reanudaron tan de repente y con tal furia que me sobresaltaron.

—¿Qué es eso? —pregunté. Pero la puerta ya se había cerrado.

Al cabo de un rato regresó con el cordero guisado y su apetitoso aroma me hizo olvidar de inmediato los rugidos de la fiera.

Después de un día en el que no hice otra cosa que dormir y alimentarme, me sentí con fuerzas para levantarme e ir hasta el portillo a contemplar el verde mar que seguía nuestro ritmo. Me pareció que la goleta corría como el viento. Montgomery, así se llamaba el joven rubio, volvió a entrar y le pedí algo de ropa. Me prestó algunas cosas suyas, pues las que yo llevaba, dijo, las habían tirado por la borda. Eran bastante grandes para mí; él era alto y de piernas largas.

Como por casualidad comentó que el capitán estaba medio borracho en su camarote. Mientras aceptaba las ropas comencé a hacerle algunas preguntas sobre el destino del barco. Dijo que se dirigía a Hawai, pero que antes tenían que dejarle en tierra a él.

—¿Dónde? —pregunté.

—En una isla... Donde vivo. Que yo sepa no tiene nombre.

Me miró con su labio inferior caído y de pronto pareció tan deliberadamente estúpido que comprendí que intentaba evitar mis preguntas. Tuve la discreción de no hacer ninguna más.

Capítulo 3

Un rostro extraño

Al salir del camarote encontramos en la escala de toldilla a un hombre que nos impedía el paso. Estaba de pie en la escala, de espaldas a nosotros, mirando por el hueco de la escotilla. Era un hombre deforme, bajito, ancho, torpe y encorvado, con el cuello peludo y la cabeza hundida entre los hombros. Llevaba una sarga[3] azul marino y tenía una espesa mata de pelo negro. Los perros invisibles gruñeron ferozmente y él retrocedió al instante, rozando la mano que yo había alargado para apartarlo de mí. Se volvió con la rapidez de un animal.

La súbita visión de aquel rostro negro me impresionó profundamente de un modo que no sabría definir. Era un rostro deforme. La parte inferior sobresalía como una especie de hocico y la enorme boca entreabierta mostraba los dientes más grandes que jamás había visto en un ser humano. Tenía los ojos inyectados en sangre, con un pequeño borde blanco alrededor de las pupilas avellanadas. Su rostro estaba curiosamente arrebolado por la emoción.

—¡Maldito seas! —exclamó Montgomery—. ¿Por qué diablos no te quitas de en medio?

El hombre se apartó sin decir una palabra.

Continué subiendo por la escala de toldilla, mirándolo instintivamente. Montgomery se detuvo un momento.

—Sabes que no tienes nada que hacer aquí —dijo pausadamente—. Tu sitio está en proa.

El hombre se acobardó.

—No... me querrán allí —dijo muy despacio, con voz ronca y extraña.

—¡No te querrán! —exclamó Montgomery en tono amenazador—. Pero yo te digo que vayas.

Estaba a punto de añadir algo más, cuando de pronto miró y continuó escala arriba. Me había detenido a medio camino, observando todavía atónito la grotesca fealdad de aquella criatura de rostro negro. Jamás había visto una cara tan repulsiva y poco común, y sin embargo, valga la contradicción, tuve al mismo tiempo la impresión de haber visto en algún lugar aquellos rasgos y gestos que tanto me asombraban. Luego pensé que tal vez lo hubiera visto cuando me subieron a bordo; sin embargo, la idea apenas atenuó la sospecha de un encuentro previo. ¡Pero cómo es posible ver un rostro tan singular y olvidar el momento preciso en que se ha visto! Aquello escapaba a mi entendimiento.

Los movimientos de Montgomery, que se disponía a seguirme, me apartaron de mis pensamientos y me volví para mirar a mi alrededor: a la cubierta corrida de la pequeña goleta. Todos aquellos ruidos me habían preparado para lo que iba a ver. Jamás había visto cosa igual. La cubierta estaba indescriptiblemente sucia, llena de peladuras de zanahoria y restos de verdura. Atados con cadenas al palo mayor había varios perros de caza, que al verme comenzaron a saltar y ladrar, y junto al palo de mesana había un enorme puma encerrado en una pequeña jaula de hierro, tan pequeña que el animal apenas tenía espacio para darse la vuelta. Un poco más allá, bajo la batayola de estribor, se encontraban unas jaulas muy grandes llenas de conejos y, delante de ellas, una especie de cajón muy pequeño con una llama dentro que apenas cabía en él. Los perros llevaban bozales. Un marinero demacrado y silencioso que manejaba el timón era el único ser humano en toda la cubierta.

Las viejas y parcheadas maricangallas se tensaron antes de que comenzara a soplar el viento y arriba, en la arboladura, la pequeña embarcación parecía llevar todas sus velas desplegadas. El cielo estaba despejado, el sol se encontraba en la mitad de su recorrido hacia poniente; largas olas que la brisa coronaba de espuma se deslizaban a nuestro ritmo. Pasamos junto al timonel, no dirigimos al coronamiento de popa y contemplamos la espuma que formaba el agua bajo la popa y las burbujas que bailaban y se desvanecían en su estela. Me volví para comprobar la eslora del barco.

—¿Qué es esto, una casa de fieras flotante? —pregunté.

—Eso parece —respondió Montgomery.

—¿Por qué llevan esos animales? ¿Como curiosidad? ¿O es que

el capitán piensa venderlos en los Mares del Sur?

—Eso parece, ¿no es cierto? —repitió Montgomery, volviéndose de nuevo hacia la estela.

De pronto, oímos un grito y una sarta de blasfemias procedentes de la escala de toldilla y vimos al hombre deforme de rostro negro que subía precipitadamente a gatas por la escala. Un hombre de abundante pelo rojo, con una gorra blanca, le pisaba los talones. Al ver al primero, los perros, que ya se habían hartado de ladrarme, volvieron a enfurecerse, aullando e intentando soltarse de sus cadenas. El negro vaciló un instante, momento que el pelirrojo aprovechó para alcanzarlo y asestarle un terrible golpe en los omóplatos. El pobre diablo cayó como un animal herido, rodando sobre la suciedad entre los enfurecidos perros. Tuvo suerte de que llevaran bozales. El hombre pelirrojo lanzó un grito de júbilo y permaneció de pie, tambaleándose, en serio peligro, a mi juicio, de caer hacia atrás por la escala de toldilla o hacia adelante sobre su víctima.

Cuando apareció el segundo hombre, Montgomery reaccionó violentamente:

—¡Apóyese ahí! —le reconvino. Dos marineros aparecieron en el castillo de proa.

Aullando de un modo extraño, el negro rodó bajo las patas de los perros sin que nadie intentara ayudarle. Las bestias hicieron todo lo posible por atacarlo, golpeándolo con sus hocicos. Sus ágiles cuerpos grises interpretaron una rápida danza sobre la torpe figura postrada. Los marineros los animaban como si aquello fuera un juego. Montgomery profirió una airada exclamación y se alejó por la cubierta a grandes zancadas. Yo fui tras él.

El negro se incorporó y gateó hacia adelante, pero tropezó con los obenques de mayor y fue a parar contra la batayola, donde permaneció jadeando y mirando a los perros por encima del hombro. El pelirrojo rió con satisfacción.

—¡Mire, capitán! —dijo Montgomery, cogiendo del brazo al pelirrojo—. Esto no puede ser.

Yo estaba de pie detrás de Montgomery. El capitán dio media vuelta y lo miró con tristes y solemnes ojos de borracho.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó, y tras mirar a Montgomery entre sueños por espacio de un minuto añadió—:

¡Malditos matasanos!

Luego se soltó con un brusco movimiento y, tras dos infructuosos intentos, hundió en sus bolsillos los puños llenos de pecas.

—Ese hombre es un pasajero —dijo Montgomery—. Le aconsejo que se mantenga lejos de él.

—¡Al diablo! —exclamo el capitán, volviéndose bruscamente y tambaleándose hasta la banda—. Éste es mi barco y hago lo que quiero —dijo.

Creo que Montgomery debería haberlo dejado en paz, teniendo en cuenta que estaba borracho. Pero palideció ligeramente y siguió al capitán hasta la batayola.

—¡Escuche, capitán! No consentiré que este hombre sea maltratado. Desde que subió a bordo no han hecho más que agobiarle —dijo.

Los vapores etílicos dejaron al capitán sin habla durante un minuto.

—¡Malditos matasanos! —fue todo lo que consideró necesario añadir.

Comprendí que Montgomery tenía un carácter pertinaz, de esos que van avivando el fuego día a día y nunca perdonan, y también comprendí que aquella disputa venía de antiguo.

—Está borracho —dije, quizá entrometiéndome—; no conseguirá nada.

Montgomery frunció su labio inferior de un modo desagradable.

—Siempre está borracho. ¿Cree usted que eso le da derecho a atacar a sus pasajeros?

—Mi barco —comenzó el capitán, señalando a las jaulas con mano temblorosa— era un barco limpio. Y mire ahora.

Desde luego, era cualquier cosa menos limpio.

—Y la tripulación —continuó el capitán— era limpia y respetable.

—Usted accedió a llevar los animales.

—¡Ojalá nunca hubiera conocido su isla infernal! ¿Para qué diablos quiere animales en una isla como ésa? Y ese amigo suyo... Suponiendo que sea un hombre. Es un lunático. ¿Qué se le había perdido en la popa? ¿Se ha creído que todo el maldito barco le pertenece?

—Sus marineros no han dejado de meterse con el pobre diablo desde que subió a bordo.

—Eso es exactamente lo que es: un diablo, un diablo feo. Mis hombres no lo soportan. Yo no lo soporto. Nadie lo soporta. Ni siquiera usted.

Montgomery se dio la vuelta.

—De todos modos, deje en paz a ese hombre —dijo, con un movimiento de cabeza.

Pero el capitán quería continuar la discusión y, alzando la voz, añadió:

—Si vuelve a aparecer por aquí, lo haré pedazos. Se lo advierto. ¿Quién es usted para decirme lo que he de hacer? Ya le he dicho que soy el capitán del barco: capitán y propietario. Aquí mando yo. Me ofrecí a llevar a un hombre y a su ayudante desde Arica y transportar algunos animales. Pero nunca a llevar un diablo loco y un estúpido matasanos, un...

Bueno, el insulto que le espetó a Montgomery no tiene importancia. Vi cómo este último daba un paso hacia adelante.

—Está borracho —dije. El capitán volvió a insultarlo en términos aún más groseros.

—¡Cállese! —dije, volviéndome hacia él bruscamente, pues la expresión de Montgomery me hacía comprender que aquello se ponía peligroso. Mi intervención hizo que el chaparrón cayera sobre mí.

Sin embargo, me complació poner fin a aquella discusión que estaba a punto de convertirse en una pelea, aun a costa de granjearme la enemistad del capitán borracho. No creo haber oído nunca tal sarta de groserías en boca de un hombre, a pesar de que he frecuentado la amistad de personajes bastante excéntricos. Había oído algo en todo aquello que se me hacía intolerable, aunque soy hombre de buen carácter. Pero, a decir verdad, en el momento de ordenar al capitán que se callase, había olvidado que no era más que un insignificante ser humano apartado de su medio; un pasajero sin billete; una mera casualidad a merced de la generosidad (o el interés especulativo) del barco. El capitán me lo recordó enérgicamente. No obstante, había evitado una pelea.

Capítulo 4

En la barandilla de la goleta

Aquella noche, después de la puesta del sol, divisamos tierra y la goleta se puso al paio. Montgomery anunció que había llegado a su destino. Estábamos demasiado lejos para apreciar cualquier detalle. Me pareció que se trataba simplemente de una borrosa mancha azul en el incierto mar grisáceo. Una columna de humo casi vertical ascendía hasta el cielo.

El capitán no estaba en la cubierta en ese momento. Tras descargar su ira sobre mí, había bajado tambaleándose, y comprendí que se retiraba a su camarote. El piloto asumió el mando. Era el hombre demacrado y taciturno que habíamos visto al timón. También él parecía enojado con Montgomery. No nos hizo el menor caso. Cenamos con él en medio de un pesado silencio, tras varios infructuosos intentos de conversación por mi parte. Me sorprendió que los hombres sintieran tan poca simpatía por mi compañero y sus animales. Montgomery se mostraba reservado respecto a sus intenciones para con las criaturas y respecto a su destino, y aunque una creciente curiosidad se apoderaba de mí, decidí no presionarlo.

Nos quedamos hablando en al toldilla hasta que el cielo se pobló de estrellas. Salvo algún sonido ocasional procedente del castillo de proa y algún movimiento de los animales, la noche estaba en calma. El puma, hecho un ovillo en un rincón de la jaula, nos miraba con ojos brillantes. Los perros parecían dormidos. Montgomery sacó unos cigarros.

Me habló de Londres con nostalgia, haciendo todo tipo de preguntas sobre los cambios que habían tenido lugar en la ciudad. Hablaba como alguien que amase aquella vida y hubiese sido brusca e irrevocablemente apartado de ella. Yo le conté todo tipo de chismes sobre esto y aquello. No paraba de pensar en lo extraño que

era y, mientras hablaba, escudriñaba su extraño y pálido semblante bajo la penumbra de la linterna de bitácora que había detrás de mí. Luego miré al mar oscuro, entre cuyas sombras se ocultaba su pequeña isla.

Se me antojaba que aquel hombre había salido de la inmensidad únicamente para salvarme la vida. Al día siguiente saltaría por la borda y volvería a desaparecer de mi existencia. Incluso en circunstancias ordinarias me habría dado qué pensar. Pero me resultaba muy extraño que un hombre educado viviera en aquella isla desconocida y portara tan extraordinario equipaje. Me sorprendí a mí mismo repitiendo la pregunta del capitán. ¿Para qué quería a los animales? ¿Por qué, además, había fingido que no eran suyos la primera vez que yo hablé de ellos? Y luego estaba su ayudante, ese extraño ser que tan profundamente me había impresionado. Las preguntas se agolpaban en mi imaginación, dificultándome el habla.

A eso de medianoche nuestra conversación sobre Londres languideció y permanecimos el uno junto al otro, apoyados en la batayola, contemplando como en sueños el silencioso mar iluminado por las estrellas, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Era el ambiente propicio para el sentimentalismo y decidí expresarle mi gratitud.

—Si me permite que se lo diga —dije al cabo de un rato—, usted me ha salvado la vida.

—Casualidad —respondió—; pura casualidad.



—Prefiero mostrar mi reconocimiento al artífice personalmente.

—No tiene nada que agradecer. Usted tenía la necesidad y yo el conocimiento, y lo cuidé y alimenté como habría hecho con cualquiera de los animales que recojo. Estaba aburrido y deseaba hacer algo. Si ese día hubiera estado cansado o no me hubiera gustado su cara, bueno, quién sabe dónde estaría usted ahora.

Esto me desanimó un poco.

—De cualquier manera... —comencé.

—Pura casualidad. Ya se lo he dicho —interrumpió—, como todo en esta vida. Sólo los tontos no se dan cuenta. ¿Por qué me encuentro aquí ahora, lejos de la civilización, en lugar de vivir como un hombre feliz disfrutando de todos los placeres que Londres ofrece? Sencillamente, porque hace once años perdí la cabeza durante diez minutos en una noche de niebla.

Se detuvo.

—¿Sí? —pregunté yo.

—Esto es todo.

Nos quedamos callados. Luego, él se rió.

—Hay algo en esta luz estrellada que suelta la lengua. Soy un estúpido y, sin embargo, quería decirle...

—Diga lo que diga, tenga la seguridad que no saldrá de mí... Si es eso a lo que se refiere.

Estaba a punto de decir algo cuando sacudió la cabeza dubitativamente.

—Déjelo —dije—. No me importa. Al fin y al cabo, es mejor que cada uno guarde su secreto. Aunque yo guarde el secreto, no conseguirá más que un poco de alivio. ¿Y si no...?

Masculló algo con indecisión. Sentí que se hallaba en desventaja, que lo había sorprendido en un momento de indiscreción y, a decir verdad, tampoco sentía curiosidad por saber lo que había alejado de Londres a un joven estudiante de biología. Podía imaginarlo. Me encogí de hombros y me alejé. Una silueta oscura y silenciosa estaba apoyada sobre el coronamiento de popa, contemplando las estrellas. Era el extraño ayudante de Montgomery. Al oírme me lanzó una rápida mirada de soslayo y luego volvió a observar el cielo.

Tal vez pueda parecer insignificante, pero para mí fue un golpe inesperado. La luz más cercana era una lámpara que había junto al

timón. El rostro de la criatura salió por un instante de la oscuridad que reinaba en la popa, quedando iluminado por la lámpara, y vi en sus ojos un pálido brillo verdoso.

Yo no sabía entonces que algunas personas tienen en los ojos un resplandor rojizo y en aquel momento me pareció decididamente inhumano. Esa silueta negra de ojos chispeantes echó por tierra mis pensamientos adultos, y por un instante los olvidados terrores de la infancia poblaron mi memoria. Aquella sensación se fue como había venido y todo volvió a ser lo que era: la tosca silueta negra de un hombre; una figura sin mayor importancia que, apoyada en el coronamiento de popa, contemplaba las estrellas. Oí que Montgomery me hablaba.

—Creo que voy a entrar —me dijo—; si le parece bien.

Le contesté algo incongruente. Bajamos y ante la puerta de mi camarote me deseó buenas noches.

Esa noche tuve sueños desagradables. La luna menguante salió tarde. Un débil rayo de luz blanca y fantasmagórica entraba en mi camarote, revelando una siniestra forma en el entarimado, junto a mi litera. Luego los perros se despertaron y comenzaron a aullar y ladrar, de modo que, entre pesadilla y pesadilla, apenas pude dormir hasta el amanecer.

Capítulo 5

El hombre que no tenía adonde ir

Por la mañana temprano, la segunda tras mi recuperación y creo que la cuarta desde que fui rescatado, desperté en una confusión de sueños tumultuosos —sueños de armas y muchedumbres enfurecidas— y escuché un ronco griterío sobre cubierta. Me froté los ojos y presté atención, dudando por un momento de dónde me encontraba. A continuación se oyó el rumor de unos pies descalzos, luego el sonido de objetos pesados que caían, un violento chirrido y un chasquido de cadenas. Percibí el siseo del agua al virar súbitamente el barco; una espumosa ola de color amarillo verdoso rompió contra el pequeño ojo de buey. Me vestí rápidamente y subí a cubierta.

Al subir por la escala pude ver la amplia espalda y el pelo rojo del capitán perfilándose contra el cielo rosado (pues estaba saliendo el sol) y la jaula del puma girando sobre el eje de un aparejo de fuerza instalado en la botavara de mesana. El pobre animal parecía terriblemente asustado y estaba encogido en un rincón de su jaula.

—¡Fuera de mi barco! —gritó el capitán—. ¡Fuera de mi barco! Pronto tendremos un barco limpio.

Me estaba cerrando el paso, por lo que me vi obligado a darle un golpecito en el hombro para llegar a la cubierta. Se volvió sobresaltado y retrocedió un poco para mirarme. No hacía falta ser un experto para comprender que aquel hombre todavía estaba borracho.

—¡Hola! —dijo en tono estúpido. Luego se le iluminaron los ojos—. Vaya, si es el señor... el señor...

—Prendick —dije yo.

—¡Al diablo, Prendick! —espetó—. Cierra-el-pico; ése es su nombre. El señor Cierra-el-pico.

De nada servía contestarle. Y, a decir verdad, no esperaba el

movimiento que hizo a continuación. Extendió su mano hacia el portalón, donde Montgomery conversaba con un hombre de abundante pelo blanco, vestido con unos sucios pantalones de franela azul, que al parecer acababa de subir a bordo.

—Por ahí, maldito señor Cierra-el-pico. Por ahí —rugió el capitán. Montgomery y su acompañante se volvieron al oírlo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Por ahí, maldito señor Cierra-el-pico. Eso es lo que quiero decir. Fuera de mi barco, señor Cierra-el-pico. Estamos limpiando el barco. Estamos limpiando el maldito barco. Y usted se marcha.

Lo miré, perplejo. Luego pensé que era exactamente lo que deseaba. La perspectiva de un viaje como único pasajero de aquel borracho pendenciero no era como para alegrarse. Me volví hacia Montgomery.

—Aquí no puede quedarse —dijo secamente el acompañante de Montgomery.

—¡Que no puedo quedarme! —exclamé horrorizado.

Tenía el rostro más categórico y decidido que había visto en mi vida.

—Mire —comencé, volviéndome hacia el capitán.

—¡Fuera! —dijo éste—. Este barco no es para bestias y caníbales. Usted se larga de aquí, señor Cierra-el-pico. Si no puede quedarse con ellos, vaya a la deriva. ¡Como quiera, pero váyase! Con sus amigos. He terminado con esa maldita isla para siempre. ¡Ya he tenido suficiente!

—¡Pero Montgomery! —supliqué.

Montgomery frunció el labio inferior y negó con la cabeza mirando sin esperanza al hombre del pelo gris, como diciendo que no podía hacer nada por ayudarme.

—Luego me ocuparé de usted —dijo el capitán.

Entonces comenzó un curioso altercado a tres bandas. Yo suplicaba a los tres hombres alternativamente; primero al hombre del pelo gris para que me dejase permanecer en la isla, y luego al capitán borracho para que me permitiese seguir a bordo. Incluso les rogué a veces a los marineros. Montgomery no dijo una palabra; se limitó a negar con la cabeza.

—¡Usted se marcha! Ya se lo he dicho —insistía el capitán—. ¡Al diablo con la ley! Aquí mando yo.

Debo confesar que, finalmente, en mitad de una enérgica amenaza, se me quebró la voz. Preso de un arrebató histérico de malhumor me marché a popa y me quedé allí, con la mirada perdida en el infinito.

Mientras tanto, los marineros desembarcaban los paquetes y las jaulas. Una gran embarcación de dos velas aguardaba a sotavento de la goleta, y en ella se cargaba el extraño surtido de mercancías. En aquel momento no vi las manos que recogían los paquetes, pues el casco del barco quedaba oculto tras el costado de la goleta.

Ni Montgomery ni su acompañante me prestaron la menor atención, ocupados como estaban en ayudar y dirigir a los cuatro o cinco marineros que descargaban las mercancías. Me sentía desesperado. En un par de ocasiones, mientras permanecía allí esperando a que las cosas se resolviesen por sí solas, no pude resistir la tentación de reírme de mi triste situación. Lo que más me molestaba era no poder desayunar. El hambre y la falta de glóbulos rojos quitan la entereza a cualquiera. Me daba cuenta con claridad de que me faltaba vigor tanto para oponerme a los designios del capitán como para imponerme sobre Montgomery y su compañero. De modo que decidí esperar pacientemente, mientras el trasbordo de las pertenencias de Montgomery a la lancha continuaba como si yo no existiera.

Concluido el trabajo sobrevino una pelea; me arrastraron hasta la pasarela sin que yo apenas ofreciera resistencia. Sin embargo, pude fijarme en los dos extraños rostros morenos de los hombres que estaban con Montgomery en la lancha. Pero la lancha estaba ya completamente cargada y se alejaba apresuradamente. Divisé debajo de mí un espacio de agua verde que se hacía cada vez más grande y tiré hacia atrás con todas mis fuerzas para no caer de cabeza.

Los hombres de la lancha giraban burlonamente, y yo oí cómo Montgomery los maldecía. Luego, el capitán, el piloto y uno de los marineros que lo ayudaban me empujaron hacia la popa. Habían remolcado el chinchorro del *Lady Vain*; estaba medio lleno de agua, desprovisto de remos y provisiones. Me negué a subir a bordo y me tumbé en cubierta. Finalmente, me bajaron por una cuerda, pues no tenían escala, y luego cortaron la cuerda y me dejaron a la deriva.

Lentamente me alejaba de la goleta. Observé con estupor que todas las manos se dirigían al aparejo y, despacio pero con seguridad, la goleta viró en la dirección del viento y las velas se hincharon. Me quedé mirando el costado de la goleta, que se acercaba hacia mí como una gran mole, empujada por el viento. Finalmente desapareció de mi campo visual.

No me volví para mirarla. Al principio apenas comprendía lo ocurrido. Permanecí encogido el suelo del chinchorro, atontado y con la mirada perdida en el mar tranquilo como una balsa de aceite. Entonces comprendí que volvía a mi pequeño infierno; estaba medio empapado. Si miraba hacia atrás, por la borda, veía alejarse a la goleta y al capitán pelirrojo burlándose de mí desde el coronamiento de popa; si miraba hacia la isla, veía la lancha, cada vez más pequeña, acercándose a la playa.



De pronto comprendí claramente la crueldad de este abandono. No había manera de llegar a tierra, a menos que tuviera la suerte de ser arrastrado por la corriente. Además, todavía estaba débil tras mi aventura en el bote; tenía el estómago vacío y me sentía mareado. Entonces rompí a llorar como no lo hacía desde que era niño. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. En un arrebató de desesperación golpeé con los puños el agua que había en el suelo, al tiempo que pataleaba salvajemente las paredes del bote rogando a Dios en voz alta que me dejara morir.

Capítulo 6

Los siniestros hombres del bote

Al ver que iba completamente a la deriva, los habitantes de la isla se apiadaron de mí. Me deslicé lentamente hacia el este, acercándome a la isla en diagonal, y con alivio casi histérico vi que la lancha viraba y acudía en mi ayuda. Iba muy cargada y, cuando estuvo más cerca, distinguí al acompañante de Montgomery, el hombre de pelo blanco y anchos hombros, sentado entre los perros y las cajas en las escotas de popa. Aquel hombre me miraba fijamente sin hablar ni moverse. El tullido de la cara negra también me observaba desde la proa, donde se encontraba el puma. Había otros tres hombres, extraños y de aspecto bestial, a quienes los perros gruñían ferozmente. Montgomery, que llevaba el timón, acercó la lancha hasta donde yo me encontraba, y agarró y aseguró mi amarra a la caña del timón para remolcarme, pues no había sitio a bordo.

Para entonces ya había superado mi ataque de histeria y respondía a su saludo mientras se acercaba valientemente. Le dije que el chinchorro estaba casi inundado y me pasó un cubo. Al tensarse la cuerda entre las dos embarcaciones di una sacudida hacia atrás. Durante un rato estuve muy ocupado achicando el agua.

Hasta que no hube acabado con el agua —que habían cargado intencionadamente en el chinchorro, pues éste se hallaba en perfecto estado— no tuve tiempo de volver a mirar a la gente de la lancha.

El hombre del pelo blanco continuaba observándome con insistencia, pero con una expresión que ahora se me antoja de asombro. Cuando mi mirada se encontró con la suya, el hombre bajó la vista, concentrándose en el perro que tenía sentado sobre las rodillas. Era un hombre muy fornido, de frente pequeña y rasgos

muy marcados; tenía los ojos hundidos y las comisuras de sus gruesos labios, caídas hacia abajo, le conferían una expresión decidida y belicosa. Se dirigió a Montgomery en tono demasiado bajo para que yo pudiera oírlo. De él, mis ojos pasaron a sus tres hombres. ¡Qué extraña tripulación formaban! Sólo vi sus caras, pero había algo en ellas —no sabía qué— que me produjo un curioso escalofrío. Los miré fijamente y continué teniendo la misma impresión, aunque no conseguí descubrir a qué era debida.

Aquellos hombres me parecieron entonces muy morenos, a pesar de que llevaban las piernas y los brazos vendados hasta los dedos con una tela fina de color blanco, bastante sucia. Nunca había visto hombres tan cubiertos, y mujeres sólo en Oriente. También llevaban turbantes, bajo los cuales asomaban sus mágicos rostros de prominentes mandíbulas y ojos brillantes. Tenían el pelo negro y lacio, casi como el de un caballo, y viéndolos sentados me pareció que superaban en estatura a toda raza de hombres conocida. Cualquiera de ellos le sacaba una cabeza al hombre del pelo blanco, que medía por lo menos 1,80 metros.

Más tarde descubrí que ninguno era más alto que yo, pero sus cuerpos eran anormalmente largos y tenían el muslo muy corto y torcido de un modo curioso. En cualquier caso formaban una pandilla sorprendentemente fea, por encima de cuyas cabezas, bajo la vela de proa, asomaba el rostro negro del hombre de ojos brillantes.

Mientras los observaba, mi mirada se cruzó con la suya, y uno a uno fueron apartando sus ojos de los míos, mirándome de un modo extraño y furtivo. Pensé que tal vez estuviera incomodándolos y centré mi atención en la isla a la que nos acercábamos.

Era baja y estaba cubierta por una densa vegetación, principalmente una especie de palmera desconocida para mí. Desde algún lugar de la isla, una delgada columna de vapor blanco se elevaba por el aire sesgadamente hasta una altura considerable y luego se deshilachaba, como una pluma. Nos encontrábamos en una amplia bahía flanqueada en ambos extremos por un pequeño promontorio. La playa era de arena gris y ascendía abruptamente formando una loma, que se alzaba unos 200 metros sobre el nivel del mar, salpicada irregularmente de árboles y maleza. En mitad de la pendiente había un recinto de piedra cuadrado que, según supe

después, estaba hecho en parte de coral y en parte de lava solidificada. Dos techos de paja cubrían el recinto.

Un hombre nos esperaba en la orilla. Cuando todavía estábamos lejos, creí vislumbrar otras criaturas de aspecto grotesco que se escondían entre los arbustos de la pendiente, pero al acercarnos no vi ni rastro de ellas. El hombre que aguardaba en la orilla era de estatura media y rostro negroide. Tañía la boca grande y casi sin labios, los brazos extraordinariamente largos, los pies delgados y grandes y las rodillas huesudas. Estaba allí de pie, inclinado hacia adelante, sin quitarnos la vista de encima. Vestía igual que Montgomery y el hombre de pelo blanco, con pantalón y chaqueta de sarga azul.

A medida que nos acercábamos, el hombre empezó a correr por la playa de un lado a otro, haciendo los más exagerados aspavientos. A una orden de Montgomery, los cuatro hombres de la lancha saltaron al agua con ademanes torpes y recogieron las velas. Montgomery nos condujo hasta una pequeña dársena excavada en la playa. Entonces, el hombre que aguardaba en la orilla se nos acercó apresuradamente. Esta dársena, como yo la llamo, no era en realidad más que una simple zanja lo suficientemente larga en aquella fase de la marea como para albergar a la embarcación.

Oí la proa hundirse en la arena, aparté el bote del timón de la embarcación grande y desembarqué tras soltar amarras. Los tres hombres cubiertos gatearon torpemente por la arena y en seguida procedieron a la descarga, ayudados por el hombre de la playa. Lo que más llamó mi atención fueron los extraños movimientos de piernas de los tres hombres del bote; no es que fueran rígidas, pero estaban torcidas de un modo extraño, como si estuvieran mal articuladas. Los perros seguían gruñendo, y cuando el hombre del pelo blanco desembarcó con ellos, tiraron de sus cadenas intentando seguir a los tres hombres.

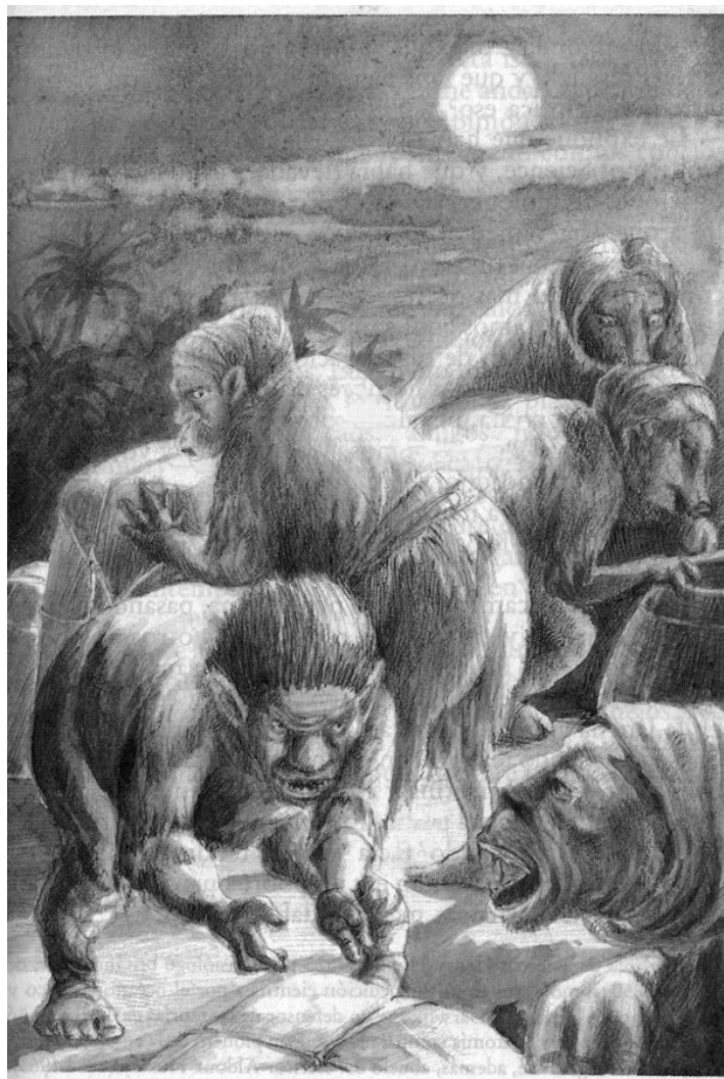
Los hombres hablaban entre sí con timbre gutural, y el que esperaba en la playa empezó a charlar con ellos agitadamente en un lenguaje desconocido, mientras echaba mano a unos paquetes apilados en la popa. Creí haber oído antes aquella voz, aunque no sabía dónde. El hombre del pelo blanco permanecía de pie en medio del alboroto de los seis perros, dando órdenes a voz en grito. Una vez desmontado el timón, Montgomery desembarcó y todos se

pusieron a descargar el barco. Yo estaba demasiado débil para ayudarlos; además, llevaba mucho tiempo sin comer y expuesto al sol con la cabeza desprotegida.

El hombre del pelo blanco pareció entonces advertir mi presencia y se me acercó.

—Parece que todavía no ha desayunado —dijo. Sus ojos pequeños y negros brillaron bajo sus pobladas cejas—. Debo pedirle disculpas por ello. Ahora que es nuestro invitado debemos hacer que se sienta cómodo, aunque ya sabe que nadie lo ha invitado.

Me miró fijamente y continuó:



—Montgomery dice que es usted un hombre instruido, señor Prendick, y que sabe algo de ciencias. ¿Puedo preguntarle qué significa eso?

Le expliqué que había pasado algunos años en el Royal College of Science, y que había llevado a cabo ciertas investigaciones de biología bajo la dirección de Huxley[4]. Al oírlo, arqueó ligeramente sus cejas.

—Esto cambia un poco las cosas, señor Prendick —dijo con un poquito más de respeto—. Da la casualidad de que todos los que estamos aquí somos biólogos. Esto es, en cierto modo, un centro de investigaciones biológicas —dijo. Y posó su mirada sobre los hombres de blanco, muy ocupados en arrastrar al puma, instalado sobre unas ruedecillas, hacia el recinto de piedra—. Al menos, Montgomery y yo —añadió.

Y acto seguido dijo:

—Cuándo podrá irse de aquí es algo que no puedo decirle. Estamos muy lejos de todo. Sólo vemos pasar un barco cada doce meses.

Me dejó bruscamente, subió por la loma, pasando por delante del grupo, y entró en el recinto. Los otros dos hombres estaban con Montgomery, apilando un montón de paquetes pequeños en una carretilla. La llama estaba todavía en la lancha con las conejeras; los perros seguían atados a la bancada. Cuando terminaron de apilar las cosas, los tres hombres agarraron la carretilla y comenzaron a empujar la tonelada de peso detrás del puma. Entonces, Montgomery se alejó de ellos y, volviendo hacia mí, me tendió la mano.

—Me alegro. Ese capitán era un pobre burro. Deberíamos haberle hecho las cosas más agradables —dijo.

—Ha vuelto a salvarme —respondí.

—Eso depende. Pronto verá que esta isla es un lugar infernal, se lo aseguro. Yo en su lugar me andaría con cuidado. *El...* —vaciló, y pareció cambiar de opinión sobre lo que estaba a punto de decir—. Écheme una mano con los conejos —dijo.

Su modo de proceder con los conejos fue muy curioso. Me metí en el agua con él y le ayudé a transportar una de las conejeras hasta la playa. Acto seguido abrió la puerta e, inclinando la caja por uno de los extremos, vertió sobre la arena su viviente contenido. Los

conejos, unos veinte, cayeron unos encima de otros. Luego dio unas palmadas y todos se dispersaron corriendo a saltitos por la playa.

—¡Creced y multiplicaos, amigos míos! —exclamó Montgomery—. Poblad la isla. Hasta ahora andábamos algo escasos de carne.

Mientras los veía alejarse, el hombre del pelo blanco regresó con una petaca de coñac y unas galletas.

—Un tentempié, Prendick —dijo en tono algo más amistoso.

Yo no hice ningún comentario. Me limité a dar buena cuenta de las galletas mientras el hombre del pelo blanco ayudaba a Montgomery a liberar a otra veintena de conejos. No obstante, tres conejeras grandes fueron llevadas a la casa con el puma. El coñac ni lo probé, pues siempre he sido abstemio.

Capítulo 7

La puerta cerrada

Tal vez el lector haya comprendido lo extraño que al principio era todo para mí; además, aquella situación era el resultado de aventuras tan inesperadas, que ya no tenía criterio a la hora de juzgar la extravagancia de esta o aquella cosa. Seguí a la llama playa arriba hasta que Montgomery me alcanzó para decirme que no entrara en el recinto de piedra. Advertí que la jaula del puma y el montón de paquetes se encontraban a la entrada del cuadrado.

Me volví y comprobé que ya habían terminado de descargar la lancha, que reposaba ahora varada en la playa, y que el hombre del pelo blanco caminaba hacia nosotros. Se dirigió a Montgomery.

—Ahora comienzan los problemas con este invitado indeseado. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Entiende algo de ciencias —dijo Montgomery.

—Estoy impaciente por volver al trabajo con el nuevo material —dijo el hombre del pelo blanco, señalando con la cabeza hacia el recinto de piedra. Sus ojos se iluminaron.

—No me extraña —dijo Montgomery, en un tono que era todo menos cordial.

—No podemos mandarlo allí ni perder el tiempo en construirle una nueva choza. Y tampoco podemos confiar en él todavía.

—Estoy en sus manos —dije yo, que no tenía la menor idea de lo que quería decir con «allí».

—Yo también he pensado en ello —respondió Montgomery—. Queda mi habitación exterior.

—¡Eso es! —se apresuró a decir el anciano, mirando a Montgomery.

Y los tres nos dirigimos hacia el recinto de piedra. Luego continuó:

—Siento ser tan misterioso, señor Prendick, pero recuerde que

nadie lo ha invitado. Nuestro establecimiento encierra un par de secretos; en realidad es una especie de habitación de Barba Azul. Nada horrible para un hombre en su sano juicio. Pero aún no sabemos quién es usted.

—Decididamente, sería estúpido si me sintiera ofendido por su desconfianza.

Esbozó una débil sonrisa —era una de esas personas taciturnas que sonríen con las comisuras de los labios hacia abajo— e inclinó la cabeza en reconocimiento a mi habilidad. Habíamos pasado la entrada principal del recinto: una pesada puerta de madera con marco de hierro, ante la cual se amontonaba la carga del barco. Al llegar a la esquina nos encontramos con una puerta pequeña en la que no había reparado hasta entonces. El hombre del pelo blanco sacó un manojo de llaves del bolsillo de su mugrienta chaqueta azul, abrió la puerta y entró. La expresión de sus ojos y la complicada cerradura de la puerta llamaron mi atención.

Lo seguí hasta una pequeña habitación sencilla, aunque confortablemente amueblada, con una puerta interior ligeramente entornada, que daba a un patio empedrado. Montgomery la cerró de inmediato. En el rincón más oscuro de la habitación había una hamaca y una ventana pequeña y sin cristal, protegida por unos barrotes de hierro, desde la que se veía el mar.

El hombre del pelo blanco me explicó que aquel sería mi cuarto y que la puerta interior la cerraría desde fuera, «para evitar accidentes», según dijo. Señaló una tumbona que había junto a la ventana y un montón de libros viejos, principalmente obras de cirugía y ediciones de los clásicos latinos y griegos —cuya lengua no podía leer con facilidad—, apilados en una estantería cerca de la hamaca. Salió de la habitación por la puerta exterior, como para no tener que abrir de nuevo la otra.

—Normalmente comemos aquí —dijo Montgomery; y luego, como si dudara, salió detrás del otro. Oí que lo llamaba Moreau, y en aquel momento no caí en la cuenta. Luego, mientras ojeaba los libros de la estantería, me vino a la mente: ¿dónde había yo oído el nombre de Moreau?

Me senté junto a la ventana, saqué las galletas que me quedaban y las comí con excelente apetito.

Por la ventana vi a uno de aquellos extraños hombres vestidos

de blanco que arrastraba una caja por la playa. Luego el marco de la ventana lo ocultó de mi vista. Poco después oí que alguien metía una llave en la cerradura y cerraba la puerta. Al cabo de un rato, a través de la puerta cerrada, oí a los perros, que ya habían llegado de la playa. No ladraban, pero olfateaban y gruñían de un modo extraño. Percibía el ruido de sus pisadas y la voz de Montgomery apaciguándolos.

Estaba muy impresionado por la misteriosa discreción de los dos hombres con respecto a lo que había en aquel lugar, y durante algún tiempo no paré de pensar en ello y en lo familiar que me resultaba el nombre de Moreau. Pero así es la memoria humana, y entonces no fui capaz de relacionar aquel nombre famoso. Mis pensamientos se deslizaban hacia la indefinible rareza del hombre deforme y envuelto en blanco ropaje nos esperaba en la playa.

Jamás había visto semejantes andares ni movimientos tan extraños como los que hacía al arrastrar la caja.



Luego recordé que ninguno de estos hombres me había dirigido la palabra, aunque a todos los había sorprendido mirándome furtivamente en algún momento. Me preguntaba qué idioma hablarían. Parecían todos muy taciturnos, y sus voces eran muy misteriosas. Había algo extraño en ellos, pero ¿qué? Después recordé la mirada del torpe ayudante de Montgomery.

Justo cuando estaba pensando en él, entró en la habitación. Iba vestido de blanco y traía una bandeja con café y verdura hervida. Apenas pude evitar un estremecimiento de horror cuando entró, inclinándose amablemente, y dejó la bandeja sobre la mesa, delante de mí.

Entonces me quedé paralizado por el asombro. Bajo sus fibrosos mechones de pelo vislumbré su oreja. Estaba muy cerca de mi cara. ¡Aquel hombre tenía las orejas puntiagudas y cubiertas de un vello fino de color marrón!

—Su desayuno, señor —dijo.

Lo miré fijamente sin intentar responderle. Él se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta mirándome por encima del hombro de un modo extraño.

Lo seguí con la mirada, y entonces, por alguna función cerebralinconsciente, me vino a la cabeza una frase: «¿Los dolores de Moreau?» ¿Cómo era? Mi memoria dio un salto de diez años. «¡Los horrores de Moreau!» La frase pasó un instante por mi mente y luego la vi en un rótulo rojo impreso en un pequeño folleto amarillo que, al leerlo, producía escalofríos. Después lo recordé todo claramente. Aquel folleto olvidado volvió a mi memoria con sorprendente intensidad. Yo no era entonces más que un chaval y Moreau debía de tener, creo, unos cincuenta años; era un eminente psicólogo, conocido en los círculos científicos por su extraordinaria imaginación y su franqueza brutal en las discusiones.

¿Sería el mismo Moreau? Había publicado ciertos descubrimientos sorprendentes sobre la transfusión de sangre y era de todos sabido que estaba realizando una valiosa labor de investigación sobre tumores malignos. Luego su carrera se vio súbitamente interrumpida. Tuvo que abandonar Inglaterra. Un periodista consiguió entrar en su laboratorio en calidad de ayudante, con la intención de hacer un reportaje sensacional; y gracias a una sorprendente casualidad —si es que se le puede llamar

casualidad— su espantoso folleto se hizo famoso. El mismo día de su publicación, un pobre perro, desollado y mutilado, se escapó del laboratorio de Moreau.

Ocurrió durante el verano, cuando escasean las noticias, y un eminente editor, primo del supuesto ayudante de laboratorio, apeló al sentido común de la nación. No era la primera vez que el sentido común se oponía a los métodos de investigación. El doctor fue expulsado del país. Quizá lo mereciera, pero sigo creyendo que la falta de apoyo de sus colegas, y el abandono de que fue objeto por parte del cuerpo de investigadores científicos, fue algo vergonzoso. Sin embargo, algunos de sus experimentos, según el relato del periodista, eran de una crueldad desmesurada. Tal vez habría podido calmar a la opinión pública abandonando sus investigaciones, pero al parecer optó por estas últimas, como habrían hecho la mayoría de las personas que han sucumbido al irresistible encanto de la investigación. No estaba casado, y no tenía que pensar más que en sus propios intereses...

Estaba convencido de que se trataba del mismo hombre. Todo así lo indicaba. Entonces caí en la cuenta de cuál era el destino del puma y los otros animales, que para entonces ya habían sido encerrados, junto con el resto de la carga, en el recinto situado detrás de la casa. Un leve y curioso olor, el hálito de algo familiar, un olor que había permanecido hasta ahora en el fondo de mi mente, ocupó de pronto el primer plano de mis pensamientos. Era el olor antiséptico del quirófano. Oí el rugido del puma al otro lado de la pared y uno de los perros gimió como si lo golpearan.

Sin embargo, sobre todo para otro científico, la vivisección no es algo tan horrible como para explicar tanto secreto. Y por un extraño salto en mi pensamiento, las orejas puntiagudas y los ojos brillantes del criado de Montgomery volvieron a mí con la más absoluta nitidez. Clavé la mirada en el mar azul que la refrescante brisa cubría de espuma y dejé que estos y otros extraños recuerdos de los últimos días correttearan por mi mente.

¿Qué significaría todo aquello? Un recinto cerrado en una isla solitaria; un vivisector de muy mala fama y esos hombres tullidos y deformes...

Capítulo 8

El grito del puma

A eso de la una Montgomery interrumpió el mar de confusión y sospechas que me habían sumido mis pensamientos; su grotesco criado lo seguía trayendo una bandeja con pan, verduras y otros comestibles, una petaca de whisky, una jarra de agua, tres vasos y tres cuchillos. Miré con recelo a esta extraña criatura y lo sorprendí observándome con sus misteriosos ojos. Montgomery dijo que comería conmigo, pero que Moreau estaba demasiado ocupado con cierto trabajo y no podía acompañarnos.

—¡Moreau! —exclamé yo—. Conozco ese nombre.

—¿Cómo diablos va a conocerlo? —respondió—. ¡Qué estúpido he sido! No debería haberle dicho nada. De todos modos, así podrá hacerse una idea de cuáles son nuestros misterios. ¿Whisky?

—No, gracias. Soy abstemio.

—¡Ojalá yo lo fuera! Pero de nada sirve cerrar la puerta cuando el caballo ya ha sido robado. Fue este brebaje infernal lo que me trajo aquí. Eso y una noche de niebla. Me consideré afortunado cuando Moreau me ofreció salir de allí. Es curioso...

—Montgomery —dije bruscamente cuándo la puerta d fuera se cerró—, ¿por qué ese hombre tiene las orejas puntiagudas?

—¡Maldita sea! —exclamó con la boca llena de comida. Luego me miró un momento y repitió—: ¿Orejas puntiagudas?

—Sí, terminan en punta —insistí lo más tranquilamente posible, con el corazón encogido—, y cubiertas de vello en los bordes.

Se sirvió whisky y agua con gran parsimonia.

—Tenía la impresión... de que el pelo le cubría las orejas.

—Se las vi cuando se acercó para servirme el café. Y además sus ojos brillan en la oscuridad.

Para entonces Montgomery ya se había repuesto de la sorpresa que mi pregunta había causado en él.

—Siempre he pensado —dijo, acentuando ligeramente su ceceo — que había algo raro en sus orejas, por el modo en que las escondía... ¿Cómo eran?

Su actitud me inducía a pensar que aquella ignorancia era fingida. Sin embargo, no podía decirle que era un mentiroso.

—De punta; bastante pequeñas y peludas, claramente peludas. Pero no son sólo sus orejas. Ese hombre es uno de los seres más extraños que he visto en mi vida.

Entonces se oyó el brutal alarido de dolor de un animal. Por su intensidad y su volumen debía de ser el puma. Observé que Montgomery ponía mala cara.

—¿Sí? —dijo.

—¿Dónde encontró a esa criatura?

—En... San Francisco... Debo admitir que es realmente feo. Y medio bobo. No recuerdo de dónde venía. Pero me he acostumbrado a él. Los dos nos hemos acostumbrado. ¿Le sorprende?

—Es antinatural —respondí—. Hay algo en él... No piense que soy fantasioso, pero cuando se acerca me produce una sensación desagradable, una especie de tensión muscular. Tiene un toque... diabólico.

Montgomery había dejado de comer mientras yo hablaba.

—¿Qué raro! A mí no me lo parece.

Continuó comiendo y luego añadió:

—No tenía la menor idea. La tripulación de la goleta debió experimentar la misma sensación... Era evidente que todos estaban contra el pobre diablo... ¿No vio al capitán?

El puma volvió a rugir aún con mayor intensidad. Montgomery maldijo entre dientes. Yo estaba medio decidido a interrogarle acerca de los hombres de la playa. La pobre bestia emitió una serie de alaridos breves, pero muy penetrantes.

—Esos hombres de la playa, ¿a qué raza pertenecen?

—Unos tipos excelentes, ¿verdad? —dijo con aire distraído, arqueando las cejas cuando el animal volvió a aullar.

No dije nada más. Luego se oyó un grito peor que los anteriores. Montgomery me miró con sus apagados ojos grises y siguió bebiendo whisky. Intentaba llevar la conversación hacia el tema del alcohol, asegurando que gracias a eso me había salvado la vida.

Parecía empeñado en señalar que le debía la vida. Yo le respondí distraídamente.

El almuerzo había concluido. El monstruo deforme de orejas puntiagudas desapareció y Montgomery volvió a dejarme a solas en mi habitación. En ningún momento había conseguido ocultar la irritación que los gritos del puma le producían. Hizo un comentario sobre su extraña falta de nervio y dejó que yo lo interpretara a mi manera.

Para mí aquellos gritos eran particularmente molestos, y su intensidad aumentó a medida que avanzaba la tarde. Al principio me resultaban dolorosos, pero su persistencia acabó por alterar mi equilibrio nervioso. Tiré el libro de Horacio [5] que había estado leyendo y comencé a apretar los puños, morderme los labios y dar vueltas por la habitación.

Luego tuve que taparme los oídos. Aquellos gritos me resultaban cada vez más conmovedores y finalmente se convirtieron en tal manifestación de sufrimiento que se me hacía insoportable continuar encerrado en aquella habitación. Salí al exterior y sentí el soñoliento calor de la tarde que declinaba; pasé junto a la entrada principal —que, como pude ver, estaba cerrada— y doblé la esquina del recinto.

Los gritos eran aún más intensos allí fuera. Parecía como si todo el dolor del mundo se hubiera concentrado en una sola voz. Y aunque sabía que aquel dolor estaba en la habitación de al lado, creo que de no haberse oído habría podido soportarlo. Pero cuando el sufrimiento se expresa por medio de una voz y altera nuestros nervios, la piedad llega a molestarnos. A pesar de que hacía un sol radiante y las hojas de los árboles se mecían acariciadas por la brisa del mar, el mundo era para mí una confusión de fantasmas negros y rojos, hasta que me encontré fuera del alcance de los ruidos de la casa.

Capítulo 9

La criatura del bosque

Me alejé a grandes zancadas entre la maleza que cubría la loma situada tras la casa, atravesé la sombra de un denso grupo de árboles de troncos rectos y pronto me encontré al otro lado de la pendiente y descendí hacia un riachuelo que discurría por un estrecho valle. Me detuve y escuché. La distancia a la que me encontraba, o las masas de vegetación, amortiguaban cualquier sonido procedente del recinto. El viento estaba en calma. De pronto se oyó un crujido, y un conejo pasó corriendo por delante de mí, colina arriba. No sabía qué hacer y me senté en la sombra.

Era un lugar agradable. El arroyo quedaba oculto por la exuberante vegetación que crecía en sus orillas, salvo en un punto, en el que pude vislumbrar un fragmento de agua brillante. A través de una neblina azul divisé en la otra orilla una maraña de árboles y enredaderas, y más arriba el luminoso azul del cielo. Aquí y allá una mancha blanca o carmesí revelaba la presencia de una epífita[6]. Durante un rato dejé que mi mirada vagara por aquel escenario y luego mi mente volvió a pensar en el extraño criado de Montgomery. Pero hacía demasiado calor para pensar y pronto volví a caer en un agradable estado a medio camino entre el sueño y la vigilia.

Después de no sé cuánto tiempo me despertó un crujido de la maleza en la otra orilla del arroyo. Por un momento no vi más que las copas de los helechos y las cañas acunadas por el viento. Luego, de repente, algo apareció en la orilla. Al principio no pude distinguir lo que era. Se inclinó sobre el arroyo y empezó a beber. Entonces vi que se trataba de un hombre que andaba a cuatro patas, ¡como un animal!

Iba vestido de azul; tenía la piel de color cobrizo y el pelo negro. Era como si la más grotesca fealdad fuese la principal característica

de los habitantes de aquella isla. Bebía sorbiendo ruidosamente con los labios.

Me incliné hacia adelante para verlo mejor, y un trozo de lava se desprendió de mi mano y bajó rodando pendiente abajo. El hombre miró hacia arriba con aire de culpabilidad y nuestras miradas se encontraron. Luego se puso en pie y permaneció allí, pasándose torpemente la mano por la boca, sin dejar de mirarme. Sus piernas apenas medían la mitad que su cuerpo. Permanecemos mirándonos desconcertados por espacio de un minuto. Luego se escabulló entre los arbustos que había a mi derecha y oí desvanecerse en la distancia el siseo de las frondas. De vez en cuando se volvía y miraba fijamente. Lo seguí largo rato con la mirada hasta mucho después de que desapareciese. Mi soñolienta tranquilidad se había esfumado.

Un ruido a mis espaldas me sobresaltó y, volviéndome bruscamente, vi la cola blanca de un conejo que corría cuesta arriba. Me puse en pie de un salto.

La aparición de aquella figura grotesca y medio animal había roto súbitamente la calma de la tarde. Miré a mi alrededor bastante nervioso y lamenté no llevar un arma. Luego reparé en que el hombre al que acababa de ver iba vestido de azul —no iba desnudo como un salvaje— e intenté convencerme a mí mismo de que seguramente sería un ser pacífico, aunque la extraña ferocidad de su rostro indicara lo contrario.

No obstante, aquella aparición me había trastornado. Caminé a lo largo de la pendiente hacia la izquierda a lo largo de la pendiente, volviendo la cabeza a uno y otro lado y escrutando entre las ramas de los árboles. ¿Por qué andaría aquel hombre a cuatro patas y sorbía el agua con los labios? Entonces volví a oír el lamento de un animal y, suponiendo que se trataba del puma, di media vuelta y caminé en dirección diametralmente opuesta al lugar de donde procedía el sonido. Así llegué hasta el arroyo, lo crucé y continué ascendiendo entre la maleza.

Una gran mancha en el suelo de color carmesí me sobresaltó, y al acercarme descubrí que se trataba de un curioso hongo, ramificado y estriado como un líquen foliáceo que al tocarlo se convertía en limo. Un poco más allá, a la sombra de unos exuberantes helechos, encontré algo sumamente desagradable: un

conejo muerto, y aún caliente, con la cabeza arrancada y cubierto de moscas. Me detuve horrorizado ante la visión de la sangre. ¡Al menos aquí ya habían liquidado a uno de los visitantes de la isla!

No presentaba otros signos de violencia. Parecía como si lo hubieran atrapado y matado de repente. Observé aquel cuerpo pequeño y peludo, preguntándome cómo lo habrían hecho. El vago temor que se había apoderado de mí desde que viera el rostro inhumano del hombre en el arroyo se hizo más intenso. Empecé a comprender lo arriesgado de mi expedición entre aquellos seres desconocidos. Mi imaginación comenzaba a alterar la espesura a mi alrededor. Cada sombra se convertía en algo más que una sombra, en una emboscada y, cada rumor, en una amenaza. Sentí que una presencia invisible me acechaba.



Decidí regresar al recinto de la playa. De pronto di media vuelta y eché a correr, abriéndome paso furiosamente entre los arbustos, deseoso de encontrarme de nuevo en un lugar despejado.

Me detuve justo a tiempo de evitar mi súbita aparición en el espacio abierto. Era una especie de claro en la selva, producido por la caída de un gran árbol; las plantas comenzaban ya su lucha por poblar el espacio vacío, y un poco más allá la densa maraña de ramas, enredaderas serpenteantes y grupos de hongos y flores volvía a cerrarse. Ante mí, entre los enmohecidos restos de un enorme árbol caído, se ocultaban tres grotescas figuras humanas que aún no habían advertido mi presencia. Una de ellas era evidentemente hembra. Los otros dos eran hombres. Sólo llevaban un trozo de tela roja alrededor de la cintura. Su piel era de un color rosado oscuro, distinta a la de todos los salvajes que había visto hasta entonces. Tenían el rostro ancho y sin mentón, la frente hundida, y el pelo muy corto y erizado. En mi vida había visto criaturas de aspecto tan bestial.

Estaban hablando, o al menos uno de ellos hablaba a los otros dos, y los tres prestaban gran atención a los crujidos que hacía al acercarme. Movían la cabeza y los hombros a uno y otro lado. Las palabras del que hablaba me llegaban con poca claridad, y aunque las oía perfectamente, no era capaz de distinguir lo que decía. Parecía recitar en una complicada jerigonza. Luego su voz se tornó más aguda, extendió las manos y se puso en pie.

Los otros comenzaron a parlotear al unísono, poniéndose igualmente en pie, extendiendo las manos y balanceándose al ritmo de su canto. Fue entonces cuando vi sus piernas, anormalmente cortas, y sus pies flacos y torpes. Los tres comenzaron a dar vueltas lentamente, levantando alternativamente los pies y pateando el suelo, al tiempo que gesticulaban con los brazos; el ritmo de sus palabras se convirtió en una especie de melodía con un estribillo que decía algo así como «Alula» o «Balula». Sus ojos comenzaron a brillar y sus horribles rostros a iluminarse con una expresión de extraño placer. Sus bocas y sus labios empezaron a babear saliva.



De pronto, mientras observaba sus grotescos e indescritibles gestos, comprendí por primera vez qué era lo que me había producido la impresión contradictoria de algo sumamente extraño y a la vez familiar. Las tres criaturas que practicaban aquel misterioso rito eran humanas y, sin embargo, su parecido con un animal era asombroso. A pesar de su forma humana, del trozo de tela con que se cubrían y de la tosca humanidad de su físico, cada una de aquellas criaturas revelaba en sus movimientos, en la expresión de su rostro, en toda su presencia, un parecido irresistible con un cerdo: llevaba impresa la inconfundible marca de la bestia.

Permanecí allí, abrumado por tan sorprendente descubrimiento, mientras las más horribles preguntas asaltaban mi mente. Entonces los monstruos comenzaron a saltar por los aires, primero uno y luego el otro, gritando y gruñendo. Uno de ellos resbaló y se quedó un momento a cuatro patas antes de volver de inmediato a su antigua posición. Pero aquel destello transitorio de bestialidad había sido suficiente.

Me volví intentando hacer el mínimo ruido y, quedándome paralizado por temor a ser descubierto cada vez que crujía una rama o crepitaba una hoja, volví a adentrarme en la espesura. Pasó mucho tiempo hasta que perdí el miedo y me atreví a caminar con libertad.

En aquel momento sólo pensaba en alejarme de aquellos horribles seres y apenas advertí la aparición de un sendero que discurría entre los árboles. Entonces, al cruzar un pequeño claro, descubrí, con gran sobresalto, dos torpes piernas que caminaban con sigilo a unos tres metros de mí. La cabeza y la parte superior del cuerpo quedaban ocultas tras una maraña de enredaderas. Me detuve bruscamente, confiando en que la criatura no me viera. Sus pies se detuvieron al mismo tiempo. Estaba tan nervioso que me costó dominar el impulso de huir precipitadamente.

Luego, escudriñando la maleza, distinguí a la bestia que había visto bebiendo en el arroyo. En aquel momento volvió la cabeza. Había en sus ojos un resplandor esmeralda, una especie de brillo que se desvaneció cuando giró nuevamente la cabeza. Permaneció un momento inmóvil; luego, con paso silencioso, echó a correr por la espesura. En seguida desapareció entre los arbustos. Ya no lo veía, pero sentía que se había detenido y me observaba.

¿Qué diablos era aquello, un animal o un hombre? ¿Qué quería de mí? Yo iba desarmado; ni siquiera llevaba un palo. Huir habría sido una locura. En cualquier caso, aquella Cosa, fuera lo que fuera, no tuvo valor para atacarme. Caminé en línea recta hacia él apretando los dientes con fuerza. Hacía todo lo posible por disimular el miedo, que me producía escalofríos en la espalda. Me introduje en un auténtico laberinto de arbustos altos y flores blancas y lo vi a unos veinte metros, mirándome por encima del hombro y sin saber muy bien qué hacer. Avancé uno o dos pasos mirándole fijamente a los ojos.

—¿Quién eres? —pregunté.

Él intentó aguantar la mirada.

—¡No! —exclamó de pronto, y dando media vuelta se alejó, saltando entre la maleza. Luego se volvió y me miró de nuevo. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

Tenía el corazón en la boca, pero sentí que mi única oportunidad era marcarme un farol, de modo que caminé hacia él con decisión. Pero dio media vuelta y se perdió en la oscuridad. Una vez más, pensé que había captado el brillo de sus ojos, y eso fue todo.

Por primera vez comprendí hasta qué punto podía afectarme el paso de las horas. El sol acababa de ponerse. La rápida oscuridad del trópico ya cubría el cielo por el oriente mientras la primera mariposa nocturna revoloteaba sobre mi cabeza. Debía apresurarme a volver al recinto, a menos que estuviera dispuesto a pasar la noche entre los desconocidos peligros de la selva.

La idea de regresar al refugio me resultaba enormemente desagradable, pero aún peor era la idea de ser sorprendido por la oscuridad en medio de la selva y todo cuanto ella podría ocultar. Dirigí una última mirada hacia las sombras azules que habían devorado a la extraña criatura, y luego bajé hasta el arroyo por donde había venido.

Caminaba con impaciencia, perplejo por todo lo sucedido, cuando llegué a una planicie que se extendía entre algunos árboles dispersos. La incolora claridad que sucede al ocaso comenzaba a oscurecerse. El cielo azul se nacía cada vez más profundo y, una a una, las estrellas se abrían paso entre la tenue luz; los huecos de los árboles y la vegetación, vagamente azules durante el día, se

tornaron negros y misteriosos.

Seguí adelante. El color desapareció del mundo, las copas de los árboles se perfilaban sobre un cielo azul luminoso, como dibujadas a tinta, y más abajo su silueta se fundía en una oscuridad informe. Los árboles parecían más finos y la maleza más abundante. Poco después encontré un espacio desolado cubierto de arena blanca, y más allá otra extensión de enmarañados arbustos.

Un débil crujido a mi derecha me atormentaba. Al principio pensé que era el fruto de mi imaginación, pues en cuanto me detenía todo quedaba en silencio, salvo las copas de los árboles mecidas por la brisa de la tarde. Pero cuando reanudaba la marcha oía un eco a mis pisadas.

Me aparté de los matorrales, procurando avanzar por terreno más abierto y volviéndome de improviso cada cierto tiempo para sorprender a ese algo (si es que existía), en el preciso momento de lanzarse sobre mí. No veía nada y, sin embargo, la sensación de otra presencia cercana era cada vez mayor. Aceleré el paso y al cabo de un rato llegué a una pequeña loma, la crucé y giré bruscamente sin apartar la mirada. Era una forma negra y bien definida sobre el cielo oscuro.

De pronto, un bulto informe se elevó por un instante en el horizonte y desapareció. Aquello me convenció de que el enemigo de cara rojiza me acechaba de nuevo. Y además llegué a otra desagradable conclusión: me había perdido.

Desesperado y atónito, apreté el paso seguido por aquella furtiva presencia. Fuera lo que fuese, aquella Cosa no tenía valor para atacarme, o esperaba a que yo me encontrara en desventaja. Había decidido caminar por lugares abiertos. De vez en cuando me volvía y escuchaba, hasta que llegué a convencerme de que mi perseguidor había abandonado la caza o de que todo era pura invención de mi mente trastornada. Entonces oí el ruido del mar. Aceleré la marcha hasta casi echar a correr y oí un ruido a mis espaldas.

Me volví bruscamente y escruté los árboles que tenía detrás. Una sombra negra parecía fundirse con otra. Permanecí inmóvil, escuchando, sin oír nada más que el zumbido de la sangre en mis oídos. Pensé que mis nervios estaban destrozados y que mi imaginación me engañaba, y volviéndome con decisión me dirigí de nuevo hacia el mar.

Al cabo de un minuto los árboles se aclararon y me encontré en un promontorio desprovisto de vegetación que se adentraba en las sombrías aguas. La noche era serena y clara, y el reflejo de la creciente multitud de estrellas temblaba en el suave vaivén del mar. Mar adentro, el remolino que formaba el agua sobre la franja de un arrecife brillaba con pálida luz propia. Hacia el poniente divisé la luz zodiacal [7] fundiéndose con el resplandor amarillo de la estrella vespertina. La costa se perdía en la distancia hacia levante, mientras que hacia poniente desaparecía tras la punta del cabo. Entonces recordé que la playa de Moreau se hallaba en dirección oeste.

Una rama se quebró a mis espaldas y a continuación se oyó un crujido. Me volví hacia los oscuros árboles. No veía nada —o veía demasiado—. Cada forma oscura cobraba bajo aquella luz un aspecto inquietante. Permanecí inmóvil por espacio de un minuto y, acto seguido, sin apartar la vista de los árboles, me dirigí hacia poniente para cruzar el promontorio. Una de las sombras, se deslizó tras de mí.

El corazón me latía con fuerza. Entonces divisé la amplia curva de una bahía hacia poniente y me detuve de nuevo. La sombra silenciosa se detuvo a unos diez metros de mí. Un pequeño punto luminoso brillaba en el recodo más alejado de la bahía y la mancha grisácea de la playa se apreciaba débilmente bajo la tenue luz de las estrellas. El punto luminoso se hallaba a unos tres kilómetros. Para alcanzar la playa debía caminar entre los árboles, donde acechaban las misteriosas sombras y descender por una pendiente salpicada de maleza.

Ahora veía aquella Cosa con más claridad. No era un animal, pues caminaba erguido. Abrí la boca con intención de hablar, pero una ronca flema ahogó mi voz. Lo intenté de nuevo y grité:

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Avancé un paso. La Cosa no se movió; simplemente se agazapó. Mi pie tropezó con una piedra.

Aquello me dio una idea. Sin apartar los ojos de la forma negra inmóvil ante mí, me agaché y cogí el trozo de roca. Pero, al moverme, la Cosa volvió bruscamente, como habría hecho un perro, y se escabulló en la oscuridad. Entonces recordé un truco infantil contra los perros: envolví la piedra con mi pañuelo y me la até en la muñeca. Percibí un movimiento entre las sombras, como si la Cosa

se batiera en retirada. Mi tensión emocional se desató de repente; una vez puesto en fuga mi adversario y con un arma en la mano, comencé a sudar y a temblar.

Pasó algún tiempo antes de que reuniera fuerzas para bajar hasta la playa, entre los árboles y arbustos, por la ladera del promontorio. Finalmente eché a correr, y mientras salía de la espesura oí que alguien corría detrás de mí.

Entonces me entró tanto miedo que perdí la cabeza y salí corriendo por la arena despavorido. Acto seguido oí el ruido de unos pasos ligeros y sigilosos que me seguían. Lancé un grito salvaje y redoblé el paso. Varias formas negras, tres o cuatro veces más grandes que un conejo, corrieron a esconderse entre los matorrales. Jamás podré olvidar, mientras viva, el terror de aquella persecución. Corría por la orilla del mar sin dejar de oír el chapoteo de los pies que se acercaban. A lo lejos, desesperadamente lejos, brillaba la luz amarilla. La noche era oscura y tranquila. Mis perseguidores estaban cada vez más cerca. Me faltaba el aliento y sentía un dolor profundo en el costado, como si me clavaran un cuchillo. Comprendí que la Cosa me alcanzaría mucho antes de llegar al recinto y, jadeante y desesperado, di media vuelta, esperé a que se acercara y la golpeé con todas mis fuerzas. Al hacerlo, la piedra salió disparada de la onda del pañuelo.

Mientras me volvía, la Cosa, que había estado corriendo a cuatro patas, se puso en pie y el proyectil le alcanzó de lleno en la sien izquierda. El cráneo dio un fuerte chasquido. El hombre animal se me echó encima, me empujó con ambas manos y pasó junto a mí, cayendo de cabeza al agua, donde quedó tendido, sin moverse.

No me atrevía a acercarme a aquel bulto negro. Lo dejé allí, en el agua, bajo las apacibles estrellas, y tras dar un amplio rodeo para no pasar junto a él, continué mi camino hacia el resplandor amarillo de la casa. Entonces, con una gran sensación de alivio, volví a oír el lastimoso quejido del puma: el mismo sonido que me había impulsado a explorar aquella isla misteriosa. Aunque me encontraba muy débil y terriblemente cansado, reuní todas mis fuerzas y eché a correr hacia la luz. Me pareció oír una voz que me llamaba.

Capítulo 10

La llamada del hombre

Al acercarme a la casa vi que la luz que brillaba era la de mi habitación; luego, oí la voz de Montgomery que gritaba en la oscuridad:

—¡Prendick!

Seguí corriendo. Al rato volví a oírlo. Repliqué un débil «aquí» y poco después llegué hasta él, tambaleándome.

—¿Dónde estaba? —dijo, cogiéndome por el brazo de manera que la luz de la habitación cayera de lleno sobre mi rostro. Hemos estado tan ocupados que nos olvidamos de usted hasta hace cosa de media hora.

Me condujo a mi habitación y me sentó en la mecedora. Estuve un rato cegado por la luz.

—No se nos ocurrió que decidiría explorar nuestra isla sin avisarnos —y acto seguido añadió—: Tenía miedo de que... Pero ¿qué?...

La poca fuerza que me quedaba terminó por abandonarme y la cabeza se me cayó sobre el pecho. Creo que experimentó cierta satisfacción al poder darme un poco de coñac.

—¡Por el amor de Dios, cierre la puerta! —exclamé.

—Se ha encontrado con algunas de nuestras curiosidades, ¿verdad?

Cerró la puerta y volvió junto a mí. No me hizo preguntas, pero me sirvió más coñac y agua y me obligó a comer. Yo estaba totalmente derrumbado. Murmuró algo así como que había olvidado prevenirme y me preguntó a qué hora había salido de la casa y qué había visto. Yo le respondí brevemente, con frases entrecortadas.

—¡Dígame qué significa todo esto! —dije en un estado que rayaba casi en la histeria.

—No es tan terrible —respondió—. Pero creo que ya ha tenido suficiente por hoy.

En ese momento, el puma lanzó un alarido de dolor, y Montgomery masculló entre dientes:

—¡Que me ahorquen si esto no es peor que ese horrible laboratorio de Londres!

—Montgomery, ¿qué era lo que me persiguió? ¿Una bestia o un hombre?

—Si no duerme esta noche, mañana tendrá la cabeza fatal —respondió.

Me puse de pie frente a él.

—¿Qué era lo que me ha estado siguiendo? —pregunté.

Me miró fijamente y torció la boca. Sus ojos, que un momento antes parecían animados, se apagaron de pronto.

—Por lo que cuenta —dijo—, creo que era un fantasma.

Sentí un acceso de cólera que pasó tan rápidamente como vino. Me dejé caer de nuevo sobre la mecedora y me apreté la frente con las manos. El puma comenzó a aullar de nuevo.

Montgomery se me acercó por detrás y puso su mano sobre mi hombro.

—Mire, Prendick, yo no tuve el menor interés en que usted viniera a esta estúpida isla. Pero no es tan mala como cree. Tiene los nervios destrozados. Permita que le dé algo que le hará dormir. Eso... durará horas todavía. Lo que tiene que hacer es dormir. Yo no respondo de nada.

No repliqué. Me incliné hacia adelante cubriéndome la cara con las manos. Al rato volvió con un vaso pequeño lleno de un líquido oscuro. Me lo dio a beber. Lo tomé sin ofrecer resistencia mientras me ayudaba a acomodarme en la hamaca.

Cuando desperté ya estaba bien entrado el día. Permanecí un rato tumbado, mirando al techo. Observé que las vigas estaban construidas con las cuadernas de un barco. Luego volví la cabeza y vi la mesa dispuesta para mí. Estaba hambriento y me disponía a bajar de la hamaca cuando ésta, anticipándose cortésmente a mi intención, giró sobre su eje, depositándose en el suelo a cuatro patas.

Me puse en pie y me senté a la mesa. Tenía la cabeza pesada y sólo recordaba vagamente lo ocurrido la noche anterior. La brisa

matinal entraba agradablemente por la ventana abierta, lo que unido a la comida despertó en mí una sensación de placer animal. Entonces la puerta que había a mis espaldas —la que daba al patio interior— se abrió. Me volví y vi el rostro de Montgomery.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Estoy muy ocupado.

Y volvió a cerrar la puerta. Poco después descubrí que había olvidado cerrarla con llave.

Luego rememoré la expresión de su rostro la noche anterior, y eso hizo que el recuerdo de todo lo vivido se reconstruyera por sí solo. En el preciso instante en que volvía a ser presa del temor oí un grito procedente del interior. Pero esta vez no era el puma.

Aparté el bocado que me había llevado a los labios y presté atención. Aparte del susurro de la brisa matinal, todo era silencio. Empecé a creer que mis oídos me habían engañado.

Al cabo de un buen rato reanudé mi comida, pero sin dejar de aguzar el oído. Entonces percibí algo distinto, un sonido muy débil. Estaba sentado, completamente inmóvil, y aunque el ruido era casi imperceptible, me conmovió mucho más que todo lo que hasta entonces había oído sobre cualquiera de los horrores que tenían lugar al otro lado del muro. Esta vez no había duda sobre la procedencia de aquellos sonidos sordos y entrecortados; se trataba de un quejido interrumpido por sollozos y lamentos de angustia. Esta vez no se trataba de un animal. ¡Estaban torturando a un ser humano!

Me levanté y, tras cruzar la habitación de tres zancadas, agarré el tirador de la puerta interior y la abrí.

—¡Deténgase, Prendick! —gritó Montgomery.

Un aterrorizado galgo de caza gañía y se retorció de dolor. En el fregadero había sangre, sangre oscura, mezclada con sangre escarlata. En seguida percibí el inconfundible olor del ácido fénico[8]. Luego, a través de una puerta abierta, bajo la imprecisa claridad de la penumbra interior, vislumbré algo atado a una moldura, lleno de cicatrices, rojo y vendado. Después, borrando esta visión, apareció el rostro del doctor Moreau, pálido y terrible.

En cuestión de segundos me agarró por el hombro con una mano ensangrentada, me hizo girar sobre mis pies y, levantándose como si fuera un niño, me arrojó de cabeza a mi habitación. Caí cuan largo era sobre el suelo, mientras se cerraba la puerta de golpe,

ocultando su rostro alterado. Al instante oí la llave que giraba en la cerradura y la voz de Montgomery que protestaba.

—¡El trabajo de toda una vida, arruinado! —dijo Moreau.

—Él no lo comprende —respondió Montgomery, y continuó diciendo algo inaudible para mí.

—Ahora no tengo tiempo que perder —replicó Moreau.

El resto no conseguí oírlo. Me levanté y me quedé allí, temblando, mientras en mi mente bullían los más terribles presentimientos. ¿Cómo era posible realizar algo tan monstruoso como la vivisección de un hombre? Aquella pregunta brilló como un relámpago en mitad de la tormenta. Y de pronto, el vago horror de mi mente se transformó en la clara comprensión del peligro en que me hallaba.

Capítulo 11

La caza del hombre

Con la irracional esperanza de escapar me vino a la memoria el recuerdo de que la puerta exterior de la habitación todavía estaba abierta. Ahora estaba convencido, absolutamente seguro, de que Moreau había practicado la vivisección en un ser humano. Desde que oí su nombre por primera vez había intentado, en cierto modo, relacionar en mi mente el grotesco aspecto animal de los isleños con sus aberraciones; ahora lo comprendía todo. Recordé sus investigaciones sobre la transfusión de sangre. ¡Las criaturas que yo había visto eran víctimas de algún espantoso experimento!

La intención de aquellos canallas repugnantes no había sido otra que retenerme y despistarme con sus muestras de confianza para luego obsequiarme con un destino aún más terrible que la muerte: la tortura; y, después de la tortura, la más horrorosa degradación que imaginarse pueda: abandonarme como a una bestia, como a un alma perdida junto con el resto de los salvajes. Miré a mi alrededor en busca de algún arma. Nada. Luego, en un arrebato de inspiración, le di la vuelta a la hamaca y partí el brazo de una patada. Quiso el azar que un clavo quedara en la punta de la madera, transformando en peligrosa un arma de otro modo inofensiva. Oí pasos y, sin poder evitarlo, abrí la puerta. Montgomery se encontraba a menos de un metro y, a buen seguro, se disponía a cerrarla con llave.

Alcé mi estaca con el clavo en la punta para darle en la cara, pero él dio un salto atrás. Tras un instante de vacilación, me di la vuelta y huí a toda velocidad, doblando la esquina de la casa.

—¡Prendick! ¡No sea estúpido! —me gritó, lleno de asombro.

Yo pensaba que, de haber tardado un minuto más, me habría encerrado y, ¡pobre de mí! Montgomery apareció en la esquina y volvió a gritar:

—¡Prendick!

Luego se lanzó en mi persecución, sin dejar de llamarme a grandes voces.

Esta vez corrí desaforadamente hacia el noroeste, en ángulo recto al camino que había tomado en mi anterior expedición. En una ocasión, mientras corría a toda velocidad playa arriba, volví la cabeza y vi que su criado lo acompañaba. Subí la cuesta a toda prisa y luego me desvié hacia el este por un valle rocoso flanqueando a ambos lados por la jungla. Recorrí más de un kilómetro sin parar, con una gran opresión en el pecho y el pulso laténdome en los oídos. Estaba al borde del agotamiento y, como no oía a Montgomery ni a su ayudante, volví sobre mis pasos hacia la playa —al menos, eso creí entonces— y me tumbé al abrigo de unas cañas.

Me quedé allí bastante tiempo, demasiado asustado para moverme, demasiado aterrorizado siquiera para elaborar un plan de acción. El agreste paisaje que me rodeaba dormía silenciosamente bajo el sol y no se oía nada salvo el débil zumbido de unos diminutos mosquitos que me habían descubierto. Poco después percibí un ruido sordo: el murmullo del mar.

Al cabo de aproximadamente una hora oí la voz de Montgomery que me llamaba desde muy lejos, en dirección norte. Eso me hizo pensar en mi plan de acción. Según deduje entonces, la isla sólo estaba habitada por los dos vivisectores y sus víctimas, algunas de las cuales podían sin duda ser obligadas a atacarme, llegado el caso. Sabía que tanto Moreau como Montgomery llevaban revólveres, mientras que yo, a excepción de una endeble estaca con un clavo en la punta (ridícula parodia de una maza), estaba desarmado.

Así, pues, permanecí donde estaba hasta que empecé a pensar en comida y bebida. Entonces comprendí que me encontraba en una situación realmente desesperada. No sabía qué hacer para encontrar algo de comer; desconocía por completo la botánica, lo que me impedía aprovechar cualquiera de las raíces o frutas que había por allí. Tampoco tenía medios para cazar los escasos conejos que había en la isla. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más negro me parecía.

Al fin, desesperado por mi situación, volví a pensar en aquellos hombres animalizados con los que me había encontrado. Buscaba

una esperanza en lo que recordaba de ellos. Fui analizando a todos, uno por uno, esforzándome por hallar en mi memoria cualquier indicio de ayuda.

De pronto oí el ladrido de un sabueso y descubrí que un nuevo peligro me acechaba. Apenas me detuve a pensarlo —de lo contrario me habrían atrapado— y, agarrando rápidamente mi estaca, salí precipitadamente de mi escondite hacia el lugar por donde se oía el mar. Recuerdo un matorral de plantas espinosas que cortaban como cuchillos. Salí de allí sangrando y con la ropa hecha jirones, y fui a dar a un largo arroyo que fluía hacia el norte.

Sin dudarle un instante, me metí directamente en las olas, remontando la corriente con el agua hasta las rodillas. Luego salí con dificultad por la orilla oeste y, con un violento latido en las sienes, me escondí entre unos helechos para aguardar el desenlace. Oía que el perro —era un solo— se acercaba y, al llegar a los espinos, se puso a ladrar. Después no oí nada más y en realidad empecé a pensar que estaba a salvo.

Pasaron los minutos; el silencio se prolongó, y al fin, tras una hora a salvo, comencé a recobrar mi valor.

Ya no me sentía aterrorizado ni desgraciado. Era como si hubiera traspasado el límite del terror y la desesperación. Entonces tuve la sensación de que mi vida estaba prácticamente perdida, y ese convencimiento me capacitaba para cualquier osadía. En cierto modo tenía ganas de encontrarme con Moreau cara a cara. Mientras me metía en el agua recordé que, aun estando realmente acorralado, me quedaba al menos una vía para escapar del tormento: no podrían hacer nada por evitar que me ahogara. En ese momento estaba medio decidido a hacerlo, pero un extraño deseo de ver cómo terminaba aquella aventura, un incomprensible interés por mí mismo, me lo impidió. Estiré las piernas, entumecidas y doloridas por los arañazos de las plantas, y miré a los árboles que me rodeaban; pronto mis ojos se posaron en un rostro negro que me observaba, oculto entre aquella maraña de vegetación.

Era la simiesca criatura que aguardaba a la lancha en la playa. Estaba subida al tronco oblicuo de una palmera. Empuñé mi estaca y le hice frente. Él comenzó a balbucear. «Tú, tú, tú...» fue todo lo que conseguí entender en un principio. De pronto, saltó del árbol, apartó el follaje y me miró con curiosidad.

Aquella criatura no me produjo la misma repugnancia que los otros salvajes.

—Tú, en el bote —dijo.

Era un hombre —al menos, tan hombre como el criado de Montgomery—, puesto que podía hablar.

—Sí. Yo vine en el bote. Desde el barco —respondí.

—¡Ah! —dijo él, y con su mirada brillante e inquieta recorrió mis manos, la estaca que llevaba, mis pies, mi ropa hecha jirones y los cortes y arañazos que me había hecho con los espinos. Pareció que algo le sorprendía. Sus ojos se volvieron a posarse sobre mis manos. Entonces sacó la mano y muy despacio contó sus dedos:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¿eh?

En ese momento no entendí lo que quería decir. Más tarde descubriría que gran parte de los salvajes tenía las manos malformadas, y a algunos les faltaban hasta tres dedos. No obstante, intuyendo que aquello era en cierto modo un saludo, hice lo mismo a modo de respuesta y él sonrió abiertamente con inmensa satisfacción. Luego, volvió a lanzar una inquietante mirada a su alrededor, efectuó un rápido movimiento y desapareció. El follaje que había mantenido apartado durante su aparición se juntó de nuevo con un rumor de hojas frescas.

Salí corriendo tras él y me quedé atónito al verlo columpiarse alegremente en una liana. Estaba de espaldas a mí.

—¡Hola! —dije.

Descendió de un salto, girando en el aire, y se quedó de pie frente a mí.

—¿Dónde puedo encontrar comida? —pregunté.

—¡Comida! —repitió—. Comida de hombre. En las cabañas.

Y sus ojos volvieron a la liana.

—Pero ¿dónde están las cabañas?

—¡Oh!

—Soy nuevo aquí, ya sabe.

Entonces se dio la vuelta y comenzó a andar a paso ligero. Sus movimientos eran extrañamente rápidos.

—¡Vamos! —dijo.

Yo lo seguí para ver cómo terminaba la aventura. Pensaba que las cabañas serían una especie de refugio tosco donde viviría con algunos de los monstruos. Puede que incluso fueran pacíficos, que

encontrara en sus mentes algo a lo que agarrarme. Aún no sabía hasta qué punto habían olvidado la herencia humana que yo les atribuía.

—¿Cuánto tiempo lleva en esta isla? —pregunté.

—¿Cuánto tiempo? —repitió.

Y dicho esto me mostró tres dedos. Aquella criatura era poco menos que idiota. Intenté descifrar lo que quería decir con eso, pero creo que lo aburrí. Tras un par de preguntas más, se apartó bruscamente de mi lado y dio un salto para coger un fruto que colgaba de un árbol. Se hizo con un manojo de vainas espinosas y comenzó a devorar su contenido. Yo lo observé con satisfacción. ¡Al menos había algo con que alimentarse! Seguí interrogándolo, pero sus respuestas eran casi siempre escuetas y nada tenían que ver con mis preguntas.

Tan atento estaba yo a todas estas peculiaridades que apenas me fijé en qué camino seguíamos. Llegamos a un sitio lleno de árboles carbonizados y luego a un espacio, desprovisto de vegetación y cubierto por una costra blanca amarillenta, por donde circulaba una humareda acre que irritaba los ojos y las fosas nasales. A nuestra derecha, por encima de una roca desnuda, divisé el mar azul. El camino descendía bruscamente serpenteando por un angosto barranco entre dos intrincadas masas de escoria negruzca. Nos adentramos por él.

El pasaje era muy oscuro. Sus paredes ascendían en vertical acercándose la una a la otra. Manchas de color granate y verde desfilaban ante mis ojos. Mi guía se detuvo de improviso:

—Mi casa —dijo.

Yo estaba allí en medio de un abismo que al principio me pareció absolutamente oscuro. Oí ruidos extraños y me froté los ojos. Entonces percibí un olor muy desagradable, similar al de una jaula de mono sucia. Un poco más lejos, la roca volvía a abrirse en una pendiente de verdor iluminada por el sol, y a ambos lados la luz se filtraba por una estrecha abertura hasta la penumbra central.

Capítulo 12

Los recitadores de la Ley

Algo frío me rozó la mano. Me sobresalté terriblemente y, muy cerca de mí, vi una cosa de color rosado, lo más parecido a un niño desollado que quepa imaginar. Aquella criatura tenía los rasgos dulces, aunque repugnantes, del animal llamado Perezoso: la misma frente hundida y los mismos gestos lentos. A medida que me fui acostumbrando a la luz, pude distinguir más cosas a mi alrededor. El monstruo me observaba atentamente y mi guía había desaparecido.

El lugar era un estrecho pasillo entre altas paredes de lava, con una abertura en su rugosa caída, y, a ambos lados, montones de palletes, hojas de palma en forma de abanico y cañas apoyadas contra la pared formaban un conjunto de impenetrables, toscas y oscuras madrigueras. El tortuoso sendero que ascendía por el barranco apenas superaba los tres metros de anchura y estaba repleto de fruta podrida y otros desperdicios, lo que explicaba la desagradable peste del lugar.

La criatura rosada continuaba observándome cuando mi Hombre Mono reapareció en la abertura de la guarida más próxima y me hizo señas invitándome a entrar. Entretanto, un monstruo desgarrado salió con dificultad de uno de los agujeros de aquella extraña calle y permaneció en pie, mirándome, con su silueta informe perfilada sobre el brillante follaje. Yo no sabía qué hacer — tenía ganas de largarme por donde había venido— mas luego, decidido a proseguir la aventura, agarré mi estaca y me deslicé por el interior del pequeño y maloliente cobertizo en pos de mi guía.

Llegamos a un espacio semicircular, en forma de media colmena. Contra la pared rocosa del interior se apilaba una gran variedad de frutas, cocos y otras especies difíciles de identificar. Toscos recipientes de madera y lava rodaban por el suelo, y uno de ellos

aparecía apoyado en una especie de taburete rudimentario. No había lumbré. Un bulto negro e informe, sentado en el rincón más oscuro de la cabaña, me recibió con un gruñido, mientras mi Hombre Mono se detenía en la penumbra de la puerta y me tendía un coco partido por la mitad; yo me acerqué hasta la otra esquina y me puse en cuclillas. Acepté el coco y comencé a mordisquearlo intentado parecer sereno, a pesar de la gran agitación que sentía en mi interior y de la insoportable oscuridad del agujero. El hombrecillo rosado con aspecto de perezoso apareció en la entrada de la cabaña, seguido de otra cosa de rostro inexpresivo y ojos brillantes que me miraba de soslayo.

—¡Eh! —dijo el misterioso bulto que había enfrente.

—¡Es un hombre, un hombre, un hombre, un hombre vivo, como yo! —farfulló mi guía.

—¡Cállate! —gritó la otra voz desde la oscuridad, lanzando un gruñido. Yo seguí mordisqueando mi coco en medio de un impresionante silencio. Me esforcé por escrutar en la oscuridad, pero no conseguía distinguir nada.

—¡Es un hombre! —repitió la voz—. ¿Viene a vivir con nosotros?

Era una voz grave, pero había en ella algo peculiar: una especie de silbido que llamó mi atención; sin embargo, el acento inglés era sorprendentemente correcto.

El Hombre Mono me miró con expectación. Yo comprendí que aquel silencio era una interrogación.

—Vengo a vivir con vosotros —dije.



—Es un hombre. Debe aprender la Ley.

Entonces comencé a distinguir una forma más negra en la oscuridad: la silueta borrosa de un cuerpo sentado. En ese momento advertí que otras dos cabezas oscurecían la abertura del recinto. Agarré con fuerza mi estaca. El bulto de la oscuridad dijo en voz más alta y con una especie de sonsonete:

—Repíte estas palabras. No caminarás a cuatro patas; esa es la Ley.

Yo estaba perplejo.

—Repíte estas palabras —insistió el Hombre Mono, y las sombras de la puerta las repitieron en tono amenazador. Comprendí que debía repetir aquella estúpida fórmula. Entonces comenzó una ceremonia absolutamente demencial.

La voz que llegaba desde la oscuridad empezó a entonar, frase a frase, una especie de letanía que los demás y yo repetíamos al pie de la letra. Al hacerlo, los monstruos se balanceaban hacia los lados, dándose con las manos en las rodillas, y yo seguí su ejemplo. Podría haber creído que ya estaba muerto y en el otro mundo: esa oscura guarida, esas sombras grotescas, vagamente iluminadas aquí y allá por un destello débil de luz, que cantaban y se movían al compás.

—No caminarás a cuatro patas; *esa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No sorberás la Bebida; *esa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No comerás Carne ni Pescado; *esa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

—No cazarás a otros Hombres; *esa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

Y así, pasaron de la prohibición de estas disparatadas acciones a la prohibición de lo que entonces me parecieron las cosas más demenciales, imposibles e indecentes que nadie pueda imaginar.

Una especie de fervor rítmico se apoderó de todos nosotros; bailábamos cada vez más deprisa, repitiendo la asombrosa Ley. Aparentemente, aquellas bestias me habían transmitido su entusiasmo, pero en mi interior la risa y el asco libraban su propia batalla.

Recitamos una larga lista de prohibiciones, y luego el canto cambió de fórmula:

—*Suya* es la Casa del Dolor.
—*Suya* es la Mano que crea.
—*Suya* es la Mano que hiere.
—*Suya* es la Mano que cura.

Y así, toda otra larga sarta de palabras —en su mayoría incomprensibles para mí— sobre *El*, quienquiera que fuese. Podría haber creído que se trataba de un sueño, pero jamás había oído cantar en sueños.

—*Suyo* es el resplandor del rayo —continuamos—. *Suyo* el profundo mar.

Entonces se me ocurrió la terrible idea de que Moreau, tras animalizar a aquellos hombres, había corrompido sus reducidos cerebros, inculcándoles una especie de devoción hacia sí mismo. Sin embargo, era demasiado consciente de los dientes blancos y las poderosas garras que me rodeaban como para dejar de cantar.

—*Suyas* son las estrellas del cielo.

Por fin concluyó el canto. La cara del Hombre Mono brillaba de sudor. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y apreciaba más claramente el bulto del rincón, de donde venía la voz. Era del tamaño de un hombre, pero parecía cubierto de pelo gris, casi como un skye-terrier. ¿Qué era aquello? ¿Qué eran todos ellos? Imagínenme allí, rodeado por los más horribles tullidos y maníacos que pueda concebir, y comprenderán cómo me sentía entre aquellas grotescas caricaturas humanas.

—¡Es un hombre de cinco dedos, de cinco dedos, de cinco dedos... como yo! —exclamó el Hombre Mono.

Yo extendí las manos. La criatura gris del rincón se inclinó hacia adelante.

—No caminarás a cuatro patas; esa es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres? —dijo.

Y sacando una zarpa extrañamente deformada, me agarró los dedos. Era como la pezuña de un ciervo transformada en garra. Casi lancé un aullido de sorpresa y dolor. Su cabeza se adelantó para escrutar mis uñas, bajo la luz que entraba por la abertura de la guarida. Entonces, con un escalofrío de asco y terror, vi que su cara no se parecía a la de un hombre, ni a la de una bestia. No era más que una masa de pelo gris, con tres confusas marcas más oscuras que indicaban la posición de la boca y los ojos.

—Tiene las uñas cortas —dijo la espantosa criatura—. Está bien. Me soltó las manos y yo agarré mi estaca instintivamente con más fuerza.

—Come raíces y hierbas. Es *Su* voluntad —dijo el Hombre Mono.

—Yo soy el recitador de la Ley —replicó la figura gris—. Aquí vienen todos los nuevos para aprender la Ley. Yo me siento en la oscuridad y recito la Ley.

—Así es —añadió una de las bestias desde la puerta.

—Terrible es el castigo para quienes quebrantan la Ley. No hay escapatoria.

—No hay escapatoria —repitió la multitud de salvajes, lanzándose miradas furtivas los unos a los otros.

—No hay escapatoria —repitió el Hombre Mono—. No la hay. ¡Mira! Una vez hice algo malo, algo sin importancia. Dejé de hablar y comencé a chapurrear. Nadie me entendía. Y me quemaron, me marcaron la mano con un hierro candente. ¡Él es grande; él es bueno!

—No hay escapatoria —proclamó nuevamente la criatura del rincón.

—No hay escapatoria —repitieron las bestias, mirándose de reojo.

—Porque todos deseamos el mal —continuó el recitador de la Ley—. No sabemos lo que tú deseas. Pero lo sabremos. Algunos quieren seguir a todo lo que se mueve; acechar y atacar; matar y morder; morder profundamente y succionar la sangre... Eso está mal. No cazarás a otros Hombres; esa es la Ley. *¿Acaso no somos Hombres?*

—No hay escapatoria —respondió una bestia moteada desde la puerta.

—Porque todos deseamos el mal —dijo el recitador de la Ley—. Algunos desean destrozarse raíces con manos y dientes, husmear por el suelo... Eso está mal.

—No hay escapatoria —respondieron los hombres desde la puerta.

—Algunos arañan los árboles; otros escarban en las tumbas de los muertos; algunos luchan entre sí con pies o garras; algunos muerden de pronto sin que nadie les provoque; algunos aman la

suciedad.

—No hay escapatoria —dijo el Hombre Mono, rascándose la pantorrilla.

—No hay escapatoria —repitió la criaturilla rosada.

—Severo es el castigo; así pues, ¡aprende la Ley! Repite estas palabras —e irresistiblemente inició de nuevo la extraña letanía de la Ley y todos comenzamos a cantar y movernos al compás. La cabeza me daba vueltas a causa del parloteo y el hedor del lugar; no obstante, no me detuve, confiando en descubrir alguna variación.

—No caminarás a cuatro patas. Ésa es la Ley *¿Acaso no somos Hombres?*

Hacíamos tanto ruido que no advertí la agitación del exterior hasta que alguien —según creí uno de los Hombres Cerdos a los que había visto anteriormente— asomó la cabeza por encima de la pequeña criatura rosada y gritó algo, con gran agitación; algo que no logré entender. Todos los que se encontraban a la entrada de la cabaña desaparecieron al instante. Mi Hombre Mono salió corriendo precipitadamente, seguido del monstruo que había permanecido sentado en la oscuridad; entonces vi que era grande y torpe y estaba cubierto de pelo plateado. Me dejaron solo.

Antes de llegar a la salida oí el gañido de un sabueso. Al instante me encontré fuera de la casucha, con mi estaca en la mano y temblando hasta la última fibra de mi cuerpo. Tenía ante mí las torpes espaldas de casi una veintena de Monstruos, con sus cabezas deformes medio hundidas en los omóplatos. Todos gesticulaban con gran agitación. Otros rostros semianimales salían de las cabañas con expresión interrogante. Al mirar hacia donde dirigían su mirada divisé entre la neblina condensada bajo los árboles que se alzaban al final del pasillo la figura oscura y el horrible rostro blanco de Moreau. Llevaba consigo a uno de los sabuesos, e inmediatamente detrás venía Montgomery, revólver en mano.

Permanecí un instante paralizado por el miedo. Luego me di la vuelta y vi que otra bestia enorme de cara gris y ojos pequeños y brillantes avanzaba hacia mí, obstaculizando el paso a mis espaldas. A mi derecha, a unos diez metros, descubrí un estrecho agujero en la pared de la roca por el que se filtraba un rayo de luz.

—¡Alto! —gritó Moreau mientras me acercaba hacia la grieta a grandes zancadas—. ¡Detenedlo!

Entonces, uno tras otro, todos los rostros se volvieron hacia mí. Por fortuna, sus mentes animales eran muy lentas.

Arremetí con el hombro contra un torpe monstruo que se volvía para comprender a qué se refería Moreau y con el empujón salió disparado contra otro. Sentí sus manos intentando cogerme sin conseguirlo. La pequeña criatura rosada se lanzó sobre mí y lo detuve clavándole la punta de mi estaca en su horrible cara. Al instante me encontré trepando por un empinado camino: una especie de chimenea inclinada que salía del barranco. Oí un aullido a mis espaldas y gritos de «¡Cogedlo! ¡Detenedlo!» El monstruo peludo apareció detrás de mí, esforzándose por introducir su voluminoso cuerpo en aquella grieta.

—¡Vamos, vamos! —gritaban.

Yo trepé por la estrecha hendidura de la roca y fui a dar a la zona cubierta de azufre, al oeste del poblado de los Salvajes.

Aquella brecha resultó de lo más oportuna, pues el estrecho camino que ascendía en pronunciada pendiente debió de obstaculizar el paso a mis perseguidores más próximos. Corrí por aquel terreno blanco y descendí por una pendiente, entre algunos árboles dispersos, hasta una extensión de terreno cubierta de altas cañas. Luego atravesé una zona de maleza oscura y densa, sumamente mullida. Nada más zambullirme entre las cañas, mis primeros perseguidores salieron de la grieta. Me abrí camino entre los matorrales durante algunos minutos. El aire a mi alrededor pronto se pobló de gritos amenazadores.

Oí el barullo que organizaban mis perseguidores en la grieta por la parte superior de la pendiente, luego el crujido de las cañas y después el chasquido ocasional de una rama rota. Algunas de aquellas criaturas rugían como auténticos animales de presa. Hacia la izquierda se oían los aullidos del sabueso. Los gritos de Moreau y Montgomery también venían en esa dirección. Giré bruscamente a la derecha. Entonces me pareció oír la voz de Montgomery gritándome que escapara.

La tierra legamosa cedió bajo mis pies, pero yo estaba desesperado y me metí de lleno en ella, abriéndome camino con gran dificultad, a pesar de encontrarme hundido hasta la rodilla entre altas cañas. El ruido de mis perseguidores se había desplazado hacia la izquierda. Tres extraños saltamontes de color rosa, grandes

como gatos, aparecieron de repente ante mí. El camino discurría colina arriba por un nuevo espacio abierto, cubierto de una costra blancuzca, y se adentraba nuevamente en un cañizal.

Más adelante cambiaba bruscamente de dirección y continuaba en paralelo con el borde de otra grieta de abruptas paredes que surgió de repente, como el foso con escarpa de un parque inglés, con inesperada brusquedad. Seguía corriendo con todas mis fuerzas y no vi el precipicio hasta que me encontré volando por los aires cabeza abajo.

Aterricé de cabeza entre un montón de espinos y me levanté con una oreja desgarrada y la cara llena de sangre. Había caído en un escarpado barranco —lleno de piedras y espinos y cubierto por una bruma que se deslizaba a mi alrededor en bandas finas— por el que serpenteaba un pequeño riachuelo desde cuyo centro se dispersaba la bruma. Me sorprendió que hubiese niebla a pleno sol, pero no tenía tiempo para pensar en nada. Torcí a la derecha, siguiendo el curso del riachuelo, con la esperanza de llegar al mar y tener la posibilidad de ahogarme. Poco después descubrí que había perdido la estaca en la caída.

El barranco se estrechaba por momentos y sin darme cuenta me metí en el arroyo. Tuve que salir de un salto porque el agua estaba casi hirviendo. Entonces advertí que una fina capa de espuma sulfurosa fluía en la superficie de la corriente. Casi inmediatamente, el barranco hacía un recodo que revelaba el confuso horizonte azul. El mar, ahora más próximo, reflejaba la luz del sol en innumerables destellos. Tenía calor y jadeaba. Veía la muerte cara a cara. La sangre tibia me resbalaba por la cara y corría agradablemente por mis venas. Sentía algo más que un arrebató de júbilo ante la idea de haber despistado a mis perseguidores. Ya no deseaba ahogarme. Miré hacia el camino por el que había llegado hasta allí.

Agucé el oído. A excepción del leve zumbido de los mosquitos y el canto de algunos insectos pequeños que saltaban entre los espinos, reinaba la más absoluta calma. Después oí a lo lejos el aullido de un perro, el murmullo de una conversación, el chasquido de un látigo y voces que se hicieron más claras para luego debilitarse de nuevo. Finalmente, se alejó corriente arriba y se desvaneció. La caza había concluido por el momento, pero ahora sabía cuánto podían ayudarme los salvajes.

Capítulo 13

Una conversación

Di la vuelta de nuevo y me dirigí hacia el mar. El arroyo termal se ensanchaba hasta un arenal poco profundo y lleno de algas, donde gran cantidad de cangrejos y otros bichos de múltiples patas saltaban a mi paso. Caminé hasta la orilla del mar y entonces me sentí a salvo. Me volví a contemplar la verde espesura que había dejado atrás, cortada como por una cuchillada por el húmedo barranco. Pero como ya he dicho, me sentía demasiado agitado y — algo muy cierto que quizá quienes no conocen el peligro no entiendan— demasiado desesperado para morir.

Entonces pensé que aún tenía una oportunidad. Mientras Moreau, Montgomery y su multitud de bestias me perseguían por la isla, ¿no podía yo ir por la costa hasta el recinto, avanzar en paralelo al tiempo que ellos y, una vez allí, arrancar una piedra de su propia pared, descerrajar la puerta pequeña y buscar un cuchillo o una pistola con que hacerles frente a su regreso? En cualquier caso, era una oportunidad de poner precio a mi vida.

Así, pues, volví hacia poniente y caminé por la orilla del mar. El sol, ya en el ocaso, lanzaba sobre mis ojos sus rayos de calor cegador. La apacible marea del Pacífico producía una suave ondulación.

En aquel lugar, la costa se perdía en dirección sur, de modo que el sol quedaba entonces a mi derecha. De pronto, a lo lejos, vi frente a mí varias figuras que salían de los arbustos, una detrás de otra: Moreau con su sabueso gris, luego Montgomery y otros dos más. Al verlos me detuve.

Ellos también me vieron y comenzaron a gesticular y avanzar hacia mí. Yo me quedé inmóvil, viendo cómo se acercaban. Los dos Salvajes corrían en cabeza para cerrarme el paso desde los matorrales que había tierra adentro. Montgomery también corría,

pero directamente hacia mí. Moreau y los perros los seguían más despacio.

Por fin reaccioné y, dándome la vuelta, caminé directo hacia el agua. Al principio me cubría muy poco. Tuve que alejarme más de veinte metros para que el agua me llegara hasta la cintura. Las criaturas marinas se apartaban a mi paso.

—¿Qué hace? —gritó Montgomery.

Con el agua por la cintura me di la vuelta y los miré.

Montgomery estaba jadeante en la orilla del mar. Tenía la cara congestionada por el esfuerzo y su largo pelo rubio alborotado. Su labio inferior caído revelaba unos dientes muy desiguales. Después llegó Moreau, con su rostro blanco e impassible y el perro —que no cesaba de ladrarme— en una mano. Los dos llevaban sendos látigos. Un poco más lejos estaban los Monstruos.

—¿Qué hago? Voy a ahogarme —respondí.

Montgomery y Moreau se miraron.

—¿Por qué? —preguntó Moreau.

—Porque es mejor que ser torturado por ustedes.

—Ya se lo dije —intervino Montgomery, y Moreau contestó algo en voz baja.

—¿Qué le hace pensar que voy a torturarlo? —continuó Moreau.

—Lo que he visto —respondí—. Y esos de ahí.

—¡Cállese! —dijo Moreau, levantando la mano.

—No pienso callarme. Antes eran hombres. ¿Qué son ahora? Al menos yo no seré como ellos —dije.

Miré a mis interlocutores. Un poco más allá se encontraba M'ling, el criado de Montgomery, con uno de los hombres que iban en el bote. Y más arriba, a la sombra de los árboles, vi a mi pequeño Hombre Mono junto a otras figuras borrosas.

—¿Quiénes son esas criaturas? —dije, señalando hacia ellas y elevando cada vez más el tono de voz para que me oyeran—. Antes eran hombres, hombres como nosotros; hombres a los que ha esclavizado y convertido en monstruos y a los que todavía teme. ¡Vosotros que me escucháis! —grité, señalando a Moreau, para que los Monstruos pudieran oírme—. ¡Vosotros que me escucháis! ¿No veis que estos hombres todavía os temen, sienten pavor de vosotros? ¿Por qué entonces tenéis miedo de ellos? Vosotros sois muchos.

—¡Por Dios, Prendick, cálese! —exclamó Montgomery.

—¡Prendick! —gritó Moreau.

Se pusieron a gritar los dos al tiempo como para ahogar mi voz. Detrás de ellos, sombríos rostros de los Salvajes nos miraban fijamente, atónitos y maravillados, sus manos deformes colgando y los hombros encorvados. Parecía —al menos eso pensé— que intentaban comprenderme, recordar algo de su pasado humano.

Continué gritando. Apenas recuerdo lo que decía. Que podían matar a Moreau y a Montgomery; que no debían temerlos. De estas y otras ideas, para mi perdición, llené la cabeza de los Salvajes. El hombre de ojos verdes y vestido con harapos oscuros al que había conocido la tarde de mi llegada salió de entre los árboles, seguido de otros, para oírme mejor.

Por fin me detuve para tomar aliento.

—Escúcheme un momento —dijo Moreau con voz firme— y luego diga todo lo que quiera.

—De acuerdo —respondí.

—¡Latín, Prendick! ¡Mal latín! ¡Latín de colegial! Pero intente comprenderlo. *Hi non sunt homines, sunt animalia qui nos habemus*[9] ... viviseccionado. Un proceso de transformación en seres humanos. Venga a la orilla y se lo explicaré.

—¡Bonita historia! —dije, riéndome—. Hablan, construyen casas, cocinan. Luego fueron hombres. Es probable que me acerque a la orilla.

—Un poco más lejos de donde se encuentra ahora, el agua es profunda y está llena de tiburones.

—Eso es lo que quiero —respondí—. Algo brusco y rápido.

—Espere un momento —dijo. Se sacó un objeto brillante del bolsillo y lo dejó caer a sus pies. Es un revólver cargado. Montgomery hará lo mismo con el suyo. Ahora subiremos por la playa hasta donde usted diga. Cuando estemos lejos, venga y recoja los revólveres.

—¡No lo haré! Tiene otro revólver.

—Quiero que reflexione, Prendick. En primer lugar, nunca lo invité a venir a esta isla. En segundo lugar, de haber querido hacerle algo malo le habríamos drogado, y en tercer lugar, ahora que ya ha pasado el primer pánico y puede pensar un poco, dígame: ¿cree sinceramente que Montgomery es tan malo como usted

imagina? Lo hemos seguido por su bien. Porque la isla está llena de... fenómenos hostiles. ¿Por qué íbamos a dispararle si usted mismo se ha ofrecido a ahogarse?

—¿Por qué envió... a su gente a por mí cuando estaba en la cabaña?

—Estábamos seguros de que lo alcanzaríamos y lo pondríamos a salvo. Luego, por su bien, abandonamos la búsqueda.

Medité durante un rato. Parecía posible. Después recordé algo.

—Pero yo vi en el recinto...

—Era el puma.

—Mire, Prendick —comenzó Montgomery—. Es usted un perfecto idiota. Salga del agua, coja los revólveres y hable. No podríamos hacerle nada más de lo que le estamos haciendo ahora.

Debo confesar que siempre desconfié de Moreau; le tenía miedo. Sin embargo, Montgomery era un hombre que me inspiraba confianza.

—Suban a la playa —dije, después de pensarlo durante un rato, y a continuación añadí—: Con las manos arriba.

—No podemos hacer eso —explicó Montgomery con un ilustrativo movimiento de hombros—. Sería poco digno.

—Entonces, súbanse a los árboles, si lo prefieren —respondí.

—¡Qué estúpida ceremonia! —continuó Montgomery.

Al darse la vuelta se encontraron con seis o siete grotescas criaturas que, a pesar de estar allí, bajo el sol, proyectando sus sombras y moviéndose, resultaban increíblemente irreales. Montgomery chasqueó el látigo ante ellas y todas corrieron a refugiarse entre los árboles. Cuando Montgomery y Moreau se encontraban a una distancia que juzgué prudencial, salí del agua, cogí los revólveres y los examiné. Para convencerme de que no se trataba de un truco, disparé a un trozo de lava redondo y tuve la satisfacción de contemplar cómo la piedra se pulverizaba y la playa se llenaba de lascas.

Todavía vacilé un instante.

—Asumiré el riesgo —dije al fin, y con un revólver en cada mano subí por la playa hacia ellos.

—Eso está mejor —dijo Moreau, con total sinceridad—. Su alterada imaginación me ha hecho perder la mejor parte del día.

Y con un aire de desprecio que me pareció humillante, él y

Montgomery se dieron la vuelta y echaron a andar delante de mí.

El grupo de Monstruos que aún merodeaba por allí volvió a esconderse entre los árboles. Yo pasé junto a ellos con la mayor serenidad posible. Uno de ellos comenzó a seguirme, pero retrocedió de nuevo cuando Montgomery restalló su látigo. El resto permaneció en silencio, observándonos. Tal vez anteriormente fueran animales, pero jamás había visto a un animal intentando pensar.

Capítulo 14

El doctor Moreau se explica

—Y ahora, Prendick, se lo explicaré todo —dijo el doctor Moreau en cuanto hubimos comido y bebido—. Debo confesar que es el invitado más dictatorial de cuantos he tenido. Le advierto que este es el último favor que le hago. La próxima vez que amenace con suicidarse no haré nada por evitarlo, aunque salga perjudicado.

Se sentó en mi hamaca con un cigarro a medio consumir entre sus hábiles y blancos dedos. La luz de la oscilante lámpara caía de lleno sobre su pelo blanco, mientras miraba las estrellas por la pequeña ventana. Yo me senté lo más lejos posible, con la mesa por medio y los revólveres a mano. Montgomery no estaba presente. No me apetecía estar con los dos en una habitación tan pequeña.

—¿Admite que ese ser humano viviseccionado, como usted lo llama, no es más que el puma? —dijo Moreau. Me había llevado a visitar el horror del cuarto interior para que me asegurase de que no era un ser humano.

—Es el puma —asentí—, que aún está vivo, pero tan lleno de cortes y mutilado como espero no volver a ver jamás otro ser vivo. De todas las vilezas...

—Eso no tiene importancia —me interrumpió Moreau—. Ahórreme al menos esos terrores juveniles. Montgomery era igual. Usted admite que se trata del puma. Ahora, guarde silencio mientras pronuncio mi lección de fisiología.

Y entonces, en un tono soberanamente aburrido, que poco a poco se fue animando, comenzó a explicarme su trabajo. Fue claro y convincente. De vez en cuando ponía en su voz una nota sarcástica. En ese momento sentí vergüenza de nuestra mutua situación.

Las criaturas que yo había visto no eran hombres; nunca lo habían sido. Eran animales, animales humanizados, fruto de la vivisección.

—Usted olvida lo que un buen vivisector puede hacer con los seres vivos —dijo Moreau—. Por mi parte, no acabo de entender por qué nadie ha intentado lo que yo he hecho aquí. Por supuesto, ha habido pequeñas tentativas: amputación, incisión de lengua, extirpaciones. Sin duda sabrá que el estrabismo puede mejorar o curarse mediante cirugía. También sabrá usted que en el caso de las extirpaciones se producen toda clase de cambios secundarios, alteraciones de las pasiones, alteraciones en la secreción de tejido adiposo. Seguro que ha oído hablar de estas cosas.

—Claro que sí —dije—. Pero esas horribles criaturas suyas...

—Cada cosa a su tiempo —interrumpió, haciendo un movimiento de mano—. Sólo estoy empezando. Lo que usted ha visto son casos de alteración sin importancia. La cirugía es capaz de obtener resultados mucho mejores. Puede crear, además de destruir y transformar. Quizá haya oído hablar de una intervención quirúrgica muy corriente a la que se recurre para reparar una nariz destrozada. Consiste en cortar tejido de la frente, añadirlo a la nariz y dejarlo cicatrizar en su nueva posición. Es como una especie de injerto de una parte del animal a otra. Injertar material recién obtenido de otro animal también es posible... En el caso de los dientes, por ejemplo. El injerto de piel y hueso se realiza para facilitar la cicatrización. El cirujano coloca en el centro de la herida tiras de piel de otro animal, o fragmentos de hueso de una víctima recién sacrificada. El espolón del gallo de Hunter[10] (puede que haya oído hablar de ello) es perfecto para el cuello del toro. Y también son dignas de mención las ratas rinocerontes de los zuavos[11] argelinos. Son monstruos creados añadiéndole al hocico de una rata ordinaria un trozo de su cola y dejándolo cicatrizar en esa posición.

—Monstruos creados —repetí yo—. Entonces quiere decir que...

—Sí. Las criaturas que usted ha visto son animales viviseccionados y vueltos a esculpir para darles nuevas formas. A ello, al estudio de la plasticidad de las formas vivas, he dedicado mi vida. He estudiado durante años y mis conocimientos han aumentado poco a poco. Veo que está usted horrorizado y, sin embargo, no le estoy diciendo nada nuevo. Todo estaba ya en la anatomía práctica hace ya años, pero nadie se atrevió a intentarlo. No es sólo la forma exterior de un animal lo que puedo transformar.

La fisiología, el ritmo químico de la criatura, también pueden ser susceptibles de una transformación duradera, muestra de lo cual son las vacunas y otros métodos de inoculación con materia viva o muerta que sin duda le serán familiares.

»Otra operación similar es la transfusión de sangre, asunto con el que inicié mis investigaciones. Éstos son todos los casos conocidos. Otros no tan conocidos, y quizá mucho más abundantes, fueron las operaciones de aquellos médicos medievales que fabricaban enanos, mendigos tullidos y monstruos de circo, algunos vestigios de cuya técnica aún persisten en la manipulación preliminar del joven saltimbanqui o contorsionista. Victor Hugo habla de ello en su libro *El hombre que ríe*[12]... Pero quizá mi propósito es ahora más completo. ¿Empieza usted a ver que es posible trasplantar el tejido de una parte del animal a otra, o de un animal a otro, alterar sus reacciones químicas y su crecimiento, modificar las articulaciones de sus extremidades e incluso transformar su estructura más íntima?

»Y sin embargo, esta extraordinaria rama del conocimiento nunca había sido tratada como un fin, ni de manera sistemática, por los investigadores modernos hasta que yo me dediqué a ello. A algunas de estas cosas ha llegado la cirugía como último recurso; la mayoría de los hechos similares que recuerde han sido demostrados, digamos, por accidente; por tiranos, criminales, criadores de caballos y perros y toda clase de hombres torpes e incompetentes que trabajaban para sus propios fines inmediatos. Yo fui el primer hombre que abordó la cuestión utilizando la cirugía antiséptica y con un conocimiento realmente científico de las leyes del crecimiento.

»No obstante, cabe imaginar que este tipo de cirugía se haya practicado antes clandestinamente. Criaturas como los hermanos siameses... Y en las criptas de la Inquisición. No cabe duda de que su objetivo no era sino la tortura artística, pero al menos algunos de los inquisidores debieron de tener un mínimo de curiosidad científica.

—Pero estas cosas —dije yo—, estos animales *hablan*.

Él dijo que así era y procedió a señalar que las posibilidades de la vivisección no terminan en la simple metamorfosis física. A un cerdo se le puede educar. La estructura mental es aún menos

determinada que la corporal. La ciencia del hipnotismo, cada vez más cultivada, parece apuntar la posibilidad de sustituir viejos instintos inherentes por sensaciones nuevas. De hecho, gran parte de lo que llamamos educación moral es una modificación artificial y una perversión del instinto semejante a las obtenidas bajo hipnosis; la belicosidad se domestica y se convierte en valeroso instinto de auto sacrificio, mientras que la sexualidad reprimida se transforma en emoción religiosa. Y la gran diferencia entre el hombre y el mono reside en la laringe, según dijo, en la incapacidad para pronunciar con delicadeza diferentes símbolos sonoros que permiten el pensamiento. En esto no estuve de acuerdo con él, pero, no sin cierta descortesía, hizo caso omiso de mi objeción. Insistió en que aquello era así y continuó con el relato de sus trabajos.

Le pregunté por qué había tomado como modelo al ser humano. Entonces me pareció, y aún hoy sigue pareciéndomelo, que aquella elección encerraba una extraña perversidad.

Confesó que todo había sido fruto de la casualidad.

—También habría podido dedicarme a convertir ovejas en llamas y llamas en ovejas. Supongo que la figura humana tiene algo que atrae al espíritu artístico más que cualquier otra forma animal. Pero no me he limitado a la creación humana. En un par de ocasiones... —se quedó callado, casi durante un minuto—. ¡Estos años! ¡Cómo han pasado! Hoy he perdido todo un día para salvarle la vida a usted, y ahora estoy perdiendo una hora explicándole mi punto de vista.

—Pero —dije yo— sigo sin comprender. ¿Cómo puede justificar el dolor que causa? Lo único que a mi entender podría excusar la vivisección sería alguna aplicación...

—Precisamente —interrumpió—. Pero yo soy diferente. Nos apoyamos en bases diferentes. Usted es materialista.

—Yo no soy materialista —comencé a decir acaloradamente.

—Para mí, sí. Para mí, sí. Porque es precisamente la cuestión del dolor lo que nos divide. Desde el momento en que la visión o audición del dolor le pone malo, desde el momento en que su propio dolor le arrastra, desde el momento en que el dolor es la razón fundamental de sus premisas sobre el pecado, desde ese momento, es usted un animal; un animal que piensa, con un poco más de claridad, lo que un animal simplemente siente. Este dolor...

Ante aquel sofisma me encogí de hombros con impaciencia.

—¡Pero eso es una nadería! Una mente realmente abierta a las enseñanzas de la ciencia debe comprender que es insignificante. Puede ser que, salvo en este pequeño planeta, en esta partícula de polvo cósmico que desaparecerá mucho antes que pudiéramos alcanzar la estrella más próxima, puede ser, digo, que en ningún otro lugar exista eso que llamamos dolor. Pero las leyes hacia las que caminamos a tientas... ¿Por qué existe el dolor, en esta tierra, entre los seres vivos?

Mientras hablaba, se sacó del bolsillo una pequeña navaja, la abrió y movió la silla para que yo pudiera ver su muslo. Luego, escogiendo deliberadamente un lugar adecuado, hundió la hoja en su pierna, volviéndola a sacar inmediatamente.

—Sin duda, ya habrá visto esto antes. Duele menos que un pinchazo de alfiler. ¿Pero qué demuestra? La capacidad de sentir dolor no le es necesaria al músculo, y por lo tanto no existe; sólo se necesita hasta cierto punto en la piel, y sólo en determinadas zonas del muslo hay zonas capaces de percibir el dolor. El dolor no es más que un consejero médico que nos informa y estimula. No toda la materia viva es capaz de sentir dolor, ni todo nervio, ni siquiera todos los nervios sensoriales. No hay el menor atisbo de dolor, de auténtico dolor, en las sensaciones del nervio óptico. Cuando el nervio óptico está herido, lo único que ve son destellos de luz, del mismo modo que una enfermedad del nervio auditivo no produce más que un pequeño zumbido en los oídos. Las plantas no sienten dolor; los animales inferiores, animales como la estrella de mar o el cangrejo de río, es posible que no sientan dolor. Sin embargo, los hombres, cuanto más inteligentes son, más velan por su propio bienestar y tanto menos necesitan el aguijón que los mantiene fuera de peligro. Jamás he oído hablar de algo inútil que, antes o después, la evolución no haya desterrado de la existencia. ¿Y usted? Y el dolor no es necesario.

»Además, soy un hombre muy religioso, Prendick, como ha de ser todo hombre en su sano juicio. Puede que yo crea haber visto más caminos del Hacedor que usted, porque yo he seguido Sus leyes, a *mi* manera, durante toda mi vida, mientras que usted, según tengo entendido, se ha dedicado a coleccionar mariposas. Y le aseguro que el placer y el dolor no tienen nada que ver con el cielo

o el infierno. ¡Placer y dolor! ¿Qué son sus éxtasis teológicos sino las huríes[13] de Mahoma, pero en la oscuridad? Esta reserva de hombres y mujeres atacados por el dolor y el placer, Prendick, llevan la marca de la bestia, la marca de la bestia de la cual proceden. ¡Dolor! El dolor y el placer serán para nosotros una característica sólo mientras nos movamos entre el polvo...

»Ya ve, Prendick, que he llevado a cabo esta investigación siguiendo el curso natural de las cosas. Es el único modo, que yo sepa, en que se puede realizar una investigación científica. Hice una pregunta, ideé un procedimiento para obtener una respuesta, y el resultado fue una nueva pregunta. ¿Será posible esto o será posible aquello? No se imagina lo que esto significa para un investigador, la pasión intelectual que crece en él. No se imagina el extraño deleite que estos deseos intelectuales producen. Lo que uno tiene ante sí deja de ser un animal, un semejante, para convertirse en un problema. ¡Dolor simpático! Todo lo que sé de él lo recuerdo como algo que yo mismo sufría hace años. Yo deseaba, entonces no deseaba nada más, descubrir el límite de plasticidad en una forma viviente.

—Pero —dije yo— eso es una aberración.

—Hasta ahora nunca me habían preocupado los aspectos éticos de la cuestión. El estudio de la Naturaleza vuelve al hombre tan cruel como la propia Naturaleza. Yo he seguido adelante sin tener en cuenta nada más que la cuestión que perseguía, y el material ha... ido acumulándose en el interior de aquellas cabañas... Hace casi once años que llegamos aquí, Montgomery, yo y seis canacas[14]. Recuerdo como si fuera ayer la verde quietud de la isla y el océano vacío a nuestro alrededor. Parecía que el lugar me estaba esperando.

»Desembarcamos las provisiones y construimos la casa. Los canacas edificaron unas chozas cerca del barranco. Yo empecé a trabajar aquí con lo que había traído. Al principio me ocurrieron un par de cosas desagradables. Comencé con una oveja y la maté al cabo de un día por un desliz del escarpelo; cogí otra oveja y la dejé encerrada hasta que cicatrizó. Al terminar el trabajo me pareció bastante humana, pero cuando volví a verla me sentí decepcionado; se me parecía mucho y estaba aterrorizada, fuera de todo control, y eso que no tenía más que la inteligencia de una oveja. Cuanto más

la miraba más torpe me parecía, hasta que al final decidí librar al monstruo. Estos animales sin valor, estos bichos obsesionados por el miedo y movidos por el dolor, sin siquiera una chispa de espíritu luchador para hacer frente al tormento, no sirven para crear un ser humano.

»Luego lo intenté con un gorila y, trabajando con infinito cuidado y venciendo dificultad tras dificultad, obtuve mi primer hombre. Lo modelé durante toda una semana, trabajando día y noche. En su caso, lo principal era el cerebro: había mucho que añadir, mucho que cambiar. Una vez lo hube terminado y lo vi tendido ante mí, vendado e inmóvil, me pareció un ordinario ejemplar del ordinario negroide. Cuando tuve la completa seguridad de que viviría, lo dejé solo, y al volver a la habitación encontré a Montgomery en un estado parecido al suyo. Había oído algunos gritos de esos que tanto le molestaron a usted. Al principio no confié en él plenamente.

»Los canacas también se dieron cuenta de que algo raro estaba pasando. Mi presencia les producía pánico. Conseguí vencer la resistencia de Montgomery, pero lo más difícil para ambos fue conseguir que los canacas no nos abandonaran. Finalmente lo hicieron, y por eso perdimos el yate. Yo pasé muchos días educando a la bestia (ya hacía tres o cuatro meses que la tenía). Le enseñé los rudimentos del idioma inglés, ciertas nociones de cálculo e incluso conseguí que leyese el alfabeto. Pero su aprendizaje fue muy lento, aunque me había topado con idiotas aún mayores. En un principio su mente era como una hoja en blanco; no recordaba lo que había sido en el pasado. Cuando se le curaron las cicatrices sólo le quedaban algo de dolor y cierto envaramiento y, fue capaz de conversar un poco, y lo llevé a conocer a los canacas.

»Al principio le tenían un miedo espantoso, lo cual me ofendía bastante, pues yo me sentía orgulloso de él, pero parecía tan manso y era tan abyecto que acabaron aceptándolo y ocupándose de su educación. Aprendía deprisa; era mimético y adaptable, y se construyó un chamizo a mi juicio mejor que los demás del poblado. Había entre aquellos muchachos una especie de misionero que le enseñó a leer, o al menos a deletrear, y le inculcó ciertos conceptos morales básicos. Pero, al parecer, las costumbres de la bestia dejaban mucho que desear.

»Me tomé unos días de descanso y, aprovechando un estado de ánimo favorable, me dispuse a escribir un informe sobre el asunto para despertar a la fisiología inglesa. Luego me encontré a la criatura agazapada en lo alto de un árbol y parloteando con dos canacas que habían estado molestándolo. Lo amenacé, le dije que su proceder era inhumano, desperté en él un sentimiento de vergüenza y volví aquí dispuesto a mejorar los resultados de mi trabajo antes de presentarlos en Inglaterra. Y lo he estado haciendo mejor, pero, en cierto sentido, las cosas están dando marcha atrás: las manifestaciones de rebeldía crecen día a día... Quiero hacer cosas mejores. Quiero conseguirlo. El puma...

»En fin, ésta es la historia. Todos los muchachos canacas han muerto. Uno cayó por la borda de la lancha y otro murió al pisar una planta venenosa con una herida que tenía en el talón. Tres huyeron en el yate y, supongo y así lo espero, se ahogaron. Al otro... lo mataron. Pero los he sustituido. Al principio, Montgomery no estaba dispuesto a hacer nada...

—¿Qué fue del último? —pregunté bruscamente—. ¿Cómo murió?

—Lo cierto es que, tras hacer varias criaturas humanas, creé algo...

—¿Sí? —dije.

—Lo mataron.

—No comprendo —dije—; quiere decir que...

—Lo mató, sí. Y también mató a otras criaturas que consiguió atrapar. Lo perseguimos durante dos días. Se nos escapó por accidente. Yo no tenía la menor intención de dejarlo en libertad. No estaba terminado. No era más que un experimento. Era una cosa sin brazos ni piernas, de rostro horrible, que se arrastraba por el suelo como una serpiente. Tenía muchísima fuerza y estaba enfurecido por el dolor. Se desplazaba girando sobre sí mismo, como una marsopa. Permaneció varios días escondido en la selva, haciendo daño a todo el que se cruzaba en su camino, hasta que lo encontramos. Entonces se dirigió hacia el norte de la isla y el grupo se dividió para cercarlo. Montgomery insistió en venir conmigo. El hombre tenía un rifle y, cuando lo encontramos, Montgomery disparó contra él... Después de aquello me ceñí al ideal humano, excepto en cosas de poca monta.

Se quedó en silencio. Yo lo miraba sin decir nada.

—Desde hace ya veinte años (contando los nueve que pasé en Inglaterra) he seguido adelante con mi trabajo, y todavía hay algo en todo lo que hago que me decepciona, algo que me deja insatisfecho, me desafía a continuar intentándolo. A veces, me supero, otras no lo consigo, pero siempre me quedo muy lejos de conseguir mi sueño. La forma humana que ahora obtengo con relativa facilidad es ágil y graciosa, o corpulenta y fuerte, pero suelo tener problemas con las manos y las garras, partes muy dolorosas que no me atrevo a modelar con libertad. Sin embargo, es la sutil tarea de reorganización del cerebro donde reside mi preocupación principal. La inteligencia de mis criaturas es sorprendentemente escasa, con innumerables fallos y lagunas inesperadas. Y lo más insatisfactorio de todo es algo que no logro descubrir, algo que reside en el dominio de las emociones, pero que no sé exactamente dónde se encuentra. Anhelos, instintos, deseos de hacer daño a la humanidad, una extraña reserva oculta que estalla de pronto y llena a la criatura de ira, odio o temor.

»Mis criaturas le parecieron a usted, desde el primer momento, extrañas y misteriosas. Sin embargo, a mí, justo después de hacerlas, me parecen seres indiscutiblemente humanos. Luego, cuando los observo, esa convicción se desvanece. Primero un rasgo animal, luego otro, salen a la superficie y me observan atentamente... Pero lo conseguiré. Cada vez que sumerjo a un ser vivo en las ardientes aguas del dolor me digo: “Esta vez acabaré por completo con el animal, esta vez haré una criatura racional de mi propia invención.” Al fin y al cabo, ¿qué son diez años? El hombre lleva cien mil en la creación.

Se quedó pensativo.

—Pero me estoy acercando. Mi puma...

Y tras un silencio añadió:

—Vuelven a sus orígenes. En cuanto aparto mi mano de ellos, la bestia comienza a deslizarse sigilosamente, a afirmarse de nuevo...

Hubo otro largo silencio.

—Entonces, ¿encierra a sus criaturas en esas guaridas? —preguté.

—Son ellas quienes se marchan. Los echo cuando empiezo a descubrir en ellas al animal, y lo cierto es que ellos se van hacia allí.

Temen esta casa y me temen a mí. Lo que allí hay es una especie de parodia de la humanidad. Montgomery está al corriente de todo lo que ocurre. Ha educado a un par de ellas para que nos sirvan. Se avergüenza de ello, pero creo que ha llegado a tomar cierto cariño a algunas de estas bestias. Es asunto suyo. A mí me producen una terrible sensación de fracaso. No me intereso por ellas. Supongo que siguen las directrices marcadas por el misionero canaca y llevan un remedo de vida racional, ¡pobres bestias! Hay algo a lo que llaman la Ley. Cantan himnos, construyen sus propias guaridas, recogen fruta de los árboles y arrancan hierbas; incluso se casan. Pero yo veo más allá de todo esto, veo el interior de sus almas y sólo encuentro el alma de las bestias, bestias percederas, su cólera y el deseo de vivir y satisfacerse a sí mismas... Y sin embargo, son extrañas, complejas, como todo ser vivo. Hay una especie de rivalidad creciente en ellas, parte vanidad, parte instinto sexual inútil, parte curiosidad inútil. El resultado para mí es vana burla. Tengo esperanzas en ese puma; he trabajado intensamente en su cabeza y en su cerebro...

»Y ahora —dijo, poniéndose en pie tras un largo silencio durante el cual cada uno se sumió en sus propios pensamientos—, ¿cuál es su opinión? ¿Todavía me tiene miedo?

Lo miré y sólo vi a un hombre de pelo blanco, rostro pálido y mirada tranquila. Si no fuera por su serenidad, por ese toque casi de belleza que se derivaba de su tranquilidad, y por su majestuosa figura, podría haber pasado inadvertido entre un centenar de decentes y ancianos caballeros. Entonces me estremecí. A guisa de respuesta a su segunda pregunta le tendí un revólver con cada mano.

—Quédese los —dijo con un bostezo. Se levantó, me miró un instante y sonrió—. Ha tenido usted dos días muy agitados. Le aconsejo que duerma un poco. Me alegro de haber aclarado las cosas. Buenas noches.

Me examinó un momento reflexivamente y se fue por la puerta interior. Yo cerré con llave de inmediato la puerta de fuera.

Volví a sentarme y estuve un rato como paralizado, tan agotado emocional, física y mentalmente, que no podía pensar salvo en lo que habíamos hablado. La ventana negra me miraba fijamente como un ojo. Por fin, haciendo un esfuerzo, apagué la lámpara y me

tumbé en la hamaca. En seguida me quedé dormido.

Capítulo 15

Los Monstruos

Me desperté temprano. Lo primero que me vino a la mente fueron las explicaciones de Moreau, claras y precisas. Me levanté de la hamaca y fui hasta la puerta para asegurarme de que la llave estaba echada. Luego comprobé el barrote de la ventana y vi que estaba perfectamente asegurado. El hecho de que aquellas criaturas no fueran en realidad más que monstruos salvajes, simples parodias grotescas de la especie humana, me producía una vaga incertidumbre con respecto a lo que serían capaces de hacer, mucho peor que cualquier terror definido. Alguien llamó a la puerta y oí el empalagoso acento de M'ling. Me metí en el bolsillo uno de los revólveres y, sin quitar la mano de él, abrí la puerta.

—Buenos días, señor —dijo, trayendo, además del acostumbrado desayuno a base de verduras, un conejo mal guisado. Montgomery apareció tras él. Captó de inmediato con su mirada la posición de mi brazo y esbozó una débil sonrisa.

El puma descansaba aquel día en espera de que cicatrizaran sus heridas, pero Moreau, de costumbres singularmente solitarias, no se unió a nosotros. Hablé con Montgomery para aclarar mis ideas sobre el modo de vida de los Salvajes. Sobre todo, deseaba saber cómo impedían que aquellos monstruos inhumanos cayeran sobre Moreau y Montgomery, o se destrozaran los unos a los otros.

Me explicó que la relativa seguridad de Moreau y suya residía en la limitada capacidad intelectual de aquellos monstruos. A pesar de su relativa inteligencia creciente y de la tendencia a la reaparición de sus instintos animales, Moreau había implantado en sus mentes ciertas ideas fijas que limitaban por completo su imaginación. En realidad, estaban hipnotizados, les habían inculcado que ciertas cosas son imposibles y otras estaban prohibidas, y estas prohibiciones estaban implícitas en sus mentes, anulando todo

intento de desobediencia o litigio.

No obstante, algunas cuestiones en las que el antiguo instinto animal se alzaba contra los intereses de Moreau, se hallaban en una situación menos estable. Una serie de normas a las que llamaban la Ley (y que yo les había oído recitar) luchaba en sus mentes contra el anhelo, siempre rebelde y profundamente arraigado, de su naturaleza animal. Tanto Montgomery como Moreau mostraban un especial interés en impedirles que conocieran el sabor de la sangre. Temían las inevitables consecuencias que dicho sabor podía provocar.

Montgomery me explicó que la Ley, especialmente entre los Salvajes felinos, se debilitaba curiosamente al anochecer, y que, en ese momento, el animal cobraba mayor fuerza. El crepúsculo despertaba en ellos el espíritu de aventura y entonces se atrevían a hacer cosas que durante el día ni siquiera habrían soñado. Eso explicaba por qué el Hombre Leopardo me había estado acechando la noche de mi llegada. Pero durante los primeros días de mi estancia en la isla sólo habían quebrantado la Ley a escondidas y después del anochecer; durante el día, el ambiente general era de respeto a sus múltiples prohibiciones.

Y éste es quizá el momento de contar unos cuantos hechos generales sobre la isla y los Monstruos. La isla, de contorno irregular, que se elevaba a poca altura sobre el ancho y vasto mar, tenía una superficie total de unos veinte kilómetros cuadrados. Era de origen volcánico y estaba bordeada en tres de sus lados por arrecifes de coral. Algunas fumarolas hacia el norte y un manantial de agua caliente eran los únicos vestigios de las fuerzas que tiempo atrás la habían originado. De cuando en cuando se dejaba notar un ligero temblor de tierra, y a veces la línea ascendente de la espiral de humo se veía acrecentada por bocanadas de vapor. Pero eso era todo. La población de la isla, según me informó Montgomery, ascendía a poco más de sesenta de aquellas extrañas creaciones de Moreau, sin contar con las monstruosidades menores que vivían entre la maleza y carecían de forma humana.

En total había creado casi ciento veinte monstruos, pero muchos habían muerto, y otros, como aquella cosa retorcida y sin piernas de la que me había hablado, habían encontrado una muerte violenta. En respuesta a mi pregunta, Montgomery dijo que efectivamente

tenían descendencia, pero que, por lo general, los hijos morían. No había ninguna prueba de que heredasen las características humanas adquiridas por sus progenitores. Cuando vivían, Moreau se los llevaba y grababa en ellos la forma humana. Los machos eran más numerosos que las hembras y éstas se hallaban expuestas a una constante persecución furtiva, a pesar de que la Ley ordenaba la monogamia.

Me resulta imposible describir a los Salvajes con detalle —no estoy acostumbrado a fijarme en los detalles— y por desgracia no sé dibujar. Quizá lo que más me llamaba la atención en ellos era la desproporción entre las piernas de estas criaturas y la longitud de sus troncos, y aun así —tan relativa es nuestra idea de la gracia— acabé acostumbrándome a sus formas, e incluso llegué a pensar que mis largos muslos eran desgarrados.



Otra característica era la posición de la cabeza, echada hacia adelante, y la torpe e inhumana curvatura de su espina dorsal. Ni siquiera el Hombre Mono tenía ese hundimiento en la parte inferior de la espalda que tanta gracia confiere a la figura humana. Casi todos eran muy cargados de hombros y sus cortos antebrazos colgaban lánguidamente a ambos lados. Algunos eran muy peludos, al menos hasta el final de mi estancia en la isla.

Otro rasgo evidente de deformidad se encontraba en sus caras, casi todas prognatas, con malformaciones en las orejas, con la nariz grande y prominente, el pelo muy abundante o erizado y los ojos de un color extraño o mal colocados. Ninguno de ellos podía reír, aunque el Hombre Mono emitía una especie de chillido, como una risa ahogada. Aparte de estas características generales, su cabeza poco tenían en común; cada una conservaba las cualidades propias de su especie: el sello humano deformaba al leopardo, el buey, el cerdo o cualquier otro animal empleado para modelar a la criatura, pero no lograba disimularlo. También sus voces eran extremadamente variadas. Todos tenían las manos malformadas, y si bien algunas me sorprendieron por su inesperada apariencia humana, a casi todas les faltaba algún dedo, eran imperfectas en las uñas y carecían de cualquier sensibilidad táctil.

Las más formidables de estas criaturas eran el Hombre Leopardo y un monstruo mezcla de hiena y cerdo. De mayor tamaño eran los tres toros que arrastraron el bote hasta la playa. Luego venía el Hombre de Pelo Plateado, que era además el Recitador de la Ley, M'ling, y una mezcla de mono y cabra, parecida a un sátiro. Había tres Hombres Cerdo y una Mujer Cerdo, una criatura Yegua-Rinoceronte y otras hembras cuyos orígenes no lograba descifrar. Había también algunos Lobos, un Oso-Toro y un Hombre San Bernardo. Ya he descrito al Hombre Mono.



Y había además una vieja particularmente odiosa (y maloliente), mezcla de zorro y osa, que me repugnó desde el primer momento. Al parecer, era muy devota de la Ley. Había otras criaturas de menor tamaño: algunos cachorros moteados y mi pequeño Perezoso. ¡Pero ya es suficiente!

Al principio, las bestias me horrorizaban y sentía con demasiada intensidad que seguían siendo animales, pero inconscientemente me fui acostumbrando a su presencia. Además, la actitud de Montgomery también influyó en mí. Había pasado tanto tiempo con ellos que había llegado a considerarlos casi como a seres humanos normales. Sus días de Londres le parecían ya un pasado imposible y glorioso. Sólo una vez al año iba a África para negociar con el agente de Moreau, tratante de animales. Apenas se relacionaba con la gente en aquel pueblecito marinero de mestizos españoles. Según me dijo, los hombres del barco le parecieron al principio tan extraños como a mí los Monstruos —de piernas anormalmente largas, de rostros chatos y frente en exceso prominentes—, además de recelosos, peligrosos y de malos sentimientos. De hecho, los hombres no le gustaban. A mí me había tomado simpatía, pensaba, porque me había salvado la vida.

Entonces llegué a pensar que Montgomery sentía un secreto afecto por algunas de aquellas bestias, cierta depravada atracción por algunas de sus costumbres que en un principio había intentado disimular ante mí.

M'ling, el criado de Montgomery, el primero de los Salvajes al que había conocido, no vivía con los demás al otro lado de la isla, sino en una pequeña perrera detrás del recinto. La criatura no eran tan inteligente como el Hombre Mono, pero mucho más dócil, y era, de todas las bestias, la que tenía un aspecto más humano; además, Montgomery le había enseñado a preparar la comida y a realizar las tareas domésticas habituales. Era un complejo trofeo de la terrible habilidad de Moreau —un oso mezclado con perro y buey— y una de sus más elaboradas creaciones. M'ling profesaba una extraña ternura y devoción hacia Montgomery, quien a veces reparaba en él, lo acariciaba, lo llamaba medio en broma, y él se ponía a dar brincos, lleno de alegría; otras veces, en cambio, lo maltrataba —sobre todo cuando había bebido whisky—, le daba patadas y le tiraba piedras o tizones encendidos. Pero, ya lo tratara bien o mal,

no había nada para él como estar cerca de su amo.

Ya he dicho que llegué a acostumbrarme a los Salvajes, y mil cosas que en un principio me parecieron antinaturales y repulsivas pronto me resultaron naturales y ordinarias. Supongo que todo en esta vida cobra el matiz del color predominante en su entorno: Montgomery y Moreau eran individuos demasiado peculiares para que yo pudiera mantener mis convicciones generales sobre el género humano. Cuando veía a una de las torpes criaturas bovinas que arrastraban la lancha pisoteando la maleza, me preguntaba, haciendo grandes esfuerzos por recordar, en qué difería de un patán cualquiera de vuelta a casa tras su jornada de trabajo; o cuando me encontraba con la Osa-Zorra, de rostro astuto e ingenio curiosamente humano, tenía la sensación de haberla visto antes en algún callejón de la ciudad.

No obstante, de vez en cuando la bestia se manifestaba con toda su crudeza. Un hombre muy feo, un jorobado a todas luces salvaje, agazapado en la abertura de una de las guaridas, estiraba los brazos al tiempo que bostezaba, revelando unos incisivos afilados como tijeras y unos caninos brillantes como espadas y acerados como puñales. A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas, y; al bajar la mirada, apreciaba la uña en forma de garra con que sujetaba su informe envoltura. Hay algo muy curioso, por cierto, que no soy capaz de explicar, y es que, durante los primeros días de mi estancia, estas extrañas criaturas —me refiero a las hembras— eran instintivamente conscientes de su repulsiva fealdad, y en consecuencia mostraban una preocupación más que humana por el decoro en el vestir.

Capítulo 16

De cómo los Salvajes probaron la sangre

Pero mi experiencia como escritor me traiciona y estoy perdiendo el hilo de la historia. Después de desayunar con Montgomery, lo acompañé a dar un paseo por la isla para ver la fumarola y las fuentes termales, en cuyas hirvientes aguas había caído por sorpresa el día anterior. Los dos llevábamos látigos y revólveres cargados. Al cruzar una frondosa jungla camino de la fumarola, oímos el chillido de un conejo. Nos detuvimos a escuchar, pero no oímos nada más, de modo que continuamos la marcha. Montgomery llamó mi atención sobre ciertos animalillos rosados de largas patas traseras que brincaban por entre la maleza. Me explicó que aquellas criaturas estaban hechas a partir de la descendencia de los Monstruos creados por Moreau con la intención de que sirvieran de alimento, pero cierto hábito conejil de devorar a sus crías desbarató los planes del doctor. Yo ya había tropezado con algunas de estas criaturas: una vez cuando huía del Hombre Leopardo, a la luz de la luna, y otra vez el día anterior, mientras Moreau me perseguía. Casualmente, uno de ellos, al tratar de evitarnos, cayó por azar en un agujero de un árbol arrancado por el viento. Logramos atraparlo antes de que pudiera salir de allí. Escarbaba como un gato, arañando y pataleando fuertemente con sus patas traseras, y hasta intentó mordernos, pero sus dientes eran demasiado débiles y no dolían más que un simple pellizco. Me pareció un precioso animalillo, y como Montgomery me explicó que jamás destrozaba el césped excavando y era de costumbres muy limpias, pensé que podría resultar un buen sustituto del conejo común para los parques y jardines particulares.

Durante el camino vimos el tronco de un árbol, completamente astillado y cortado en tiras largas. Montgomery llamó mi atención al respecto.

—No arañarás la Corteza de los Arboles; *esa* es la Ley —dijo—. Mire cómo la respetan algunos.

Creo que, poco después, nos encontramos con el Sátiro y el Hombre Mono. El Sátiro era un destello de memoria clásica por parte de Moreau. Su cara tenía la expresión de una oveja, su voz parecía un ronco balido y sus extremidades inferiores eran casi satánicas. Pasó junto a nosotros mordisqueando una cáscara de fruta. Los dos saludaron a Montgomery.

—¡Hola al Otro Hombre del látigo! —dijeron.

—Ahora somos tres con látigo, de modo que andaos con cuidado —respondió Montgomery.

—¿Él no es fabricado? —preguntó el Hombre Mono—. Él dijo que lo habían fabricado.

El Sátiro me miró con curiosidad.

—El Tercero con látigo, el que se mete llorando en el mar, tiene la cara pálida y delgada.

—También tiene un látigo largo y delgado —dijo Montgomery.

—Ayer lloraba y sangraba —insistió el Sátiro.

—Tú nunca sangras ni lloras. El maestro no sangra ni llora.

—¡Maldito pordiosero! —exclamó Montgomery—. Tú también sangrarás y llorarás si no tienes cuidado.

—Tiene cinco dedos; es un hombre de cinco dedos, como yo —dijo el Hombre Mono.

—Vamos, Prendick —dijo Montgomery, cogiéndome del brazo.

El Sátiro y el Hombre Mono se quedaron observándonos y haciendo comentarios en voz baja.

—No dice nada —dijo el Sátiro—. Los Hombres tienen voz.

—Ayer me preguntó dónde había comida —respondió el Hombre Mono—. No lo sabía.

Luego continuaron hablando en voz muy baja y oí que el Sátiro se reía. De regreso encontramos un conejo muerto. El cuerpo ensangrentado del pobre animal estaba hecho pedazos y no había duda de que alguien le había roído el espinazo. Montgomery se detuvo.

—¡Dios mío! —exclamó, recogiendo algunas de las trituradas vértebras para examinarlas más de cerca—. ¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

—Que algunos de sus carnívoros ha estado recordando viejas

costumbres —dije, tras una pausa—. Este espinazo ha sido roído a todo lo largo.

Lo miró con el rostro blanco como el papel, haciendo una mueca con la boca.

—¡Esto no me gusta! —dijo despacio.

—Yo ya vi algo parecido el día de mi llegada —dije.

—¿Qué demonios era?

—Un conejo con la cabeza arrancada de cuajo.

—¿El día de su llegada?

—El día de mi llegada. Entre los matorrales que hay detrás del recinto. Cuando vine hasta aquí al atardecer. Tenía la cabeza completamente arrancada.

Montgomery lanzó un largo y débil silbido.

—Y es más, creo que sé quién lo hizo. Es sólo una sospecha, pero antes de encontrar al conejo vi a uno de los monstruos bebiendo en el arroyo.

—¿Sorbiendo el agua con los labios?



—Sí.

—No sorberás el Agua; *esa* es la Ley. La mayoría de los Monstruos respeta la Ley cuando Moreau no anda por ahí, ¿eh?

—Fue el que me siguió.

—Por supuesto —asintió Montgomery—; eso es justo lo que hacen los carnívoros. Después de matar, beben. Es el sabor de la sangre. Pero ¿cómo era? ¿Podría reconocerlo?

Echó un vistazo a nuestro alrededor, a horcajadas sobre los sangrientos despojos del conejo, recorriendo con la mirada las sombras del follaje y los escondites de la selva que nos rodeaban.

—El sabor de la sangre —repitió.

Sacó su revólver, examinó los cartuchos y lo cargó. Luego comenzó a tirarse del labio inferior.

—Creo que podría reconocerlo. Lo dejé sin sentido. Seguro que tiene una buena herida en la frente.

—Pero tenemos que *demostrar* que fue él quien mató al conejo —dijo Montgomery—. ¡Ojalá nunca los hubiera traído aquí!

Yo hubiera continuado mi camino, pero él se quedó allí, rompiéndose la cabeza con aquel asunto del conejo mutilado. Yo me alejé para no ver los restos del conejo.

—¡Vamos! —dije.

Entonces pareció reaccionar y vino hacia mí.

—¿Sabe? Todos ellos parecen tener una especie de fijación y se niegan a comer nada que correetee por la tierra. Si alguna de esas bestias ha llegado accidentalmente a probar la sangre... —dijo, casi en un susurro.

Seguimos caminando en silencio.

—Me pregunto qué puede haber pasado —murmuró para sí.

Y luego, tras una pausa, añadió:

—El otro día hice una tontería. Le enseñé a mi criado a despellejar y cocinar un conejo. Es extraño... lo vi chupándose los dedos... En ningún momento se me ocurrió que... Debemos poner fin a esto. Tengo que decírselo a Moreau.

Durante el camino de vuelta no pensó en otra cosa. Moreau se tomó el asunto aún más en serio que Montgomery y huelga decir que me contagiaron su preocupación.

—Tenemos que darles un castigo ejemplar —dijo Moreau—. Estoy seguro de que el culpable es el Hombre Leopardo. Pero ¿cómo

podríamos probarlo? Me gustaría que hubiese sido capaz de controlar su afición por la carne, Montgomery; de ser así no tendríamos estas alarmantes noticias. Nos podemos meter en un buen lío.

—He sido un estúpido —admitió Montgomery—. Pero ya está hecho. Y recuerde que usted me lo permitió.

—Hay que hacer algo rápidamente —dijo Moreau—. Supongo que, si algo ocurriera, M'ling sabrá cuidar de sí mismo.

—No estoy tan seguro de M'ling —dijo Montgomery—; creo que debería conocerlo.

Por la tarde, Moreau, Montgomery, M'ling y yo fuimos hasta las cabañas del barranco. Los tres hombres íbamos armados. M'ling llevaba la pequeña hacha con que cortaba la leña y unos rollos de alambre. Moreau llevaba al hombro una enorme asta de toro.

—Ahora verá usted una reunión de Monstruos —dijo Montgomery—. Es algo maravilloso.

Moreau no pronunció una sola palabra durante todo el camino, pero su rostro, de marcadas facciones, denotaba una profunda preocupación.

Cruzamos el barranco por el que humeaba el arroyo de agua caliente y seguimos el tortuoso sendero que discurría entre las cañas hasta un espacio claro cubierto de un polvo amarillo que a mí me pareció azufre. Por encima de una loma poblada de maleza asomaba la reluciente superficie del mar. Llegamos a una especie de anfiteatro natural de poca hondura y allí nos detuvimos. Entonces Moreau sopló con el cuerno, rompiendo la soporífera quietud de la tarde tropical. Debía de tener buenos pulmones, porque el sonido del cuerno creció y creció, ampliado por sus ecos, hasta alcanzar una intensidad casi insoportable.

—¡Ah! —dijo Moreau, dejando caer el curvado instrumento.

Al instante se escuchó un crujido procedente de las amarillentas cañas y ruido de voces en la tupida jungla que marcaba el límite del pantano por el que yo había corrido el día anterior. Luego, en tres o cuatro puntos de la zona sulfurosa aparecieron las grotescas siluetas de los Monstruos que corrían hacia nosotros. No pude evitar un estremecimiento al verlos salir de entre los árboles o las cañas, uno detrás de otro, y caminar sobre el polvo caliente arrastrando los pies. Pero Moreau y Montgomery parecían tranquilos y yo no tuve

más remedio que quedarme con ellos. El primero en llegar fue el Sátiro. Su aspecto era totalmente irreal, a pesar de la sombra que proyectaba y del polvo que levantaba con sus pezuñas; tras él salió de las cañas un bruto monstruoso, mezcla de caballo y rinoceronte que mordisqueaba una paja; acto seguido apareció la Mujer Cerdo y dos Mujeres Lobo; luego la Osa-Zorra, con los ojos enrojecidos y el rostro afilado y rojizo, y después todos los demás, corriendo apresuradamente. Según llegaban, se inclinaban ante Moreau y cantaban fragmentos de la segunda mitad de la Ley, sin prestarse la menor atención los unos a los otros.

—*Suya* es la Mano que hiere; *Suya* es la Mano que sana —y así sucesivamente.

Se detuvieron a unos veinticinco metros y, postrados sobre rodillas y codos, comenzaron a esparcir el polvo blanco sobre sus cabezas. Traten de imaginar la escena. Tres hombres vestidos de azul —con un criado deforme de rostro negro— de pie en mitad de una polvorienta explanada iluminada por el sol bajo el ardiente cielo azul, rodeados por un tropel de Monstruos acucillados que no paraban de gesticular. Algunos eran casi humanos, salvo por su expresión y sus gestos; otros parecían tullidos y los había terriblemente deformes, sólo comparables a los personajes de nuestros más absurdos sueños. Y más allá, las finas líneas del cañizal a un lado, una densa maraña de palmeras que nos separaba del barranco y las cabañas al otro, y el confuso horizonte del Pacífico al norte.

—Sesenta y dos, sesenta y tres —contó Moreau.

—Hay cuatro más.

—No veo al Hombre Leopardo —dije.

Moreau volvió a soplar su cuerno y, al oírlo, los Salvajes se retorcieron y revolcaron por el polvo. Entonces, el Hombre Leopardo salió del cañizal casi arrastrándose por el suelo e intentó sumarse al círculo de Monstruos que se revolcaban en el polvo a espaldas de Moreau. Y entonces vi que tenía una herida en la frente. El último en llegar fue el pequeño Hombre Mono. Los primeros, acalorados y cansados de revolcarse, lo miraron con recelo.

—¡Basta! —dijo Moreau con voz potente y firme, y los Monstruos se sentaron sobre sus traseros, poniendo fin a su ceremonial.

—¿Dónde está el Recitador de la Ley? —preguntó Moreau, y el Monstruo de pelo gris se inclinó hasta tocar con la cabeza en el suelo.

—Pronuncia la Ley —ordenó Moreau, y al instante toda la asamblea de Monstruos arrodillados, balanceándose hacia los lados y esparciendo el azufre a puñados (un montón con la mano derecha y otro con la izquierda), comenzó de nuevo a entonar su extraña letanía.

Cuando llegaron a la frase: «No comerás Carne ni Pescado; esa es la Ley», Moreau levantó su mano blanca y delgada.

—*¡Alto!* —gritó, y todos quedaron en absoluto silencio.



Creo que todos sabían y temían lo que iba a ocurrir. Contemplé los extraños semblantes que me rodeaban, y al advertir sus muecas de dolor y el temor en sus ojos brillantes me pregunté cómo había podido pensar alguna vez que fuesen hombres.

—Habéis quebrantado la Ley —sentenció Moreau.

—No hay escapatoria —respondió el hombre peludo y sin rostro.

—No hay escapatoria —repitió el círculo de Monstruos.

—¿Quién ha sido? —gritó Moreau, mirándolos a la cara y haciendo restallar el látigo.

Me pareció que El Cerdo Hiena estaba asustado, y lo mismo le ocurría al Hombre Leopardo. Moreau se detuvo frente a él y el Monstruo se postró ante él, movido por el recuerdo y el temor del tormento infinito.

—¿Quién ha sido? —repitió Moreau con voz atronadora.

—Maligno es quien infringe la Ley —cantó el Recitador.

Moreau miró al Hombre Leopardo a los ojos, penetrando hasta su mismísima alma.

—Quien infringe la Ley... —empezó Moreau, apartando los ojos de su víctima y volviéndose hacia nosotros. Me pareció advertir en su voz cierto regocijo.

—... Vuelve a la Casa del Dolor —aclamaron todos—; vuelve a la Casa del Dolor, ¡oh Maestro!

—Vuelve a la Casa del Dolor, vuelve a la Casa del Dolor —murmuró el Hombre Mono, como si aquella idea le resultara agradable.

—¿Oyes? —exclamó Moreau, volviéndose hacia el criminal.

El Hombre Leopardo, liberado de la mirada de Moreau, se incorporó y, con los ojos inflamados y sus enormes colmillos felinos brillando bajo los labios fruncidos, se lanzó sobre su torturador. Estoy convencido de que sólo la locura producida por un terror insoportable pudo haber propiciado este ataque. El círculo de sesenta Monstruos pareció alzarse a nuestro alrededor. Saqué mi revólver. Las dos figuras chocaron. Vi retroceder a Moreau, que se tambaleaba tras su encontronazo con el Hombre Leopardo. Un enfurecido griterío estalló por todas partes. Todo el mundo corría de un lado para otro. Por un momento pensé que se trataba de una revuelta general.

El rostro enfurecido del Hombre Leopardo pasó un instante a mi

lado, mirándome con ira; tras él apareció M'ling. Vi los ojos amarillos del Cerdo Hiena brillantes de emoción. Parecía medio dispuesto a atacarme. También el Sátiro me observaba por encima de los encorvados hombros del Cerdo Hiena. Oí la detonación de la pistola de Moreau y vi el fogonazo rosa del disparo en medio del tumulto. La multitud pareció inclinarse en la dirección del destello del fuego y también yo me vi envuelto en el magnetismo del movimiento. Un segundo después corría entre la masa vociferante, en pos del huidizo Hombre Leopardo.

Eso es todo lo que puedo decir con precisión. Vi al Hombre Leopardo golpeando a Moreau, y luego todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y eché a correr precipitadamente sin saber cómo.

M'ling iba en cabeza, muy cerca del fugitivo. Tras él, con la lengua fuera, corría la Mujer Lobo a grandes zancadas, seguida de un grupo de Cerdos, que chillaban con gran alboroto, y los dos Hombres Toro con sus vendajes blancos. A continuación venía Moreau, revólver en mano y con su lacio pelo blanco ondeando al viento, entre un grupo de Monstruos. El Cerdo Hiena corría junto a mí, al mismo paso, y me miraba furtivamente con sus ojos felinos. Los demás venían detrás, corriendo y gritando.

El Hombre Leopardo se abría camino por entre las largas cañas que volvían a cerrarse tras él, golpeando a M'ling en la cara.



Al llegar al cañizal, los de retaguardia nos encontramos con una senda pisoteada. La persecución discurrió a través de las cañas durante casi trescientos metros y luego continuó por un espeso bosquecillo que dificultaba enormemente nuestros movimientos. Lo atravesamos juntos, arrollándolo todo; las frondas nos golpeaban en la cara, las enredaderas nos enganchaban por el cuello o por los tobillos y las plantas llenas de espinas se nos clavaban en la carne y nos rompían la ropa.

—Por aquí ha pasado a cuatro patas —jadeó Moreau, que en ese instante me adelantaba.

—No hay escapatoria —dijo el Lobo Oso, riéndose en mi propia cara, exaltado por la caza.

Volvimos a correr, ahora entre las rocas, y divisamos a nuestra presa delante de nosotros, que avanzaba a cuatro patas y nos gruñía por encima del hombro. Los Lobos aullaban con entusiasmo. La criatura aún iba vestida, y en la distancia su rostro aún parecía humano, aunque sus movimientos eran felinos y el encorvamiento de sus hombros era claramente el de un animal acechado. Saltó sobre unos matorrales espinosos de flores amarillas y lo perdimos de vista. M'ling estaba ya a mitad de camino de aquel punto.

La mayoría de nosotros habíamos perdido para entonces el ímpetu del principio y avanzábamos a un ritmo más sosegado. Al cruzar un claro vi que la columna de perseguidores se había convertido en una hilera. El Cerdo Hiena seguía corriendo muy cerca de mí, sin dejar de observarme y frunciendo el hocico con risa gruñona.

Al llegar al límite de las rocas y darse cuenta de que iba directamente hacia el promontorio por el que me había acechado la noche de mi llegada, el Hombre Leopardo dio media vuelta y se perdió entre la maleza. Pero Montgomery había visto la maniobra y se lanzó en la misma dirección.

Así, tropezando con las rocas, pinchándome con las zarzas, sorteando matorrales y cañas, fue como ayudé en la persecución del Hombre Leopardo, con el Cerdo Hiena corriendo a mi lado y riendo como un salvaje. Avanzaba haciendo eses, la cabeza me daba vueltas y el corazón me latía a toda velocidad. Estaba completamente agotado y, sin embargo, no me atrevía a perder de vista al grupo por temor a quedarme a solas con tan horrible

compañero. Y seguí adelante, a pesar del calor sofocante de la tarde tropical y del tremendo cansancio que me invadía.

Finalmente, el furor de la caza decreció. Habíamos acorralado a la bestia en un rincón de la isla. Moreau, látigo en mano, nos hizo formar en fila. Esta vez avanzábamos despacio, intercambiando gritos y cerrando el círculo en torno a nuestra víctima. El Hombre Leopardo nos acechaba, silencioso e invisible, entre los mismos arbustos por los que yo había huido durante aquella persecución nocturna.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —gritó Moreau mientras los últimos de la fila rodeaban los arbustos, cercando definitivamente a la bestia.

—¡Cuidado! —llegó la voz de Montgomery desde detrás de un soto.

Yo estaba en la pendiente, más arriba de los arbustos. Montgomery y Moreau daban una batida por la playa. Nos introdujimos muy despacio entre la calada red de ramas y hojas. Nuestra presa no hacía el menor ruido.

—¡Volverás a la Casa del Dolor, la Casa del Dolor, la Casa del Dolor! —gritó el Hombre Mono a unos veinte metros a mi derecha.

Al oír aquello le perdoné al pobre miserable todo el temor que me había inspirado.

A mi derecha, junto a las enormes huellas de los Caballos Rinocerontes, oí un crujir de ramas y el silbido de las hojas al ser apartadas. Luego, a través de la masa verde, divisé en la penumbra de la selva a la criatura que estábamos acechando. Me detuve. La bestia estaba agazapada en el menor espacio posible y me miró de reojo con sus brillantes ojos verdes.

Puede parecer contradictorio —de hecho, no puedo explicarlo—, pero al verlo en aquella actitud absolutamente animal, con aquel brillo en los ojos y su imperfecto rostro humano deformado por el terror, volví a considerarlo como a un igual. Un instante después, otro de sus perseguidores lo descubriría y capturaría para ser de nuevo sometido a las terribles torturas del recinto. Bruscamente, saqué mi revólver, apunté entre sus ojos aterrorizados y disparé.

Al verlo, el Cerdo Hiena se lanzó sobre él emitiendo un tremendo alarido y, con gran avidez, le hincó los dientes en el cuello. La maleza silbaba y crujía a mi alrededor al paso precipitado

de los Monstruos.

—¡No lo mate, Prendick! —gritó Moreau—. ¡No lo mate!

Vi su silueta encorvada abriéndose paso entre las frondas de grandes helechos. Golpeó al Cerdo Hiena con la empuñadura de su látigo mientras él y Montgomery luchaban por mantener lejos del cuerpo aún tembloroso de la bestia a la multitud de exaltados carnívoros y, en particular, a M'ling. El Monstruo de Pelo Gris se acercó a olfatear el cadáver. En su ardor animal, las demás criaturas se agolpaban para ver el espectáculo más de cerca.

—¡Maldito sea, Prendick! —exclamó Moreau—. Lo quería vivo.

—Lo siento —dije yo, aunque no lo sentía en absoluto—. Fue un impulso momentáneo.

Me sentía agotado por el esfuerzo y la emoción. Di media vuelta y me abrí paso entre la multitud de Salvajes, caminando pendiente arriba hacia la parte más elevada del promontorio. Oí que Moreau ordenaba a los Tres Hombres Toro que arrastraran a la víctima hasta el mar.

En aquel momento podía estar a solas. Los Monstruos mostraban una curiosidad totalmente humana por el cadáver y lo seguían en tropel, husmeando y gruñendo, mientras los Hombres Toro lo arrastraban hasta la playa. Llegué hasta el promontorio y desde allí observé las siluetas de los Hombres Toro, que se perfilaban oscuras contra el cielo del atardecer, transportando el pesado cuerpo hasta el mar, y entonces, como un relámpago que cruzara mi mente, se me ocurrió pensar en la absoluta inutilidad de todo lo que sucedía en aquella isla.

En la playa, entre las rocas que había a mi lado, el Hombre Mono, el Cerdo Hiena y algunos otros Salvajes formaban un círculo en torno a Moreau y Montgomery. Continuaban todos muy nerviosos y aún manifestaban a voces su lealtad a la Ley. Yo tenía la certeza de que el Cerdo Hiena estaba implicado en la muerte del conejo, y llegué al extraño convencimiento de que, al margen de su torpe actitud y lo grotesco de sus formas, tenía ante mí, en aquel preciso momento, el perfecto equilibrio de la vida humana en miniatura, la perfecta interacción de instinto, razón y destino en su más simple expresión. Al Hombre Leopardo le había tocado perder. Ésa era toda la diferencia.

¡Pobres bestias! Empezaba a comprender el aspecto más vil de la

crueledad de Moreau. Hasta entonces no había pensado en el dolor y las dificultades que aguardaban a estas pobres víctimas una vez que habían pasado por las manos de Moreau. Me estremecía con sólo pensar en los días de tormento en el recinto. Y, sin embargo, aquello me pareció entonces lo menos importante. Antes, todos aquellos Monstruos habían sido bestias, con todos sus instintos perfectamente adaptados a su entorno, y eran felices como cualquier ser vivo. Ahora habían topado con los grilletes de la humanidad y vivían en constante temor, atormentados por una Ley que no acertaban a comprender. Su remedo de existencia humana comenzaba con una terrible agonía y continuaba con una larga lucha interior, un constante temor de Moreau. Y todo ¿para qué? Era precisamente la crueldad de todo ello lo que me exaltaba.

De haber tenido Moreau un fin comprensible, podría haber simpatizado con él, cuando menos un poco. No soy tan escrupuloso con respecto al dolor. Incluso podría haberlo perdonado. Pero Moreau parecía tan irresponsable, tan profundamente irreflexivo... Su curiosidad, sus insensatas e inútiles investigaciones lo empujaban a continuar ni él mismo sabía dónde, y aquellas cosas eran arrojadas a la vida, por espacio de uno o dos años para luchar, equivocarse y sufrir, y, finalmente, morir con dolor. Aquellas criaturas eran intrínsecamente perversas; su viejo odio animal los incitaba a molestarse mutuamente, y la Ley los protegía de la encarnizada batalla que diera fin a su natural animadversión.

En aquellos días, mi temor a los Monstruos se transformó en temor a Moreau. Caí en un estado mórbido, intenso y duradero, distinto del temor, que ha dejado en mi mente una huella indeleble. Debo confesar que el dolor y el caos de aquella isla me hicieron perder la fe en la cordura del mundo.

Un destino ciego, un mecanismo inmenso y despiadado, parecía configurar la estructura de la existencia. Y yo mismo, Moreau (por su pasión científica), Montgomery (por su pasión ética) y los Monstruos, con sus instintos y limitaciones mentales, nos vimos todos abrumados y atormentados, implacablemente, inexorablemente envueltos en la infinita dificultad de sus ruedas incesantes. Sin embargo, esta situación no sobrevino de repente... De hecho, creo que me anticipo un poco al hablar de ello ahora.

Capítulo 17

Una catástrofe

Transcurridas apenas seis semanas, había perdido todo sentimiento, salvo el de aversión y odio hacia los infames experimentos de Moreau. No pensaba más que en alejarme de aquellas horribles caricaturas de la imagen de mi Hacedor y volver al sano y agradable trato con los hombres. Mis semejantes, de los que me encontraba apartado, comenzaron a cobrar en mi recuerdo una virtud y una belleza idílicas. Mi conato de amistad con Montgomery no prosperó. Su prolongado aislamiento, su alcoholismo y la evidente simpatía que profesaba a los Salvajes lo echaron todo a perder. En varias ocasiones dejé que fuera solo con ellos. Yo hacía todo lo posible para evitar el contacto con las bestias.

Pasaba cada vez más tiempo en la playa, en espera de algún navío libertador que nunca aparecía, hasta que un día una terrible desgracia, que modificaría por completo mi extraño entorno, cayó sobre nosotros.

Habían transcurrido siete u ocho semanas desde mi llegada —o quizá más, puesto que no me había molestado en llevar la cuenta— cuando sobrevino la catástrofe. Ocurrió una mañana muy temprano, creo que alrededor de las seis. Me había levantado y había desayunado pronto, despertado por el ruido producido por tres Monstruos que transportaban madera hasta el recinto.

Después del desayuno fui hasta la verja del recinto, que estaba abierta, y allí me detuve a fumar un cigarrillo y disfrutar del frescor de la mañana. Al poco rato, Moreau apareció por una esquina y me saludó.

Pasó a mi lado y le oí abrir la puerta detrás de mí y entrar en su laboratorio. Tan acostumbrado estaba yo para entonces a los horrores del lugar que, sin el menor atisbo de emoción, escuché

cómo el puma iniciaba un nuevo día de tortura. La víctima recibió a su verdugo con un aullido enfurecido.

Entonces sucedió algo inesperado. Todavía no sé muy bien lo que fue. Oí un grito a mis espaldas, un derrumbamiento, y al volverme vi un rostro espantoso que se abalanzaba sobre mí: no era humano ni animal, sino diabólico y oscuro, marcado de cicatrices rojas y con los ojos desprovistos de párpados inflamados. Levanté un brazo para detener el golpe, que me hizo caer de cabeza y romperme el brazo, mientras el monstruo, cubierto de vendas ensangrentadas, saltaba por encima de mí y desaparecía.

Caía rodando cuesta abajo, hacia la playa; intenté incorporarme y aterricé sobre el brazo roto. Entonces apareció Moreau, con su enorme cara blanca aún más terrible a causa de la sangre que brotaba de su frente. Llevaba un revólver en la mano. Apenas me miró, y salió corriendo precipitadamente tras el puma.

Me apoyé sobre el otro brazo y me incorporé. La figura vendada corría a grandes saltos por la playa, seguida de Moreau.

El puma volvió la cabeza, y al ver a Moreau giró bruscamente y se dirigió hacia la maleza. Le ganaba terreno a cada paso y se internó en los matorrales mientras Moreau, que corría en diagonal para detenerlo, disparaba y erraba el tiro. La bestia desapareció. Luego, también Moreau se perdió entre la maleza.

Empezó a dolerme el brazo y, lanzando un gemido, logré ponerme en pie. En ese momento, Montgomery apareció por la puerta, vestido y empuñando un revólver.

—¡Dios mío, Prendick! —dijo sin advertir que yo estaba herido—. ¡Esa bestia se ha escapado! Ha arrancado los grilletes de la pared. ¿Lo ha visto usted? —Entonces, al ver que me agarraba el dolorido brazo herido, preguntó bruscamente—: ¿Qué pasa?

—Estaba en la puerta —respondí.

Se acercó y me cogió el brazo.

—Tiene sangre en la manga —dijo, subiendo la franela. Se guardó el arma en el bolsillo, me palpó el brazo para cerciorarse de los puntos dolorosos y me llevó a casa—. Tiene el brazo roto. Dígame qué ocurrió exactamente.

Con frases entrecortadas y jadeos de dolor, le conté lo que había visto, mientras él, con gran habilidad y rapidez, me vendaba el brazo. Me lo puso en cabestrillo, se levantó y me miró.

—Se pondrá bien —dijo—. ¿Y ahora?

Se quedó pensativo. Luego salió y cerró las puertas del recinto. Estuvo un rato ausente.

A mí me preocupaba sobre todo mi brazo. Aquel incidente me parecía una de tantas cosas terribles. Me senté en la hamaca y, he de admitirlo, maldije aquella isla con todas mis fuerzas.

Cuando Montgomery regresó, la leve sensación de dolor que al principio tenía en el brazo se convirtió en un dolor insoportable.

Montgomery estaba pálido y su labio inferior colgaba más que nunca.

—No consigo ver ni oír nada de él —dijo—. Puede que necesite mi ayuda.

Me miró con sus inexpresivos ojos y luego añadió:

—Era un animal muy fuerte. Arrancó los grilletes de la pared.

Se dirigió hacia la ventana, luego hacia la puerta, y por fin se volvió hacia mí.

—Iré otra vez a buscarlo —dijo—. Puedo dejarle otro revólver. A decir verdad, estoy preocupado.

Fue a por el arma y la puso sobre la mesa. Luego salió, dejando en el ambiente una contagiosa sensación de inquietud. Cuando se hubo marchado me levanté, cogí el revólver y salí a la puerta.

Reinaba una calma sepulcral. No corría ni gota de aire. El mar estaba como un espejo, el cielo completamente despejado y la playa vacía. En ese estado semiagitado y febril en que me encontraba, aquella calma me resultaba opresiva.

Intenté silbar, pero la melodía se desvaneció en mis labios. Volví a maldecir, por segunda vez aquella mañana. Después fui hasta la esquina del recinto y miré tierra adentro, hacia los matorrales que se habían tragado a Moreau y Montgomery. ¿Cuándo volverían? ¿Y cómo?

En ese momento, muy lejos, apareció al otro extremo de la playa un pequeño Salvaje gris que corrió hasta la orilla y comenzó a chapotear en el agua. Caminé hasta la puerta, volví a la esquina y así comencé a ir y venir como un centinela de guardia. En una ocasión me detuvo la voz de Montgomery, que gritaba en la distancia:

—¡Moreau!

El brazo me dolía menos, pero me ardía. Tenía fiebre y sed. Mi

sombra se hacía cada vez más pequeña. Observé aquella figura distante hasta que desapareció de mi vista.

¿Regresarían Moreau y Montgomery?

Tres aves marinas se peleaban por alguna presa hallada en la playa.

De pronto oí un disparo muy lejano que venía de detrás del recinto. Luego, un largo silencio, y después otro disparo. A continuación se oyó una especie de aullido más cerca y otro lúgubre silencio. Mi desafortunada imaginación se puso a funcionar febrilmente para atormentarme. Después sonó otro disparo muy cercano.

Sobresaltado, fui hasta la esquina y vi a Montgomery con el rostro congestionado, el pelo alborotado y el pantalón desgarrado a la altura de la rodilla. Su rostro denotaba una profunda consternación. Detrás de él venía su criado M'ling, con unas inquietantes manchas parduscas alrededor de la boca.

—¿Ha vuelto? —preguntó Montgomery.

—¿Moreau? —dije yo—. No.

—¡Dios mío! —estaba jadeando, casi sollozaba por falta de aliento—. Vuelva adentro. Se han vuelto locos. Andan todos corriendo por ahí como locos. ¿Qué puede haber pasado? No lo sé. Se lo diré cuando recupere el aliento. ¿Dónde hay un poco de coñac?

Entró en la habitación cojeando y se sentó en la hamaca. M'ling se tiró al suelo en el umbral de la puerta y empezó a jadear como un perro. Traje un poco de coñac con agua para Montgomery. Estaba sentado con la mirada perdida en el infinito, intentando recobrar el aliento. Al cabo de un rato me contó lo que había ocurrido.

Les había seguido la pista durante un rato. Al principio era bastante clara, pues la maleza estaba pisoteada y había jirones de las vendas del puma enganchadas en las ramas e incluso algunas manchas de sangre en las hojas de los matorrales. Sin embargo, perdió el rastro en el pedregal, más allá del arroyo donde yo había visto al Monstruo bebiendo, y caminó hacia el oeste, gritando el nombre de Moreau.

Luego se había encontrado con M'ling, que llevaba un hacha. M'ling no había visto nada. Estaba cortando leña cuando oyó a

Montgomery gritar el nombre de Moreau. Continuaron gritando al unísono. Dos Salvajes se acercaron agazapados y los observaron desde la maleza, gesticulando y andando de un modo que a Montgomery le resultó alarmante.



Montgomery los llamó y ellos huyeron como quien ha cometido una fechoría. Entonces dejó de gritar y, tras caminar durante un rato sin rumbo fijo, decidió finalmente visitar las cabañas.

El barranco estaba desierto. Cada vez más alarmado, volvió sobre sus pasos. Fue entonces cuando se encontró con los dos Hombres Cerdo a los que yo había visto bailar la noche de mi llegada; tenían la boca manchada de sangre y parecían excitadísimos. Venían pisoteando los helechos y, al ver a Montgomery, se detuvieron con fiera expresión.

Montgomery hizo restallar su látigo y, al instante, las bestias se abalanzaron sobre él. Jamás se habían atrevido a hacer algo semejante. A uno le pegó un tiro en la cabeza, mientras M'ling se lanzaba sobre el otro y los dos rodaban por el suelo.

M'ling quedó atrapado debajo de la bestia, que estaba a punto de hincarle los dientes en el cuello, cuando Montgomery disparó contra ella. Le costó trabajo convencer a su criado de que continuase con él.

Luego habían regresado rápidamente al recinto, donde yo los aguardaba. Durante el camino, M'ling se había lanzado precipitadamente a un matorral y había sacado a un Hombre Ocelote muy pequeño, también cubierto de sangre a consecuencia de una herida que tenía en el talón y le hacía cojear. La bestia corrió un poco y luego se dirigió violentamente hacia la bahía. Entonces, Montgomery —creo que con cierta crueldad— lo había matado.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté.

Él sacudió la cabeza y volvió de nuevo a su coñac.

Capítulo 18

El hallazgo de Moreau

Cuando vi que Montgomery tomaba un tercer trago de coñac, se lo quité para evitar que se emborrachara. Ya estaba más que medio ebrio. Le dije que algo grave debía de haberle sucedido a Moreau, pues de lo contrario ya habría regresado, y que era responsabilidad nuestra averiguarlo. Montgomery se opuso débilmente, pero terminó por aceptar. Comimos un poco y, luego partimos los tres.

Tal vez fuera la tensión del momento, pero lo cierto es que aquella incursión en la tórrida calma de la tarde tropical me ha dejado una vivísima impresión. M'ling abría la marcha moviendo inquietamente su extraña cabeza negra a uno y otro lado del camino. Iba desarmado. Había perdido su hacha en el encuentro con los Hombres Cerdo. Llegado el momento de luchar, los dientes serían *sus* armas. Montgomery lo seguía dando traspiés, con las manos en los bolsillos y expresión abatida; estaba enfadado conmigo por el asunto del coñac. Yo llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo —afortunadamente era el izquierdo— y empuñaba el revólver con la mano derecha.

Nos adentramos por un frondoso sendero que discurría en dirección noroeste entre la exuberante vegetación de la isla. M'ling se detuvo súbitamente y se puso rígido, en posición de alerta. Montgomery casi tropezó con él y también se detuvo. Entonces, aguzando el oído, nos llegó entre los árboles el ruido de voces y pasos que se acercaban.

—Está muerto —dijo una voz profunda y vibrante.

—No está muerto, no está muerto —farfulló otra.

—Lo hemos visto, lo hemos visto —insistieron varias voces.

—¡Eh! —gritó bruscamente Montgomery—. ¡Los de ahí!

—¡Malditos sean! —dije yo, empuñando mi pistola.

Hubo un silencio, luego un crujido aquí, otro allá, y seis rostros,

seis extraños rostros, iluminados por una luz extraña, hicieron su aparición. M'ling emitió un profundo gruñido. Reconocí al Hombre Mono —de hecho ya había identificado su voz— y a dos de las criaturas de tez morena y cubiertas de vendas a las que había visto en el bote de Montgomery. Con ellos iban las dos bestias moteadas y aquella horrible y encorvada criatura, que recitaba la Ley, con las mejillas cubiertas de pelo gris, las cejas grises muy pobladas y grandes mechones colgando de su frente. Era una cosa enorme y sin rostro, con extraños ojos rojos que nos miraban llenos de curiosidad desde la maleza.

Al principio nadie habló. Al cabo de un rato, Montgomery hipó:
—¿Quién... dijo que estaba muerto?

El Hombre Mono miró al Monstruo de Pelo Gris con ojos delatadores.

—Está muerto —afirmó el Monstruo—. Ellos lo vieron.

No había ni rastro de amenaza en su voz. Todos parecían profundamente sorprendidos y atemorizados.

—¿Dónde está? —preguntó Montgomery.

—Allí —señaló la criatura gris.

—¿Hay alguna Ley ahora? —preguntó el Hombre Mono—. ¿Está muerto de verdad?

—¿Hay una Ley? —repitió el hombre de blanco.

—¿Hay una Ley, tú, Hombre del Látigo? Él está muerto —dijo el Monstruo de Pelo Gris.

Todos se quedaron mirándonos.

—Prendick —dijo Montgomery, volviendo hacia mí sus inexpresivos ojos—. Está muerto. Es evidente.

Yo había permanecido detrás de él durante toda la conversación. Empezaba a comprender lo que ocurría. Entonces, di un paso hacia adelante y levantando la voz exclamé:

—¡Hijos de la Ley! ¡Él *no* ha muerto!

M'ling volvió su intensa mirada hacia mí.

—Ha cambiado de forma. Ha cambiado de cuerpo —continué—. Durante algún tiempo no lo veréis. Está... allí —y señalé hacia lo alto—, y desde allí os vigila. Vosotros no lo veis, pero él sí os ve a vosotros. ¡Respetad la Ley!

Los miré fijamente y retrocedieron.

—Él es grande. Él es bueno —dijo el Hombre Mono, mirando

atentamente hacia el cielo entre los densos árboles.

—¿Y la otra Cosa? —pregunté.

—La Cosa que sangraba y corría aullando y sollozando también está muerta —dijo el Monstruo Gris, sin dejar de mirarme.

—Eso está bien —masculló Montgomery.

—El Hombre del Látigo... —comenzó el Monstruo Gris.

—¿Y bien? —dije yo.

—... dijo que estaba muerto.

Pero Montgomery aún estaba lo suficientemente sobrio como para comprender por qué yo negaba la muerte de Moreau.

—No está muerto —dijo, muy despacio—. No está muerto. Está tan vivo como yo.

—Algunos han quebrantado la Ley —dije yo—. Ésos morirán. Otros ya han muerto. Enseñadnos ahora dónde yace su viejo cuerpo. El cuerpo que ha abandonado porque ya no lo necesita.

—Es por aquí, Hombre que camina por el mar —dijo el Monstruo Gris.

Y con aquellas seis criaturas por guías, nos adentramos en la maraña de helechos, enredaderas y ramas en dirección noroeste. Entonces vimos a un pequeño homúnculo rosado que corría hacia nosotros dando gritos y huyendo de un monstruo feroz y salpicado de sangre que no tardó en alcanzarnos.

El Monstruo Gris se apartó de un salto. M'ling corrió hacia él lanzando un gruñido, pero fue derribado de un golpe. Montgomery disparó y erró el tiro. Luego inclinó la cabeza, levantó el arma y salió corriendo. Entonces yo disparé, pero la fiera siguió avanzando como si tal cosa. Volví a disparar haciendo blanco en su horrible cara. Sus rasgos se borraron en un santiamén. Sin embargo, pasó a mi lado, se agarró a Montgomery y, colgado de él, cayó de bruces, arrastrándolo en su caída.

Me encontré solo con M'ling, un animal muerto y un hombre postrado. Montgomery se incorporó despacio y, aturdido, contempló a la Bestia destrozada que yacía junto a él. Aquello había hecho desaparecer su borrachera. Se puso en pie de un salto. Entonces vi al Monstruo Gris que se acercaba sigilosamente entre los árboles.

—Mira —dije yo, señalando a la bestia muerta—. ¿No está viva la Ley? Esto le ha pasado por quebrantar la Ley.

Observó atentamente el cadáver y luego, con voz profunda y repitiendo parte del ritual, dijo:

—Él envía el Fuego que mata.

Los demás también se acercaron a mirar.

Por fin nos dirigimos hacia el extremo oeste de la isla. Allí encontramos el cuerpo roído y mutilado del puma con el omóplato destrozado por una bala y, a unos veinte metros de distancia, hallamos por fin lo que buscábamos. Moreau yacía boca abajo en un pisoteado cañaveral.

Tenía una de las manos prácticamente colgando y el pelo plateado empapado en sangre. Sin duda, el puma le había golpeado en la cabeza con los grilletes, y las cañas a su alrededor estaban salpicadas de sangre. No encontramos su revólver.

Montgomery le dio la vuelta.

Descansando de vez en cuando y ayudados por los siete Salvajes —pues pesaba bastante— lo llevamos hasta el recinto. Comenzaba a oscurecer. En dos ocasiones oímos a nuestro paso los aullidos de las criaturas invisibles de la selva. El pequeño Perezoso Rosado apareció un momento, nos miró y desapareció de nuevo. Pero no volvimos a ser atacados. A las puertas del recinto, nuestra comitiva de Monstruos nos abandonó. M'ling también se fue con ellos. Nos encerramos, sacamos al patio interior el cuerpo mutilado de Moreau y lo depositamos sobre un montón de leña.

Luego entramos en el laboratorio y acabamos con todo bicho viviente.

Capítulo 19

Las vacaciones de Montgomery

Cuando terminamos nuestra tarea, nos lavamos y comimos, Montgomery y yo entramos en mi cuartito y, por primera vez, analizamos seriamente nuestra situación. Era casi medianoche. Montgomery estaba prácticamente sobrio, pero muy alterado. Moreau siempre había ejercido sobre él una extraña influencia. Creo que jamás se le había pasado por la cabeza que Moreau pudiera morir. Este desastre había derrumbado en un momento los hábitos que durante los diez o más largos años de estancia en la isla habían llegado a formar parte de su carácter. Hablaba en términos muy vagos, respondía a mis preguntas con evasivas y llevaba la conversación hacia temas generales.

—¡Este estúpido mundo! —dijo—. ¡Qué complicado es todo! Hasta ahora no he vivido. Me pregunto cuándo voy a empezar. Dieciséis años tiranizado por niñeras y maestros de escuela, sometido a su santa voluntad; cinco años en Londres estudiando medicina con ahínco: mala comida, alojamientos miserables, ropas raídas, vicios lamentables. Jamás conocí nada mejor. Luego, empujado a esta isla infernal... ¡Diez años aquí! ¿Y todo para qué, Prendick? ¿Somos como las pompas de jabón que soplan los niños?

Resultaba difícil comprender aquellos desvaríos.

—Lo que debemos hacer ahora es encontrar la manera de salir de esta isla —dije.

—¿Y qué tiene eso de bueno? Soy un proscrito. ¿Adónde voy a ir? Usted todo lo ve muy bien, Prendick. ¡Pobre Moreau! No podemos dejarlo en esta isla para que profanen sus huesos. Además, ¿qué va a ser de los Salvajes buenos?

—Está bien. Mañana nos ocuparemos de ello. He pensado que podríamos hacer una pira e incinerar su cuerpo. Y respecto a esas otras cosas... ¿Qué pasará con los Salvajes?

—No lo sé. Supongo que los que descienden de animales de presa acabarán como fieras tarde o temprano. Pero no podemos matarlos a todos. ¿No? Imagino que es eso lo que *sus* sentimientos humanitarios le sugieren... Pero cambiarán. Estoy seguro.

Continuó así, sin decir nada en claro, hasta que perdí la paciencia.

—¡Maldición! —exclamó malhumorado—. ¿No se da cuenta de que mi situación es mucho más difícil? —Se levantó y fue a buscar el coñac. Luego volvió y dijo—: ¡Beba! ¡Especie de santo ateo, destructor de la lógica! ¡Beba!

—No quiero —respondí. Y continué sentado con solemnidad, observando su rostro bajo el fulgor amarillento de la parafina, mientras su embriaguez lo sumía en un estado de tristeza locuaz. Lo recuerdo como algo infinitamente aburrido. Luego pasó a hacer una sensiblera apología de M'ling y los Salvajes.

Dijo que M'ling era el único ser que se había preocupado por él. Entonces se le ocurrió una idea luminosa.

—¡Seré estúpido! —dijo, poniéndose en pie y agarrando la botella de coñac. Una súbita intuición me hizo adivinar cuál era su propósito.

—¡No se le ocurra dar alcohol a esa bestia! —exclamé, levantándome y haciéndole frente.

—¿Bestia? —dijo—. Usted es la bestia. Él bebe como todo hijo de vecino. ¡Quítese de en medio, Prendick!

—¡Por el amor de Dios! —exclamé.

—¡*Quítese...* de en medio! —rugió, sacando su revólver de repente.

—Muy bien —dije, y me aparté con la intención de lanzarme sobre él en cuanto pusiera la mano en el picaporte. Pero renuncié a ello al recordar que tenía un brazo roto—. Se ha convertido en un salvaje. ¡Váyase con las bestias!

Abrió la puerta de par en par y se detuvo en el umbral, mirándome casi de frente, bajo el resplandor amarillo de la lámpara y la pálida luz de la luna; sus ojos eran dos manchas negras bajo sus pobladas cejas.

—¡Es usted un perfecto idiota, Prendick! Siempre asustado y fantaseando. Hemos llegado al límite. Es muy posible que mañana me corte el gaznate. Pero esta noche tendré una buena fiesta.

Se dio la vuelta y salió al exterior.

—¡M'ling! ¡M'ling, viejo amigo mío! —gritó.

Tres borrosas figuras, bajo la plateada luz de la luna, se acercaban por la orilla de la pálida playa; una de ellas iba cubierta de vendas blancas, las otras la seguían como dos manchas negras.

Se detuvieron a observar algo. En ese momento, M'ling dobló la esquina de la casa.

—¡Bebed! —gritó Montgomery—. ¡Bebed, bestias! ¡Bebed como hombres! ¡Vaya, soy el más listo! ¡Moreau se olvidó de esto! Éste es el toque final. ¡Bebed, os digo!

Y con la botella en la mano, salió corriendo en dirección oeste, en tanto que M'ling se colocaba entre él y las tres borrosas figuras que le seguían.

Fui hasta la puerta. Hasta que Montgomery se detuvo casi no podía distinguirlos a la luz de la luna. Vi cómo le ofrecía coñac a M'ling y luego las cinco figuras se fundieron en una forma confusa.

—¡Cantad! —oí gritar a Montgomery—. ¡Cantad todos! ¡Maldito sea Prendick!... ¡Prendick!

El oscuro grupo se desmembró en cinco figuras que poco a poco se alejaron de mí por la franja de la playa iluminada. Todos gritaban a pleno pulmón, insultándome o dando rienda suelta a aquella nueva inspiración motivada por el coñac.

Después oí la voz de Montgomery a lo lejos que gritaba:

—¡A la derecha!

Y el grupo se perdió con sus aullidos en la negrura de los árboles. Poco a poco, muy poco a poco, se retiraron en silencio.

La noche recobró su apacible esplendor. La luna, que para entonces ya había alcanzado el cenit, cabalgaba por el desierto cielo azul, llena y resplandeciente.

La sombra de la pared, negra como la tinta, se extendía a mis pies en un espacio de un metro de anchura. Hacia el este, el mar tenía un misterioso tono oscuro, y entre el mar y la sombra, las arenas grises (de obsidiana) resplandecían como una playa de diamantes. La lámpara de parafina ardía a mis espaldas con rojiza y cálida llama.

Cerré la puerta, eché la llave y entré en el recinto donde el cadáver de Moreau yacía junto a sus últimas víctimas (los podencos, la llama y otras infortunadas bestias) con expresión apacible, a

pesar de su terrible muerte. Sus ojos abiertos contemplaban la blanca quietud de la luna en lo alto del cielo. Me senté en el borde del sumidero y, con la mirada fija en aquel haz fantasmagórico de luz plateada y sombras inquietantes, me dispuse a planear lo que iba a hacer.

Por la mañana metería algunas provisiones en el bote y, tras prender fuego a la pira que tenía ante mí, me adentraría de nuevo en la desolación del mar. Comprendía que no había manera de ayudar a Montgomery, pues era casi como un Salvaje, incapaz de relacionarse con las personas.

No sé cuánto tiempo permanecí allí sentado haciendo planes. Debió de ser aproximadamente una hora. Luego, mis cavilaciones se vieron interrumpidas por el regreso de Montgomery. Oí un aullido procedente de muchas gargantas —una confusión de gritos de júbilo, jadeos y alaridos que descendía hasta la playa—, y que parecía venir de algún lugar cercano a la orilla. El alboroto creció y después se extinguió. Más tarde oí unos golpes fuertes y el crujir de la madera al partirse, pero entonces no me preocupó lo más mínimo.

Luego comenzó un canto disonante.

Mis pensamientos volvieron a centrarse en el modo de escapar. Me levanté, tomé la lámpara y entré en un cobertizo para coger unos barriles que había visto.

Encontré unas latas de galletas y, decidido a investigar su contenido, abrí una de ellas. Creí ver algo por el rabillo del ojo —una figura roja— y me volví bruscamente.

A mis espaldas se extendía el patio, de un blanco y negro intenso bajo la luz de la luna, donde se alzaba el montón de madera y haces de leña sobre los que yacían Moreau y sus mutiladas víctimas, unos encima de otros. Parecían agarrarse mutuamente en una especie de cuerpo a cuerpo final. Sus heridas eran negras como la noche, y la sangre que de ellas había brotado formaba manchas negras sobre la arena. Entonces, sin comprender todavía bien, descubrí la causa de mi sobresalto: Era un resplandor rojizo que bailaba en la pared de enfrente. No supe interpretarlo y, pensando que se trataba del reflejo de mi propia lámpara, volví al cobertizo.

Seguí revolviendo con la torpeza de un manco todo cuanto allí había, escogiendo lo que me parecía útil y separándolo para la

lancha del día siguiente. Mis movimientos eran lentos y el tiempo pasó deprisa. Cuando quise darme cuenta ya era de día.

El canto se fue apagando para dar paso a un clamor, luego volvió a comenzar y, de repente, se transformó en un tumulto. Oí gritos de «¡Más, más!», un sonido como de pelea y un repentino alarido. El cambio de sonidos era tan evidente que llamó mi atención. Salí al patio y escuché. Luego, como un cuchillo que rasgase la confusión, se oyó el disparo de un revólver.

Crucé precipitadamente mi habitación hacia la puerta. En ese momento algunos baúles resbalaron y se desplomaron en el suelo del cobertizo con estrépito de cristales rotos. Pero no les presté atención, sino que abrí la puerta de par en par y miré al exterior.

En la cabaña de la playa, cerca de la costa de las lanchas, ardía una hoguera cuyas chispas se desdibujaban en la imprecisión del amanecer. En torno a ella forcejeaba una masa de figuras negras. Oí que Montgomery me llamaba y eché a correr hacia la hoguera, revólver en mano. Vi la rosada lengua de fuego del revólver de Montgomery lamer el suelo y luego caer a tierra. Grité con todas mis fuerzas y disparé al aire.

Oí que alguien gritaba: «¡El Maestro!». La enmarañada lucha se dispersó en núcleos aislados y el fuego ascendió en gran llamarada y disminuyó hasta casi apagarse. Presa de un repentino pánico, la multitud de Monstruos pasó corriendo ante mí playa arriba. En mi estado de agitación, disparé contra ellos mientras desaparecían entre la maleza. Entonces me volví hacia los montones negros que había en el suelo.

Montgomery yacía boca arriba con la Bestia de pelo gris encima de él. El monstruo había muerto, pero seguía aferrándose al cuello de Montgomery con sus curvadas garras. Junto a ellos se encontraba M'ling, tumbado boca abajo y completamente inmóvil, con el cuello abierto y la parte superior de una botella de coñac rota en la mano. Otros dos cuerpos yacían junto al fuego. Uno de ellos estaba inmóvil; el otro se quejaba de vez en cuando, levantando lentamente la cabeza y dejándola caer de nuevo.



Agarré al Monstruo Gris y lo aparté del cuerpo de Montgomery; sus garras le destrozaron la ropa mientras yo lo arrastraba, como si no quisiera separarse de él.

Montgomery tenía el rostro amoratado y respiraba con dificultad. Le arrojé agua del mar a la cara y coloqué mi abrigo en el suelo a guisa de almohada para que apoyara la cabeza. M'ling había muerto. La criatura herida que estaba junto al fuego —un Hombre Lobo de barba gris— yacía con la parte superior de su cuerpo sobre las brasas aún ardientes. Tan lastimero era el estado de aquella bestia miserable que, por compasión, le salté la tapa de los sesos. El otro monstruo era uno de los Hombres Toro cubiertos de vendas blancas. También estaba muerto.

El resto de los Monstruos había desaparecido de la playa. Volví junto a Montgomery y me arrodillé a su lado, maldiciendo mi ignorancia en medicina.

El fuego se había extinguido y ya sólo quedaban unas brasas en medio de las cenizas. Me pregunté dónde podía haber encontrado Montgomery toda aquella madera. Estaba amaneciendo y el cielo se aclaraba a medida que la luna, cerca ya de su ocaso, se tornaba más pálida y opaca en el luminoso azul del nuevo día. Hacia levante, el cielo se teñía de rojo.

Entonces oí un ruido sordo y un silbido también apagado a mis espaldas, y, mirando a mi alrededor, me puse en pie de un salto con un grito de horror. Grandes masas de humo negro ascendían contra el amanecer ardiente procedentes del recinto, y entre su turbulenta negrura parpadeaban las llamas rojas como la sangre. El techo de paja se incendió; las llamas ascendían por la pendiente y un chorro de fuego salía por la ventana de mi habitación.

De repente comprendí lo ocurrido. Me acordé del ruido que oí al caerse las cajas. Cuando corrí en ayuda de Montgomery había volcado la lámpara, derramando el líquido sobre los baúles.

En seguida supe que era imposible salvar nada de lo que había en el recinto. Mi mente volvió a centrarse en el plan de huida y volví rápidamente la mirada buscando los dos botes varados en la playa. ¡Ya no estaban! Había dos hachas en la arena junto a mí; el suelo estaba cubierto de astillas, y las negras cenizas de la hoguera llenaban de humo el amanecer. Montgomery había quemado los botes para vengarse de mí e impedir mi regreso a la civilización.

Un súbito ataque de ira se apoderó de mí. Estuve a punto de patear su estúpida cabeza mientras yacía indefenso a mis pies. Entonces movió una mano tan débil y lastimosamente que mi rabia se desvaneció. Lanzó un gemido y abrió los ojos un instante.

Me arrodillé a su lado y le ayudé a levantar la cabeza. Volvió a abrir los ojos, mirando en silencio el amanecer, y entonces su mirada se cruzó con la mía. Sus párpados cayeron.

—Lo siento —dijo con gran esfuerzo. Parecía que intentaba pensar—. Es el fin —murmuró—, el fin de este estúpido mundo. ¡Qué desastre!

Yo escuchaba. Su cabeza cayó hacia un lado. Pensé que un trago podría reanimarlo, pero no tenía a mi alcance bebida alguna ni recipiente en que traerla. De pronto su cuerpo me pareció más pesado. Se me heló el corazón.

Me incliné sobre su rostro y metí la mano por el desgarrón de su camisa. Estaba muerto, y mientras moría, una línea al rojo vivo, el limbo del sol, ascendía por levante más allá de la bahía, esparciendo sus rayos por el cielo y transformando el oscuro mar en un torbellino de luz cegadora que glorificaba su rostro contraído por la muerte.

Apoyé su cabeza con suavidad sobre la tosca almohada que había improvisado, y me puse en pie. Ante mí se extendía la radiante desolación del mar, la horrible soledad que tanto me había hecho sufrir; y a mis espaldas, la isla en calma bajo la aurora, con sus Monstruos silenciosos e invisibles. El recinto, con todas las provisiones y la munición, ardía ruidosamente, con súbitas bocanadas de fuego, violentas crepitaciones y algún que otro estallido. La densa humareda ascendía por la playa alejándose de mí y rozando las lejanas copas de los árboles en dirección a las cabañas del barranco. A mi lado descansaban los restos carbonizados de los botes y aquellos cinco cadáveres.

Entonces, de entre la maleza surgieron tres Monstruos de hombros encorvados, cabezas salientes, manos deformes, torpes ademanes y mirada inquisitiva y hostil; los tres avanzaron hacia mí con gestos vacilantes.

Capítulo 20

A solas con los Monstruos

Les hice frente, y en ello iba al mismo tiempo mi destino. Estaba solo, tenía un brazo roto y, en mi bolsillo, un revólver al que le faltaban dos balas. Entre las astillas esparcidas por la playa encontré las dos hachas con las que habían desguzado los botes. La marea subía a mis espaldas.

No me quedaba más remedio que echarle valor. Miré fijamente los rostros de los monstruos que se acercaban. Ellos evitaron mi mirada, y sus hocicos temblorosos husmearon los cadáveres que yacían en la playa a mis espaldas. Avancé unos pasos, recogí el látigo ensangrentado que reposaba junto al cadáver del Hombre Lobo y lo hice restallar.

Se detuvieron y me miraron con extrañeza.

—¡Saludad! —dije—. ¡Inclinaos ante mí!

Vacilaron un instante. Uno de ellos dobló las rodillas. Repetí la orden, con el corazón en un puño, y avancé hacia ellos. Primero se arrodilló uno, luego los otros dos.

Me di la vuelta y caminé hacia los cadáveres, sin quitar la vista de los tres Monstruos arrodillados, como un actor que se retira por el foro sin apartar la vista de su público.

—Quebrantaron la Ley —dije, al tiempo que apoyaba un pie sobre el Recitador—. Por eso han muerto. Incluso al Recitador de la Ley. Y el Hombre del Látigo. ¡Grande es la Ley! Venid a ver.

—No hay escapatoria —dijo uno de ellos, acercándose a mirar.

—No hay escapatoria —dije yo—. Por lo tanto, escuchad y haced lo que os ordeno.

Se pusieron en pie, interrogándose con la mirada.

—Quedaos ahí —dije.

Recogí las dos hachas y las colgué en el brazo en cabestrillo; luego, le di la vuelta a Montgomery, cogí su revólver, al que aún le

quedaban dos balas, y hurgando en su bolsillo encontré seis cartuchos más.

—Lléváoslo —dije, poniéndome otra vez en pie y señalando con el látigo el cadáver de Montgomery—. Lléváoslo de aquí y arrojadlo al mar.

Se acercaron, temerosos todavía de Montgomery, pero más temerosos aún del chasquido de mi látigo ensangrentado, y, tras algunos titubeos, restallidos de látigo y amenazas, lo levantaron con precaución, lo bajaron hasta la playa y se adentraron chapoteando en las relucientes olas.

—¡Venga! —dije—. ¡Adelante! ¡Lléváoslo lejos!

Avanzaron hasta que el agua les llegó a los hombros, se detuvieron y me miraron.

—Soltadlo —dije.

El cuerpo de Montgomery se hundió bruscamente en medio de un gran chapoteo y yo sentí que se me encogía el corazón.

—¡Bien! —dije con un nudo en la garganta.

Entonces corrieron asustados hacia la orilla, dejando largas estelas negras en el agua plateada. Al llegar a la arena se detuvieron y volvieron la cabeza hacia el mar, como si temiesen que Montgomery fuera a resurgir exigiendo su venganza.

—Y ahora éstos —dije, señalando los otros cadáveres.

Se cuidaron mucho de no acercarse al lugar donde habían arrojado a Montgomery y arrastraron los cadáveres unos cien metros por la playa antes de vadear para echarlos al agua.

Mientras observaba cómo se deshacían de los restos mutilados de M'ling, oí un ligero ruido de pasos a mis espaldas, y, volviéndome bruscamente, vi al enorme Cerdo Hiena a unos diez metros de mí. Tenía la cabeza gacha, sus ojos brillantes clavados en mí y sus gruesas manos deformes pegadas al cuerpo. Al volverme cambió su postura de acecho y desvió ligeramente su mirada.

Durante un momento nos miramos fijamente a los ojos. Tiré el látigo y saqué la pistola del bolsillo. Estaba dispuesto, con cualquier pretexto, a matar a aquella bestia (la más temida de cuantas quedaban en la isla). Podrá parecer traicionero, pero ésa era mi intención. Le tenía mucho más miedo a él que a otros dos Monstruos juntos. Su supervivencia, estaba seguro de ello, era una amenaza para la mía.

Hice acopio de valor durante unos segundos. Luego grité:

—¡Saluda! ¡Arrodíllate!

Un gruñido dejó entrever sus colmillos.

—¿Quién eres tú para decirme...?

Quizá un poco precipitadamente, saqué el revólver, apunté y disparé. Le oí gritar, vi que corría y torcía en diagonal; supe que había fallado, y tiré del percutor con el pulgar dispuesto a disparar de nuevo. Pero huía a toda velocidad, saltando de un lado a otro, y no me atreví a errar de nuevo el tiro. De vez en cuando volvía la cabeza para mirarme por encima del hombro. Corrió por la pendiente de la playa y desapareció entre la densa masa de humo que aún salía del recinto en llamas. Me quedé un rato mirándolo. Luego me volví hacia mis tres obedientes Monstruos y les hice una señal para que soltasen el cadáver que transportaban. Entonces regresé junto al fuego, al lugar donde habían caído los cuerpos y removí la arena con el pie hasta que desaparecieron todas las manchas de sangre.

Despedí a mis tres esbirros con un movimiento de la mano y caminé playa arriba hasta adentrarme en la espesura. Llevaba la pistola en la mano y el látigo y las hachas colgadas del cabestrillo. Deseaba estar a solas para reflexionar sobre la situación en la que me hallaba.

Una cosa terrible, de la que apenas comenzaba a darme cuenta, era que no había un solo lugar seguro en toda aquella isla donde descansar y dormir. Había recobrado las fuerzas de un modo sorprendente desde mi llegada a la isla, pero aún era proclive al nerviosismo y me venía abajo ante la adversidad. Pensé que lo mejor sería cruzar nuevamente la isla e instalarme entre los Monstruos confiándoles mi propia seguridad personal. Pero me faltó el ánimo. Regresé a la playa, y, girando hacia el este por delante del recinto en llamas, me dirigí hacia un banco de arena y coral que avanzaba hasta el arrecife. Allí podría sentarme a reflexionar, de espaldas al mar y haciendo frente a cualquier posible sorpresa. Y allí me senté durante un buen rato, la cara entre las rodillas y el sol abrasándome la cabeza. Un temor creciente se apoderaba de mí, pese a lo cual, planeé la manera de sobrevivir hasta la hora de mi rescate (si es que esa hora llegaba). Intenté analizar la situación con la mayor ecuanimidad, pero no podía desprenderme de mis

sentimientos.

Me puse a darle vueltas en la cabeza a la desesperación de Montgomery. «Cambiarán —dijo—. Seguro que cambiarán.» Y Moreau, ¿qué había dicho Moreau? «Su bestialidad es cada día mayor...» Luego volví a acordarme del Cerdo Hiena. Estaba seguro de que, si no mataba a aquella bestia, ella me mataría a mí... El Recitador de la Ley había muerto. ¡Qué desgracia!... Ahora sabían que los Hombres del látigo podían morir igual que ellos...

¿Me estarían espionando desde las masas verdes de helechos y palmeras, esperando a que estuviera a su alcance? ¿Qué estarían tramando contra mí? ¿Qué les estaría diciendo el Cerdo Hiena? Mi imaginación me sumía en un mar de temores infundados.

Mis pensamientos quedaron interrumpidos por los gritos de unas aves marinas, que se precipitaban hacia un objeto negro que las olas habían depositado en la arena, cerca del recinto. Sabía muy bien de qué se trataba, pero me faltó valor para ir a ahuyentarlas. Comencé a caminar por la playa en dirección contraria, con la intención de bordear el extremo oriental de la isla y acercarme así al barranco de las cabañas, sin exponerme a las posibles emboscadas de la selva.

Después de recorrer aproximadamente un kilómetro, advertí la presencia de uno de mis tres Monstruos, que salía de los matorrales en dirección a mí. Las fantasías de mi imaginación me habían puesto tan nervioso que inmediatamente saqué el revólver. Ni siquiera sus gestos suplicantes consiguieron desarmarme.

Se me acercó con vacilación.

—¡Márchate! —le grité.

La actitud asustadiza y servil de aquella criatura era propia de un perro. Retrocedió un poco, como un perro ahuyentado, y se detuvo, mirándome con ojos suplicantes.

—¡Márchate! —repetí—. No te acerques.

—¿No puedo acercarme a ti? —preguntó.

—¡No! Márchate —insistí, haciendo sonar el látigo. Luego, sujetando el látigo con los dientes, me agaché a coger una piedra y, amenazándolo con ella, logré que se alejase.

Así, a solas, llegué hasta el barranco de los Monstruos y, escondiéndome entre las hierbas y los juncos que lo separaban del mar, los observé a medida que iban apareciendo, intentando juzgar por su actitud y sus gestos en qué medida les había afectado la

muerte de Moreau y de Montgomery y la destrucción de la Casa del Dolor. Entonces comprendí el desatino de mi cobardía. Si hubiera tenido el mismo valor que al amanecer, si no hubiera permitido que se disipara en reflexiones solitarias, podría haberme adueñado del cetro vacante de Moreau y dominar a los Monstruos. Pero había perdido la oportunidad, y había descendido al rango de simple líder de mis iguales.

Hacia el mediodía, algunos de ellos se tumbaron al sol sobre la arena caliente. La voz imperiosa del hambre y la sed prevaleció sobre mis temores. Salí de mi escondite entre los matorrales y, revólver en mano, descendí hacia donde estaban sentadas aquellas criaturas. Una de ellas, una Mujer Lobo, volvió la cabeza y me miró con asombro; luego los demás hicieron lo mismo. Ninguno hizo ademán de levantarse o saludar. Estaba demasiado débil y cansado para enfrentarme a tantos, y dejé pasar la ocasión.

—Quiero comer —dije, casi disculpándome, mientras me acercaba.

—Hay comida en las cabañas —dijo un Oso Jabalí medio dormido, volviendo la cabeza hacia otro lado.

Pasé por delante de ellos y me adelanté en la sombra y los hedores del barranco casi desierto. En una cabaña vacía me di un festín de fruta y, tras tapar la puerta con unas ramas medio podridas, me coloqué de cara a ella con la mano sobre el revólver. La fatiga de las últimas treinta horas comenzó a hacerse notar y caí en un ligero sopor, confiando en que mi frágil barricada hiciera bastante ruido como para evitarme cualquier sorpresa desagradable si alguien la quitaba.

Capítulo 21

El salto atrás de los Monstruos

De este modo me convertí en uno más de los Monstruos de la isla del doctor Moreau. Cuando me desperté había anochecido. Me dolía el brazo, a pesar de los vendajes. Me incorporé, preguntándome al principio dónde estaba. Luego vi que la barricada había desaparecido y que la entrada de la cabaña estaba abierta. El revólver seguía en mi mano.

Oí una respiración, y vi algo agazapado a mi lado. Contuve la respiración, intentando averiguar de qué se trataba. «Aquello» comenzó a moverse lenta e interminablemente. Entonces sentí que algo cálido, húmedo y blando me rozaba la mano.

Todos mis músculos se contrajeron. Aparté la mano bruscamente y estuve a punto de dar un grito. Entonces me di cuenta de lo que había pasado y mis dedos continuaron acariciando el revólver.

—¿Quién está ahí? —susurré, apuntando con el revólver.

—Soy yo, Maestro.

—Y ¿quién eres tú?

—Dicen que ya no hay Maestro. Pero yo lo sé. Yo llevé los cuerpos al mar, ¡oh tú que caminas sobre las aguas!, los cuerpos de los que tú mataste. Soy tu esclavo, Maestro.

—¿Eres el que me encontré en la playa? —pregunté.

—El mismo, Maestro.

Aquella criatura parecía de fiar, de lo contrario se habría abalanzado sobre mí mientras dormía.

—Está bien —dije, extendiendo la mano para que me la lamiera otra vez. Comencé a darme cuenta de lo que su presencia significaba para mí, y mi valor creció como la espuma—. ¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Se han vuelto locos, están chiflados —dijo el Hombre Perro—. Siguen hablando todos al mismo tiempo por ahí. Dicen: «El Maestro

ha muerto; el del Látigo ha muerto. El que camina sobre las aguas es... como nosotros. Ya no hay Maestro, ni Látigos, ni Casa del Dolor. Se acabó. Amamos la Ley y la respetaremos, pero ya no habrá más dolor, ni Maestro, ni Látigo.» Eso es lo que dicen. Pero yo sé la verdad, Maestro, yo la sé.

Tanteé en la oscuridad y acaricié la cabeza del Hombre Perro.

—Está bien —volví a decir.

—Y ahora los matarás a todos —dijo el Hombre Perro.

—Sí —contesté—, los mataré a todos; en cuanto pasen unos días y se produzcan ciertos hechos. Todos, menos los que tú perdones, morirán.

—Cuando el Maestro quiere matar algo, lo mata —dijo el Hombre Perro con cierta satisfacción.

—Y para que sus pecados puedan multiplicarse —añadí—, dejemos que vivan su locura hasta que les llegue la hora. Que no sepan aún que yo soy el Maestro.

—La voluntad del Maestro es buena —dijo el Hombre Perro con el instinto de su sangre canina.

—Pero hay uno que ha pecado —dije yo—. A ése lo mataré en cuanto lo encuentre. Cuando te diga *Este es*, abalánzate sobre él. Y ahora iré junto a los hombres y mujeres que están reunidos.

Al marcharse el Hombre Perro, la entrada de la cabaña quedó momentáneamente oscurecida.



Luego también yo me puse en pie, casi en el mismo sitio donde estaba cuando oí a Moreau y a su sabueso persiguiéndome. Pero ahora era de noche, y el barranco miasmático que me rodeaba estaba todo negro, y más allá, en lugar de una verde ladera iluminada por el sol, vi la luz roja de una hoguera ante la que se movían unas figuras grotescas y encorvadas. A lo lejos aparecían los densos árboles, una masa negra bordeada en su parte superior por el negro manto de las ramas más altas. La luna asomaba en ese momento por el borde del barranco, atravesada por las perpetuas columnas de vapor que brotaban sin cesar de las fumarolas de la isla.

—Ven conmigo —le dije, dándome ánimos, y juntos descendimos por el estrecho camino, sin prestar la menor atención a las imprecisas formas que nos espiaban desde las cabañas.

Ninguno de los que estaban junto a la hoguera hizo amago de saludarme. Casi todos fingieron desdeñosamente no darse cuenta de mi presencia. Busqué con la mirada al Cerdo Hiena, pero no estaba allí. Había en total unos veinte Salvajes acuchillados mirando al fuego o hablando entre ellos.

—Está muerto, está muerto, el Maestro está muerto —dijo la voz del Hombre Mono, a mi derecha—. Ya no hay Casa del Dolor.

—No está muerto —dijo yo en voz alta—. Ahora mismo nos está observando.

Esas palabras los sobresaltaron. Veinte pares de ojos me miraron.

—La Casa del Dolor ha desaparecido —dije—, pero sólo momentáneamente. Aunque no podáis ver al Maestro, él os escucha desde allí arriba.

—¡Es cierto, es cierto! —dijo el Hombre Perro.

Mi seguridad les hizo titubear. Los animales pueden ser muy astutos y feroces, pero sólo un hombre es capaz de mentir.

—El Hombre del Brazo Vendado ha dicho algo extraño —dijo uno de los Salvajes.

—Te aseguro que es cierto —dije—. El Maestro y la Casa del Dolor volverán otra vez. ¡Ay de aquel que quebrante la Ley!

Se miraron con extrañeza. Fingiendo indiferencia, comencé a escarbar despreocupadamente el suelo con mi hacha. Me di cuenta de que estaban observando los profundos cortes que yo hacía en la

hierba.

Entonces el Sátiro planteó una duda y yo le contesté. Una de aquellas cosas moteadas hizo otra objeción, y una animada discusión se produjo en torno al fuego. A cada momento me sentía más seguro de mí mismo. Ya no me quedaba sin respiración al hablar, como me había sucedido al principio a causa de la excitación. Al cabo de media hora había convencido a varios Monstruos de la veracidad de mis afirmaciones y había sembrado la duda en los demás.

Estuve pendiente en todo momento de mi enemigo el Cerdo Hiena, pero no apareció. De vez en cuando me sobresaltaba un movimiento sospechoso, pero mi confianza fue renaciendo rápidamente. Luego, a medida que la luna descendía del cenit, los que escuchaban comenzaron a bostezar (mostrando sus dientes a la luz de las brasas) y, uno a uno, se retiraron a las guaridas del barranco. Temeroso del silencio y la oscuridad, me fui tras ellos, pues sabía que estaba más seguro con varios que con uno solo.

Así comenzó el período más largo de mi estancia en la isla del doctor Moreau. Pero desde aquella noche hasta el final sólo ocurrió un incidente digno de relatarse, a excepción de una serie interminable de pequeños detalles desagradables y de un desasosiego constante. De modo que prefiero no hacer una crónica de ese lapso de tiempo y relatar sólo un incidente crucial de los diez meses que pasé en compañía de estos brutos semihumanos. Me dejaría cortar la mano derecha para olvidar muchas cosas que han quedado grabadas en mi memoria y sobre las que podría escribir. Pero no añaden nada a la historia. Mirando hacia atrás, me sorprende al recordar lo pronto que me adapté a las costumbres de estos Monstruos y me gané su confianza. Tuve algunas peleas, de las que aún podría enseñar las mordeduras, pero pronto comenzaron a mostrar un sano respeto hacia mi habilidad lanzando piedras y hacia el filo de mi hacha. Y la ayuda del Hombre Perro —leal como un San Bernardo— fue inestimable para mí. Descubrí que su sencilla escala de valores se basaba más que nada en la capacidad para producir heridas sangrantes. De hecho, podría decir —espero que sin vanidad— que llegué a ocupar una posición preeminente entre ellos. Más de uno al que había malherido en alguna pelea me guardaba rencor, pero normalmente se limitaba a hacerme muecas,

generalmente a mis espaldas y a una distancia prudente de mis misiles.

El Cerdo Hiena me evitaba, y yo estaba siempre alerta a su presencia. Mi inseparable Hombre Perro lo odiaba y lo temía intensamente. Estoy seguro de que esa era la razón de su apego a mí. Pronto me di cuenta de que el Cerdo Hiena había probado la sangre y seguía el mismo camino que el Hombre Leopardo. Construyó una guarida en algún lugar del bosque y se volvió solitario. En una ocasión intenté convencer a los Salvajes para que le diesen caza, pero me faltó autoridad suficiente para que actuaran todos a una. Una y otra vez intenté acercarme a su guarida y sorprenderlo desprevenido, pero siempre fue más rápido que yo y, al verme o sentir mi olor en el viento, tuvo tiempo de escapar. Con sus emboscadas repentinas, él también hacía que los senderos del bosque resultasen peligrosos para mí y para mis aliados. El Hombre Perro apenas se atrevía a separarse de mi lado.



Al cabo de un mes, los Monstruos, comparando con su situación anterior, eran pasablemente humanos, y con alguno de ellos — aparte de mi compañero canino— llegué a portarme de manera tolerante y amistosa. El Perezoso Rosado mostraba un extraño afecto hacia mí, y me seguía a todas partes. El Hombre Mono, sin embargo, me fastidiaba sobremanera. Daba por hecho, fundándose en sus cinco dedos, que era mi igual, y se pasaba el día cotorreando y diciendo las mayores tonterías. Sólo había una cosa en él que me hacía gracia: tenía una fantástica habilidad para inventar nuevas palabras. Al parecer pensaba que la correcta utilización del lenguaje consistía en farfullar palabras sin sentido. A eso le llamaba «grandes ideas», para distinguirlo de las «pequeñas ideas», o sea: los detalles de la vida cotidiana. Cuando hacía un comentario que él no entendía, solía alabarlo mucho y me pedía que lo repitiese para aprenderlo de memoria; luego iba repitiéndolo por todas partes para impresionar a los más ingenuos. No decía nada que fuese sencillo y comprensible. Inventé algunas «grandes ideas» para su uso particular. Ahora me parece que era la criatura más tonta que jamás he conocido: a la necedad característica del hombre unía, de manera prodigiosa, la estupidez natural del mono.

Esto, como digo, sucedió durante las primeras semanas de soledad entre estos brutos. Durante aquel tiempo respetaron las costumbres establecidas por la Ley y se comportaron con moderación. Volví a encontrar otro conejo descuartizado —por el Cerdo Hiena, con toda probabilidad—, pero eso fue todo. Fue hacia mayo cuando empecé a percibir cambios evidentes en su forma de hablar y de moverse, una mayor dificultad de articulación, un creciente desinterés por el lenguaje. El parloteo del Hombre Mono era más intenso que nunca, pero cada vez se hacía menos comprensible, más simiesco. Algunos parecían estar perdiendo la facultad de hablar, aunque comprendían lo que les decía. ¿Puede uno imaginarse el lenguaje, claro y conciso, desdibujándose y embotándose, perdiendo forma y significado, convirtiéndose de nuevo en mero sonido vacío? Además, empezaban a tener serias dificultades para caminar erguidos. Aunque evidentemente les daba mucha vergüenza, de vez en cuando sorprendía a alguno corriendo a cuatro patas, incapaz de recobrar la posición vertical. Sujetaban las cosas con más torpeza, bebían por succión, roían los alimentos y

cada día eran más zafios. Entendí mejor que nunca lo que Moreau me había dicho sobre la «carne testaruda de las bestias». Estaban dando un rápido salto a su primitivo estado.

Algunos de ellos —las primeras, según observé con cierta sorpresa, las hembras— comenzaron a hacer caso omiso de las normas de la decencia (casi siempre deliberadamente). Otras incluso se rebelaron públicamente contra la institución de la monogamia. Era evidente que la Ley estaba perdiendo toda su fuerza a ojos vista. No puedo continuar con este desagradable asunto. Mi Hombre Perro se fue transformando lentamente en perro a secas; poco a poco se fue volviendo más estúpido, más cuadrúpedo y más peludo. Apenas noté la transición de compañero fiel a perro furtivo. A medida que la negligencia y la desorganización se hacían mayores, el camino de las cabañas, ya de por sí desagradable, se me hizo tan repugnante que tuve que abandonarlo, y, atravesando otra vez la isla, me construí un cobertizo de ramas entre las negras ruinas del recinto de Moreau. El recuerdo del dolor que allí habían padecido hacía de aquél un lugar seguro para esconderse de los Monstruos.

Sería imposible detallar paso a paso la degeneración de aquellos Monstruos: contar cómo iban perdiendo día a día los rasgos humanos, cómo se iban deshaciendo de sus trapos y vendas para prescindir por completo de la ropa, cómo empezaba a extenderse el pelo por sus extremidades desnudas, cómo se les hundía la frente y se les alargaba la cara. El solo recuerdo de la intimidad casi humana que había tenido con alguno de ellos durante el primer mes de mi soledad me espantaba.



La transformación se produjo de manera lenta e imparable. No fue una conmoción ni para ellos ni para mí. Todavía estaba seguro entre ellos, porque las sacudidas de aquel deslizamiento descendiente habían liberado la carga de animalidad explosiva que iba apagando día tras día sus características humanas. Pero comencé a temer que esa conmoción se produjese en cualquier momento. Mi San Bernardo me siguió hasta el recinto, y su vigilancia a veces me permitía dormir casi en paz. El pequeño perezoso rosado se volvió asustadizo y regresó a su medio natural entre las ramas de los árboles. Nuestro estado de equilibrio era el mismo que reinaría en una de esas jaulas llenas de animales diversos que exhiben los domadores, si el domador las abandonara para siempre.

Pero estas criaturas no degeneraron en bestias como las que el lector habrá visto en los zoológicos, es decir, en vulgares osos, lobos, tigres, bueyes, cerdos o monos. Seguía habiendo algo extraño en su naturaleza; en cada uno de ellos Moreau había mezclado un animal con otro: uno tenía rasgos principalmente osunos, otro felinos, el de más allá bovinos, pero cada uno de ellos estaba contaminado por otras criaturas, y una especie de animalismo generalizado aparecía bajo sus caracteres específicos. Todavía me sorprendían de vez en cuando algunos rasgos humanos, como la recuperación momentánea del lenguaje hablado, la inesperada habilidad de las patas delanteras o algún penoso intento de caminar erguidos.

También yo debí de experimentar extraños cambios. Mis ropas eran unos andrajos amarillentos, a través de los cuales se veía la piel bronceada. Tenía el pelo larguísimo y enmarañado. Dicen que incluso ahora mis ojos conservan un brillo y una vivacidad inusuales.

Al principio pasaba el día en la playa meridional oteando el horizonte, esperando el paso de un barco y rogando por su aparición. Confiaba en el regreso anual del *Ipecacuanha*, pero nunca llegaba. En cinco ocasiones divisé velas, y vi tres columnas de humo, pero nadie se detuvo en la isla. Tenía siempre una hoguera encendida, pero sin duda se atribuía aquel humo a la naturaleza volcánica de la isla.

Era ya septiembre u octubre cuando empecé a pensar seriamente

en construir una balsa. Por aquel entonces mi brazo ya estaba curado y podía utilizar las dos manos. Al principio me sentía impotente. Jamás había hecho un trabajo de carpintería ni cosa parecida, y me pasaba el día en el bosque, cortando troncos e intentando unirlos entre sí. No tenía cuerdas ni encontraba con qué fabricarlas; las lianas eran muy abundantes, pero ninguna parecía lo bastante flexible y resistente al mismo tiempo, y, con toda mi carga de educación científica, era incapaz de darles la flexibilidad y resistencia necesarias. Pasé más de dos semanas revolviendo entre las ruinas del recinto y en el lugar de la playa donde habían quemado los botes, en busca de clavos y otras piezas de metal desperdigadas que pudieran serme de utilidad. De vez en cuando se acercaba a mirar algún Monstruo, que se alejaba dando saltos en cuanto yo le gritaba. Luego sobrevino una temporada de tormentas y lluvias torrenciales que retrasaron considerablemente mi trabajo, pero al fin la balsa quedó terminada.

Estaba orgulloso de ella. Pero, con esa falta de sentido práctico que siempre ha sido mi ruina, había construido la balsa a más de un kilómetro del mar, y antes de poder arrastrarla hasta la orilla se había hecho pedazos. Tal vez fuera una suerte para mí no haberla botado entonces, pero, en aquel momento, la desesperación por el fracaso era tan grande que durante varios días no pude hacer otra cosa que vagar por la playa, contemplar el mar y pensar en la muerte.

Pero no tenía la menor intención de morir, y ocurrió un incidente que me hizo ver con claridad la insensatez de dejar pasar así los días, pues los Monstruos eran cada vez más peligrosos. Estaba tumbado a la sombra del muro del recinto, mirando al mar, cuando de pronto me sobresaltó el contacto de algo frío en el talón, y, volviéndome bruscamente, vi al Perezoso que me miraba con asombro. Hacía tiempo que había perdido el habla y la capacidad de desplazarse con facilidad; su pelo lacio se hacía cada día más espeso y sus gruesas garras más ganchudas. Al ver que había llamado mi atención, lanzó un pequeño gemido, regresó hacia la maleza y se volvió para mirarme.

Al principio no lo comprendí, pero luego se me ocurrió que a lo mejor quería que lo siguiera; entonces fui tras él, muy despacio, porque hacía mucho calor. Al llegar a los árboles comenzó a trepar

por uno de ellos, pues se desplazaba mejor a través de las lianas que por la tierra firme.

De repente, en un claro del bosque, me encontré una escena espantosa: mi San Bernardo yacía muerto en el suelo, y junto a él, agazapado, estaba el Cerdo Hiena, desgarrando la carne palpitante con sus deformes garras; mordisqueándola y gruñendo con deleite. Al acercarme, el Monstruo levantó hacia mí sus ojos amenazadores, echó hacia atrás los labios mostrando sus dientes ensangrentados, y rugió con aire desafiante. No tenía miedo ni sentía vergüenza; había desaparecido el último vestigio de su procedencia humana. Avancé un paso, me detuve y saqué mi revólver. Por fin estábamos frente a frente.

El animal no hizo amago de retroceder, sino que echó hacia atrás las orejas, se le erizó el pelo y encogió su cuerpo disponiéndose a saltar. Le apunté al entrecejo y disparé. En ese momento aquella bestia se abalanzó sobre mí de un salto y me derribó como si fuera un bolo. Intentó agarrarme con su mano herida y me golpeó la cara. Quedé atrapado bajo la parte posterior de su cuerpo, pero, por fortuna, el disparo había sido certero y la bestia murió mientras saltaba.



Me lo quité de encima y me puse en pie, temblando, mirando asustado su cuerpo palpitante. Por fin había pasado el peligro. Pero yo sabía que aquel no era sino el comienzo de una larga serie de incidentes.

Quemé los dos cadáveres en una pira hecha con ramas. Ahora veía con claridad que, si no abandonaba la isla, mi muerte sería sólo cuestión de tiempo. Por aquel entonces los Monstruos, con alguna que otra excepción, habían abandonado el barranco y habían construido guaridas, cada cual a su manera, entre la maleza. Casi todos pasaban el día durmiendo, y la isla le habría parecido desierta a cualquier recién llegado; pero de noche el aire se poblaba con sus gritos y sus aullidos. Se me pasó por la cabeza la idea de hacer una masacre, tendiendo trampas o atacándolos con mi cuchillo. Si hubiera tenido cartuchos suficientes, no habría vacilado en comenzar la matanza. No debían de quedar más de veinte carnívoros, y los más feroces ya habían muerto. Tras la muerte del pobre perro, mi último amigo, también yo adopté la costumbre de dormir durante el día para estar alerta por la noche. Reconstruí mi guarida entre las ruinas del recinto, dejando una entrada tan estrecha que cualquiera que intentase traspasarla tendría que hacer mucho ruido. Los Monstruos habían olvidado el arte del fuego y sentían hacia él un renovado temor. Me puse de nuevo, casi apasionadamente, a ensamblar ramas y estacas para construir una balsa en la que poder huir.

Topé con mil dificultades. Soy un hombre muy torpe —cuando terminé mis estudios aún no se había adoptado el método Slöjd— pero de una forma o de otra, y no sin complicaciones, logré satisfacer las exigencias de mi obra, y esta vez me preocupé principalmente de su solidez. El único obstáculo insalvable era que no tenía ningún recipiente donde almacenar el agua, tan necesaria para navegar por aquellos mares poco frecuentados. Habría intentado hacer uno de cerámica, pero en la isla no había arcilla. Me dediqué a rastrear la isla, poniendo todo mi empeño en resolver esta última dificultad. En ocasiones sufría violentos estallidos de ira y, en esos momentos de intolerable agitación, derribaba a hachazos el tronco de algún infortunado árbol, sin por ello hallar una solución.

Entonces llegó un día, un maravilloso día, que pasé en completo

éxtasis. Hacia el sudeste divisé una vela, una vela minúscula como la de una goleta pequeña, y al momento encendí una gran hoguera de ramas, y me quedé junto a ella, vigilando, a pesar del calor del fuego y el calor del sol de mediodía. Observé aquella vela durante todo el día, sin comer ni beber nada, hasta tal punto que la cabeza empezó a darme vueltas; los Monstruos se me acercaban, me miraban con asombro y luego se marchaban. El barco aún estaba lejos cuando desapareció en la oscuridad de la noche; yo trabajé con ahínco toda la noche para mantener mi fuego vivo, y sus llamas se elevaban altas y brillantes mientras los ojos maravillados de los Monstruos brillaban en las tinieblas. Al alba, la embarcación estaba más cerca, y pude distinguir la vela sucia de una pequeña embarcación. Tenía la vista fatigada tras tantas horas de observación, y, aunque me esforzaba por ver con claridad, no podía creer lo que estaba viendo. Había dos hombres sentados en la barca, uno en la proa y el otro al timón. Pero el barco navegaba de un modo extraño. La proa no se mantenía al viento sino que iba dando guiñadas.

Cuando clareó el día, me puse a hacerles señas agitando el último jirón de mi chaqueta; pero no me vieron y continuaron sentados uno frente a otro. Fui hasta la punta del promontorio, gesticulando y gritando sin obtener respuesta, mientras el barco continuaba sin rumbo fijo, acercándose lenta, muy lentamente, a la bahía. De repente, sin que ninguno de los dos hombres hiciera el menor movimiento, un enorme pájaro blanco alzó el vuelo desde el bote, describió un círculo y pasó volando por encima de mi cabeza con sus poderosas alas extendidas.

Entonces dejé de gritar, me senté en el promontorio y, apoyando la barbilla entre las manos, continué mirando aquella extraña embarcación. Despacio, muy despacio, el barco derivaba hacia el oeste. Podría haber nadado hasta alcanzarlo, pero una especie de temor inconcreto me retuvo. Por la tarde, la corriente lo arrastró hasta la arena, a unos cien metros al oeste del recinto en ruinas.

Los hombres que la ocupaban estaban muertos, llevaban muertos tanto tiempo que se cayeron a pedazos cuando intenté sacarlos. Uno de ellos tenía una melena roja como el capitán del *Ipecacuanha*, y en el fondo del barco había una gorra blanca, muy sucia. Mientras yo estaba junto al bote, tres de los Monstruos

salieron sigilosamente de la maleza y se me acercaron olfateando. Al verlos sentí uno de mis arrebatos de asco. Empujé la embarcación con todas mis fuerzas para refloatarla y subí a bordo. Dos Hombres Lobo se acercaban con hocicos temblorosos y ojos relucientes; el tercero era aquel indescriptible horror, mezcla de toro y oso.

Cuando vi que se acercaban a aquellos restos miserables lanzándose gruñidos amenazadores y mostrando sus dientes blancos, un espantoso horror sucedió a mi repulsión. Les di la espalda, recogí la vela y me hice a la mar sin atreverme a mirar atrás.

Aquella noche me mantuve entre los arrecifes y la isla, y a la mañana siguiente volví al arroyo para llenar de agua el barril que había encontrado en la barca. Luego, con toda la paciencia de que fui capaz, recogí algunas frutas y cacé dos conejos con mis tres últimos cartuchos. Mientras tanto, había dejado el bote amarrado a un saliente del arrecife por temor a los Monstruos.

Capítulo 22

El hombre solo

Zarpé al llegar la tarde, empujado lenta y constantemente por una suave brisa del sudoeste. La isla se hacía cada vez más pequeña, y la delgada espiral de humo se veía ya como una fina raya sobre la cálida puesta de sol. El océano se alzó a mi alrededor, borrando de mi vista aquella mancha oscura. La luz, fugitiva gloria del sol, comenzó a desaparecer del cielo como una cortina luminosa, y por fin pude mirar el inmenso abismo azul que el sol ocultaba, y observar las huestes flotantes de estrellas. El mar estaba en silencio, el cielo estaba en silencio; yo estaba a solas con la noche.

Navegué a la deriva durante tres días, sin apenas comer ni beber, pensando en todo lo que me había sucedido, y sin demasiados deseos de volver a ver a nadie. Llevaba puestos unos harapos y mi pelo era una maraña oscura. Sin duda, mis descubridores me tomaron por loco. Es extraño, pero no sentía ningún deseo de regresar a la civilización. Me alegraba únicamente de verme libre de la vileza de los Monstruos Salvajes. Al tercer día fui rescatado por un bergantín que hacía la ruta entre Asia y San Francisco. Ni el capitán ni el piloto dieron crédito a mi relato, pues pensaron que la soledad y el peligro me habían trastornado. Ante el temor de que su opinión contagiase a otros, me abstuve de proseguir el relato de mi aventura, fingiendo no recordar nada de lo que me había sucedido desde la pérdida del *Lady Vain* hasta el momento de mi rescate, es decir, durante un año.

Tuve que actuar con la mayor prudencia para apartar de mí la sospecha de la locura. Me atormentaban los recuerdos de la Ley, de los dos marinos muertos, de las emboscadas en la oscuridad, de aquel cuerpo en el mimbreral... Por extraño que parezca, mi regreso a la civilización, en lugar de darme la confianza y tranquilidad que yo esperaba, acrecentó la inseguridad y el temor

que había experimentado durante mi estancia en la isla. Resultaba casi tan insólito para los hombres como lo había sido para los Monstruos. Tal vez se me había pegado algo de la ferocidad de mis compañeros.

Dicen que el terror es una enfermedad; sea como fuere, puedo dar fe de que, desde hace ya varios años, se ha apoderado de mí el desasosiego; un desasosiego comparable al de un cachorro de león a medio domesticar. Mi trastorno adquirió una forma muy extraña. No lograba quitarme de la cabeza la idea de que los hombres y mujeres que conocía eran otros Monstruos pasablemente humanos, animales con forma de persona, y que en cualquier momento podían comenzar a transformarse, a mostrar este o aquel síntoma de su naturaleza bestial. Pero he confiado mi caso a un hombre inusualmente capaz, un hombre que había conocido a Moreau y parecía dar cierto crédito a mi historia, un psiquiatra que me ha ayudado mucho.

Aunque supongo que el terror de aquella isla no me abandonará nunca, a veces se oculta en lo más recóndito de mi mente: una nube lejana, un recuerdo, una tenue desconfianza; pero hay momentos en que la nubecilla se extiende y oscurece todo el cielo. Entonces miro a la gente que me rodea y el miedo se apodera de mí. Veo unos rostros resplandecientes y animados, otros sombríos o peligrosos, otros inseguros, insinceros; ninguno que tenga la autoridad reposada de un alma sensata. Me da la impresión de que el animal se está apoderando de ellos, de que en cualquier momento la degradación de los isleños va a reproducirse a gran escala. Sé que todo eso es una ilusión, que esos hombres y mujeres son seres perfectamente normales, llenos de sentimientos humanos y de ternura, libres del instinto, en lugar de esclavos de una Ley fantástica: seres diametralmente opuestos a los Monstruos. Sin embargo, me asusta su presencia, sus miradas curiosas, sus preguntas y su insistencia, y ansío estar a solas lejos de ellos.

Por esa razón vivo cerca del campo, y puedo refugiarme en él cuando esta sombra se cierne sobre mi alma. Qué agradable es entonces el campo solitario, bajo las nubes llevadas por el viento. Cuando vivía en Londres, el terror era casi insoportable. No podía olvidarme de la gente: sus voces entraban por las ventanas, las puertas eran una endeble protección. Caminaba por las calles para

combatir mi alucinación: mujeres entrometidas me acosaban con su griterío, hombres furtivos y voraces me miraban con envidia, obreros pálidos y agotados —los ojos cansados y el paso ansioso como ciervos heridos— pasaban tosiendo a mi lado, ancianos encorvados y taciturnos murmuraban para sus adentros, y un tropel de niños se burlaba descaradamente de mí. Entonces me refugiaba en una capilla, e incluso allí —tal era mi desasosiego— me parecía que el cura farfullaba incongruencias como el Hombre Mono; o en una biblioteca, donde aquellos rostros concentrados en los libros parecían fieras al acecho. Particularmente nauseabundas eran las caras vacías e inexpresivas de la gente que viajaba en los trenes y ómnibus; me recordaban tanto a los muertos que sólo me atrevía a viajar cuando estaba seguro de que yo era el único pasajero. Ni yo mismo parecía un ser normal, sino un animal atormentado que quisiera vagar para calmar algún trastorno del cerebro, como una oveja enferma de modorra.

Pero, gracias a Dios, este estado de ánimo es cada vez menos frecuente. Me he alejado del caos de las ciudades y las multitudes, y me paso el día rodeado de libros doctos, ventanas llenas de luz en esta vida iluminada por las almas resplandecientes de los hombres. Veo a pocos extraños, y mi servicio doméstico es muy reducido. Dedico los días a la lectura y a los experimentos de química, y paso muchas noches claras en el laboratorio de astronomía. El brillo de las estrellas me produce, aunque no sepa cómo ni por qué, una sensación de paz y seguridad infinitas. Creo que es allí, en las vastas y eternas leyes de la materia, y no en las preocupaciones, los pecados y los problemas cotidianos de los hombres, donde lo que haya en nosotros de superior al animal debe buscar el sosiego y la esperanza. Sin esa ilusión no podría vivir. Y de esta manera, en la esperanza y la soledad, concluye mi historia.

Edward PRENDICK



Glosario

Aparejo de fuerza: Arboladura, velamen y jarcias de las embarcaciones a vela.

Bauprés: Palo grueso, aproximadamente horizontal, que sobresale de la proa de los barcos de vela y al que se aseguran los estayes del trinquete.

Batayola: Barandilla situada a lo largo de los pasamanos y alrededores de las cubiertas de los castillos y superestructuras del buque.

Bitácora: Especie de armario o caja cilíndrica en que se pone la brújula y que contiene los compensadores y las lantías del alumbrado. Está cerrada por una ventana o casquete de cobre con ventana de cristal que la resguarda de agua, polvo, etc.

Botavara de mesana: Palo horizontal apoyado en el mástil al cual se sujeta la vela cangreja.

Coronamiento de popa: Parte de la borda que corresponde a la popa del buque.

Cuadernas: Cada una de las piezas curvas que, arrancando de la quilla, forman la armadura del barco.

Chinchoro: Barco de remos muy pequeño; por ejemplo, la lancha menor de las que llevan a bordo los barcos.

Dar guiñadas: Desviarse bruscamente la proa del barco a un lado y a otro de la dirección de marcha.

Escala de cámara: Escalera que conduce a los camarotes o el salón situados bajo la cubierta.

Escota: Cabo que sirve para cazar las velas, o sea, para templarlas y tensarlas de manera que reciban bien el viento.

Estay: Palo que sujeta la cabeza de un mástil al pie del inmediato y en dirección a proa. Toma el nombre del palo al que afianza.

Goleta: Barco velero de dos o tres palos, ligero y de bordas poco elevadas.

Lantía de bitácora: Linterna para iluminar la bitácora. Antiguamente se utilizaban lamparillas de aceite para poder ver de noche el rumbo señalado por la aguja de marear; las modernas bitácoras están iluminadas mediante lámparas eléctricas que proyectan su luz sobre la rosa del compás, facilitando así las observaciones.

Maricangalla: Ala que se alargaba en la vela cangreja.

Motón: Caja ovalada que lleva una abertura (cajera) donde va colocada la roldana, que gira sobre un perno fijo a las paredes laterales de la caja, llamadas quijadas.

Obenque de mayor: Cada uno de los palos gruesos que sujetan un palo o mastelero desde su cabeza a la mesa de guarnición o cofa correspondiente, por una y otra banda, y le permiten resistir los esfuerzos transversales a que está sometido.

Pairo: Modo de estar a la capa, en que el buque permanece quieto con las velas tendidas y largas las escotas.

Palo de mesana: Mástil que está más a popa en un buque de tres palos.

Pallette: Especie de estera o tejido en forma de faja más o menos ancha, que se hace a bordo con meollar y sirve para forro y defensa de ciertas partes u objetos expuestos al roce de cabos, cables, perchas, velas, etc.

Pecio: Barco u objeto abandonado en el mar.

Sotavento: Costado de la nave opuesto a barlovento, o sea, opuesto al lado de donde viene el viento.

Vela cangreja: Vela de cuchillo, de forma trapezoidal, que va envergada por su relinga superior a una percha oblicua y por el pujamen a la botavara.

Apéndice [15]

Los anhelos de un escritor

En los últimos días de 1894, un joven de veintiocho años, hasta entonces poco conocido, y que, sin embargo, alcanzaría la fama como extraordinario cronista de hechos imaginarios, pero posibles, llamado Herbert George Wells, antiguo alumno de la Normal School of Science de South Kensington, le escribía a su amiga Elizabeth Healey en los siguientes términos:

«Le interesará saber que nuestro antiguo relato *Chronic Argonauts*, aparecido en el *Science Schooll Journal*, ha llegado a ser una novela, que será publicada por entregas en la *New Review*[16] durante el próximo mes de enero. Es el mayor de todos los triunfos que poseo, y si no descuella todo lo que de ella espero, sabré el lugar que me corresponde ocupar en todo lo que me queda de carrera[17].»

Afortunadamente para nosotros, Wells no aguardaría a que ese relato desarrollado y ampliado, que daría lugar a su primera novela, una de las más conocidas, *La máquina del tiempo*, le fuera publicado, sino que comenzó a trabajar en un cuento, especie de fábula, como casi todas sus obras, que acontece en una isla alejada de la civilización y de sus leyes.

La gestación de una novela

Una obra
«grotesca
teológica»

Aquel cuento también se convertiría en una novela, *La isla del*

Dr. Moreau, publicada en 1896. En el prólogo a la edición *Atlantic*[18] de la misma, Wells dice de ella, recordando quizá el desafío prometeico representado por el Dr. Frankenstein, personaje principal de la obra de Mary Shelley, que muy posiblemente ha estado presente en su concepción, que se trata de una obra del género «grotesco teológico[19]», lo que, además, si comparamos esta expresión, por él utilizada a guisa de aclaración, con el subtítulo que figura en otra de sus obras, *El hombre invisible*, de 1897: «una novela grotesca[20]», resulta ser un juego de palabras.

*La
influencia de
T H. Huxley*

Para Wells, que había asistido a las clases del darwinista Thomas Henry Huxley, deán de la Normal School of Science de South Kensington, lo interesante no era la ciencia en sí, sino las lejanas fronteras a que podía llevar al hombre, así como las distintas maneras mediante las cuales podría realizarse su evolución. Como dice Robert Crossley: «Huxley es la Musa invocada con más frecuencia por Wells en las obras de ciencia ficción de sus primeros años y, más especialmente, en *La máquina del tiempo* y en *La isla del Dr. Moreau*[21].»

Lovat Dickson, uno de los biógrafos de Wells, apunta que *La isla del Dr. Moreau* fue inspirada por el ciclo de conferencias que, con el título de *Evolución y ética*, había sido impartido por Huxley en la Universidad de Oxford, y en donde se abría paso, de manera vehemente e irresistible, la idea fuerza de que el proceso cósmico de la evolución se hallaba «repleto de maravillas, de belleza, de dolor», puesto que «el sufrimiento es la divisa de toda la tribu de los seres que sienten, siendo en el hombre en donde alcanza su mayor grado»[22]. Así pues, el progreso ético no debía imitar el proceso cósmico, sino, más bien, combatirlo.

En la novela, *Moreau*, al infligir dolor a los animales, durante el proceso que, según la aplicación de las palabras de Huxley, les impulsa hacia lo humano —curiosamente, y para hacernos recordar estos orígenes huxleyanos, Wells dará el nombre de «Casa del

Dolor» al lugar en el que ocurren sus siniestros experimentos, en donde sus criaturas «nacen» a la vida humana— consigue, indudablemente, un progreso evolutivo, pero también una regresión ética [23].

El argumento de *La isla del Dr. Moreau* obsesionó tanto a Wells que acabó por invertir en él todo su tiempo, al punto que, en febrero de 1895, con su escaso dinero agotado por la dedicación a *Moreau*, no tuvo otra salida que volver al periodismo, aunque ello no supuso que abandonara la novela:

«Comencé el mendigo de nuevo, desde la primera página, y lo puse en pie, de manera completamente diferente y mucho mejor escrito. De entonces a esta parte le he dado muchas vueltas y aún dista mucho de lo que debe ser [24].»

Pero, una vez solventada la manera de llevar su novela a feliz término, le quedaba a Wells otra tarea, igualmente ardua: la de encontrar un editor que quisiera publicarla.

La máquina del tiempo, *El bacilo robado*, *La visita maravillosa* y *Conversaciones escogidas con un tío, ya fallecido*, habían recibido la favorable acogida de críticos de la talla de Edmund Gosse, Arthur Waugh y Robertson Nicholl, que hicieron las correspondientes recensiones en prestigiosas publicaciones, como *The Sunday Times* o *The Observer*, lo que, para Wells, que hasta entonces sólo se había dedicado a actividades de tipo docente y al periodismo, escribiendo algún que otro libro de texto, suponía el comienzo de ese éxito que, desde aquel momento, le acompañaría durante el resto de su vida.

Así pues, no resulta exagerado decir que fueron la fama (y el volumen de ventas) de sus dos novelas *La máquina del tiempo* y *La visita maravillosa* las que inducirían al editor londinense William Heinemann a decidirse a publicar, a finales de 1896, *La isla del Dr. Moreau*, que si bien no le supuso a su autor tanto beneficio económico como las dos anteriores, ya que su argumento produjo (y aún produce) cierto desasosiego a lectores, críticos y editores, sí que le sirvió, en cambio, para consolidar su fama de escritor de novelas impactantes y poco usuales.

Técnica literaria, ciencia y evolución

La técnica literaria de Wells es relativamente simple y se resume diciendo que el protagonista principal, que suele ser el narrador, presenta determinados hechos a la consideración del lector, de tal suerte que la profundidad dramática de los personajes sufre cierto detrimento, en beneficio de la claridad expositiva de la trama argumental.

Sin embargo, Wells va a servirse de una técnica, más bien recurso ideológico, que escapa del marco de lo narrado y que no será otra cosa que «la realización válida de alguna posibilidad dejada de lado, de tal modo que se comenten las seguridades falsas y la fatua autosatisfacción de la vida cotidiana [25]».

Dicho de otro modo, Wells intentará, en toda su obra de ficción, que reconsideremos los caminos u opciones que la humanidad, o quizá, más bien, el hombre occidental, ha abandonado, o que nunca ha tenido en cuenta, utilizando como vehículo ideal de esta empresa al científico/aventurero, movido por su inquebrantable — y, en ocasiones demoníaco— amor a la ciencia que, como su contemporáneo, el superhombre nietzscheano, intenta situarse más allá del bien y del mal:

«La ciencia no es sino una cerilla que el hombre acaba de encender. Pensó éste encontrarse en una habitación —en sus momentos de devoción en un templo— y que su luz volvería a él, tras iluminar paredes inscritas de secretos maravillosos y columnas grabadas con sistemas filosóficos, obtenidos en plena armonía. Resulta una sensación curiosa, ahora que ya ha terminado el chisporroteo preliminar, y la llama arde con claridad, mirarse las manos, tener un vislumbre del propio cuerpo y del lugar en donde uno se encuentra de pie, y ver a nuestro alrededor, en vez de todo aquel bienestar y aquella belleza anticipada, oscuridad» [26].

*Similitud con
Lovecraft*

Al igual que Lovecraft, quien poseía un análogo rigor científico que, sin embargo, no deja traslucir en sus relatos, por lo general de trasfondo mitológico-ocultista, aunque con conexiones evolucionistas, Wells no se deja engañar por perspectivas optimistas cuando intenta divisar el futuro del género humano. La perfectibilidad del mismo no constituye para él ningún apriorismo, en lo que, una vez más, se mostraba acorde con T. H. Huxley, quien ya había previsto la posibilidad de una regresión, o de la alteración de la cadena evolutiva, por obra del hombre: sería factible la obtención de formas vivientes de complejidad decreciente, recorriendo *à rebours* el camino de la evolución, hasta llegar a su estadio inicial, lo que supondría el final de la vida sobre la Tierra, ya que el siguiente estadio correspondería al inorgánico, no vivo. Según apunta Darko Suvin[27], Wells ya había escrito en 1885 un interesante ensayo, *Pasado y futuro de la raza humana (Past and Future of the Human Race)*, que anticipa las ideas catastrofistas de otras obras como *El descubrimiento del futuro (The Discovery of the Future)*, *El futuro de América (The Future in America)*, de 1906, o *El jugador de croquet: un relato (The Croquet Player: A Story)*, de 1936. Es, precisamente, en la última de las indicadas donde habla de la posible llegada, en un futuro, de las bestias primigenias de la humanidad, idea que el biólogo Dougal Dixon[28] ha tenido en cuenta en varios de sus libros.

Análisis de *La isla del Dr. Moreau*

Como resultado de un naufragio, Edward Prendick llega a la isla del Dr. Moreau, «un eminente fisiólogo, conocido en los círculos científicos por su extraordinaria imaginación y su franqueza brutal en las discusiones», como se lee en el Capítulo 7. Ya desde un principio, el lector tiene la sensación de que hay algo, en lo que lleva leído, que no encaja dentro de los usuales límites de la «normalidad»: «Es antinatural —respondí—. Hay algo en él... [...] Tiene un toque... diabólico», son las palabras de Prendick, al referirse, en el Capítulo 8, a uno de los habitantes de la isla. Y esta sensación se verá confirmada en el capítulo siguiente: «Entonces vi que se trataba de un hombre que caminaba a cuatro patas, ¡como

un animal!» La descripción que Prendick hace de las criaturas de Moreau concuerda con la que se podía hacer por aquel tiempo, a finales del siglo XIX, de los posibles antecesores del hombre, el *Pliopithecus*, el *Dryopithecus* o el *Paidopithecus*, descubiertos, respectivamente, en 1849, 1865 y 1895, ya que el *Australopithecus*, y con él la hipótesis de ser uno de nuestros ilustres antepasados, no sería hallado hasta bien entrado el siglo XX[29]: «Rostro ancho, de facciones marcadas, sin mentón, de frente huidiza y, en la cabeza, un poco de pelo, ralo e hirsuto.» En este mismo Capítulo, el 9, tenemos una pista de su posible origen: «Las tres criaturas [...] eran humanas y, sin embargo, su parecido con un animal era asombroso. [...] ...cada una de aquellas criaturas revelaba en sus movimientos, en la expresión de su rostro, en toda su presencia, un parecido irresistible con un cerdo: llevaba impresa la inconfundible marca de la bestia.»

En esta última descripción puede estar presente el simbolismo del cerdo, como animal impuro del judeocristiano[30], o como animal en el que se transforman los compañeros de Ulises, gracias a la operación mágica de Circe, operada en la rapsodia X de la *Odisea*, y que, probablemente, proveerá de uno de sus más importantes elementos al bestiario fantástico de otro escritor británico. Me refiero, ciertamente, a William Hope Hodgson y a su obra, de 1908, *La casa en el confín del mundo* (*The House on the Borderland*), y, en ella, a los seres porcinos que embrujan sus páginas y acechan al Recluso, cronista y principal protagonista de la misma, y que motivarán un estudio de su simbolismo sexual, en un excelente estudio de Sid Birchby[31], ya clásico.

El lector de *La isla del Dr. Moreau* deberá aguardar hasta el Capítulo 11 para caer en la cuenta, por indicación de Prendick, de que «¡Las criaturas que yo había visto eran víctimas de algún espantoso experimento!». Debe añadirse que, en esta especie de iniciación que para Prendick supone la estancia en la isla, en busca de la verdad, como es usual, antes de conocer y comprender los misterios de la divinidad (Moreau) escuchará su ley, salmodiada, en el Capítulo 12, por el Recitador de la Ley:

«—No caminarás a cuatro patas, *esa* es la Ley. ¿Acaso no

somos Hombres?

—No sorberás la Bebida, *esa* es la Ley. ¿Acaso no somos Hombres?

[...]

—*Suya* es la Casa del Dolor.

—*Suya* es la Mano que crea.»

*Los misterios
de Moreau*

Será en el Capítulo 14 en donde Moreau explique sus *misterios*: el proceso de creación de sus *humanimales*. Hay en sus palabras un eco de las de Huxley, cuando hablaba del dolor asociado a la evolución: «Había oído algunos gritos de esos que tanto le molestaron a usted.»

Pero, a pesar de la cirugía de Moreau, que opera sobre los tejidos, glándulas, aparatos y sistemas de los animales para conseguir en ellos un atisbo de humanidad, «Primero un rasgo animal, luego otro, salen a la superficie y me observan atentamente... Pero lo conseguiré. Cada vez que sumerjo a un ser en las ardientes aguas del dolor me digo: “Esta vez acabaré por completo con el animal, esta vez haré una criatura racional de mi propia invención.” Al fin y al cabo, ¿qué son diez años? El hombre lleva cien mil en la creación. [...] Temen esta casa y me temen a mí. Lo que allí hay es una especie de parodia de la humanidad. [...] Hay algo a lo que llaman Ley. [...] ...incluso se casan. [...] ...y sólo encuentro el alma de las bestias, bestias perecederas [...]. Y, sin embargo, son extrañas, complejas, como todo ser vivo.»

Con estas palabras de Moreau, Wells está haciendo una velada crítica a la sociedad de los hombres, que se hará explícita en el último capítulo de la obra.

Pero sigamos. La sociedad de los hombres-bestia, o *humanimales*, no es estable, ya que, como se dice en el Capítulo 15: «Tenían descendencia, pero, por lo general, los hijos morían.»

Anteriormente se recordó que Wells había definido esta obra como perteneciente al género «grotesco teológico[32]». Y estaba en lo cierto. Obsérvense, como constatación de lo dicho, las primeras

palabras del Capítulo 17, que hacen referencia al deseo de Prendick de «alejarme de aquellas horribles caricaturas de la imagen de mi Hacedor», y, por si fuera poco, el comentario que, en el Capítulo 15, se hace del uso de la religión de Moreau: «En realidad, estaban hipnotizados, les habían inculcado que ciertas cosas son imposibles y otras estaban prohibidas, y estas prohibiciones estaban implícitas en sus mentes, anulando todo intento de desobediencia o litigio.»

*La religión
de Moreau*

Tras el asesinato de Moreau, las circunstancias obligarán a Prendick a utilizar, en beneficio propio, la religión creada por el científico, que aderezará, convenientemente, con sus propias creencias cristianas, en particular, las que hacen referencia a la resurrección, transfiguración y ascensión al cielo de Jesucristo [33]. El pasaje del Capítulo 18 resulta, ciertamente, grotesco:

«—Está muerto —dijo una voz profunda y vibrante.

—No está muerto; no está muerto —farfulló otra.

—Lo hemos visto, lo hemos visto —insistieron varias voces...

[...]

—¡Hijos de la Ley! ¡Él *no* ha muerto!

M'ling volvió su intensa mirada hacia mí.

—Ha cambiado de forma. Ha cambiado de cuerpo —continué—. Durante algún tiempo no lo veréis. Está... allí —y señalé hacia lo alto—, y desde allí os vigila. Vosotros no lo veis, pero él sí os ve a vosotros. Respetad la Ley.»

Pero su religión no resulta tan convincente como la de Moreau, por lo que cuando, en el Capítulo 20, Prendick insta a un *humanimal*, en aquel caso una hiena-cerdo, a que le obedezca, éste le replicará con sorna: «¿Quién eres tú para decirme...?»

*Crítica a la
sociedad*

Para Wells, la figura de Prendick supone una crítica a la sociedad victoriana de su tiempo, que se complace con el autoengaño y cuya conciencia se acomoda según las circunstancias. Por eso, Wells intenta que Prendick consiga «despertar» a esa otra realidad, lo que conseguirá al final de la obra, después de sufrir — ¡cómo no!— un gran dolor, representado por las privaciones a que se verá sometido en los últimos momentos de su estancia en la isla y el quebrantamiento de todas sus convicciones morales.

Pero antes Prendick se preocupa por la suerte de los *humanimales*; para él, la aceptación de la Ley de Moreau los ha llevado a la infelicidad, como podemos apreciar en el Capítulo 16:

«¡Pobres bestias! Empezaba a comprender el aspecto más vil de la crueldad de Moreau. [...] Antes, todos aquellos Monstruos habían sido bestias, con todos sus instintos perfectamente adaptados a su entorno, y eran felices como cualquier ser vivo. Ahora habían topado con los grilletes de la humanidad y vivían en constante temor, atormentados por una Ley que no acertaban a comprender. Su remedo de existencia humana comenzaba con una terrible agonía y continuaba con una larga lucha interior, un constante temor de Moreau. Y todo ¿para qué? Era precisamente la crueldad de todo ello lo que me exaltaba.»

Pero estas buenas ideas, tan civilizadas y humanitarias, se vuelven oportunistas cuando, después de la muerte de Moreau, Prendick se pregunta, en el Capítulo 20, si no debería haberse aprovechado de la situación:

«Entonces comprendí el desatino de mi cobardía. Si hubiera tenido el mismo valor que al amanecer [...] podría haberme adueñado del cetro vacante de Moreau y dominar a los Monstruos.»

*Enfrentamiento
entre la*

Ya estamos llegando al final de la obra. Se impone, pues, una síntesis de su crítica. Podría decirse, siguiendo a grandes rasgos el modelo teórico que Darko Suvin expusiera en un reciente artículo[34], que las aguas marinas separan a dos dominios *no conexos* entre sí, que son dos islas: la de Gran Bretaña, símbolo del mundo civilizado, y la de Moreau. En cada uno de estos dominios se definen unas leyes: las de la civilización occidental, de raíces judeo-cristianas, en el primero, y la Ley de Moreau, darwinista, evolucionista y, diríamos, amoral, en el segundo. Ambas definen, implican, o son el resultado de sus respectivos *campos de fuerzas*, que, en el contexto de la narración, interaccionan, como es usual, entre sí, lo que origina el conflicto entre Prendick y Moreau, por un lado, y entre humanos y *humanimales* por otro. Obsérvese que, en su origen, ambas leyes tienen un análogo proceso formador de dolor: el daño que Moreau causa a sus criaturas al intentar darles una dimensión humana recuerda el del castigo divino que hace que el hombre, al abandonar el Edén y entrar en «este valle de lágrimas», deba «ganar el pan con el sudor de su frente». Así pues, esta analogía en los campos de fuerzas de estos dos dominios, *topológicamente análogos*, y auténticos mundos en miniatura, dada su insularidad[35], tendrá como consecuencia las sombrías reflexiones que Prendick, tras escapar de la isla de Moreau, puesto que los *humanimales* han regresionado a su estado puramente animal, y después de haber sido recogido en alta mar por un navío, se hace, una vez asumida y trascendida su alucinante experiencia, ya de vuelta en Inglaterra, en el Capítulo 22, y último:

«No lograba quitarme de la cabeza la idea de que los hombres y mujeres que conocía eran otros Monstruos pasablemente humanos, animales con forma de persona, y que en cualquier momento podían comenzar a transformarse, a mostrar este o aquel síntoma de su naturaleza bestial. [...] Veo

unos rostros resplandecientes y animados, otros sombríos o peligrosos, otros inseguros, insinceros; ninguno que tenga la autoridad reposada de un alma sensata. [...] Me he alejado del caos de las ciudades y las multitudes, y me paso el día rodeado de libros doctos[36], ventanas llenas de luz en esta vida iluminada por las almas resplandecientes de los hombres.»

Prendick vuelve su mirada hacia los cielos, y parece como si sus anhelos, nostalgias y ensoñaciones más secretas hallasen, años más tarde, eco en el viajero de *Hacedor de estrellas*, la excelente novela de otro filósofo y, a su manera, evolucionista, Olaf Stapledon, quien «una noche, descorazonado, subiría a una colina».

De otros doctores y otras islas

H. G. Wells, personalidad ecléctica y en absoluto inmovilista, que tan pronto se encendía por una idea o una persona, como le ocurría todo lo contrario; amigo de Henry James (más tarde rompería con él), de Joseph Conrad o de Stephen Crane; pacifista y partidario del desarme, socialista utópico y viajero infatigable — visitaría a Lenin, a Stalin, a Gorki, a Paulov, a Freud, a Roosevelt... — no podía por menos de suscitar admiradores y partidarios y, también en su obra de ficción, continuadores y plagiarios, que han seguido dos ejes diferentes y perfectamente distinguibles, que nacen de dos de sus más imaginativas obras: *La máquina del tiempo* y *La isla del Dr. Moreau*. Si la primera de ellas inauguraba, por así decir, el tema del viaje transtemporal, la segunda daría paso a todo tipo de ficciones sobre la evolución controlada (o, con mucha frecuencia, descontrolada), la ingeniería genética y, por la vía de la misma evolución, en este caso de la lógica, la robótica.

La evolución controlada

A la evolución controlada, en particular a la transición deliberada de animales y plantas a hombres, va dedicado el

presente apartado, que observará un orden cronológico. No es necesario añadir que, dada la complejidad de lo tratado, el tema no quedará, ni mucho menos, agotado.

*La regresión
o involución en
Arthur Machen*

Por ello, no sería adecuado dejar de mencionar un relato del británico Arthur Machen, relacionado, si no con la evolución, sí con su opuesto, la regresión o involución. Me refiero al episodio *La historia del polvo blanco*, perteneciente al ciclo de *Los Tres Impostores*, que fuera publicado entre 1894 y 1895, esto es, muy poco antes de *La isla del Dr. Moreau*. Aunque Machen siga los vientos místico-ocultistas de la *Golden Dawn*, alejados, aunque no tanto como se cree, de los cientifistas de Wells, en su relato en cuestión nos va a narrar lo que le sucede al joven Leicester por consumir reiteradas dosis de *vinum sabbati* (el polvo blanco que da nombre al título), quien acabará degradándose en una materia protoplásmica que ensucia el suelo de su habitación, que para Machen no viene a ser otra cosa que el «limo primordial», o *seminal viscosity*, del que hablara Thomas Vaughan, el alquimista del siglo XVII, en particular en su obra *Lumen de Lumine*, y de donde hacía proceder toda la vida de este planeta, tal y como apunta Ron Weighell[37].

*Joseph
Conrad*

Asimismo, es innegable la estrecha relación de caracteres existentes entre Moreau y Kurtz, el protagonista de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, escrita entre 1898 y 1899, y publicada en 1902. Curiosamente, Conrad había conocido a Wells

en 1898... Recuérdese que, en esta novela, según el análisis de Araceli García[38], mientras que Marlow, el antagonista de Kurtz, va a ser consciente de los cambios que la jungla africana opera en su carácter, Kurtz sucumbe ante su verdad oculta, dejando que sus instintos afloren bajo el leve barniz de los convencionalismos sociales. El peculiar modo de ser de Kurtz y, fundamentalmente, de sus «hábitos», se hace mucho más patente en la versión fílmica de la obra que, en 1979, realizaron John Milius para el director Francis Ford Coppola, con el título de *Apocalypse Now*.

E. R. Burroughs
y *R. E. Howard*

Curiosamente, esta llamada ancestral de África será escuchada treinta años más tarde por dos norteamericanos, sobre los que se volverá más adelante: Edgar Rice Burroughs, quien situaría en aquel continente a su héroe Tarzán, y Robert Ervin Howard, cuyo personaje Solomon Kane, especie de Quatermain justiciero, llevaría a cabo en África la mayor parte de sus hazañas.

Maurice
Renard

El primero de los ecos que, fuera del Reino Unido, suscita *La isla del Dr. Moreau*, se concreta en la novela de Maurice Renard, publicada en 1908, *El doctor Lerne*, la cual, a modo de prólogo, va dedicada al propio H. G. Wells. En su castillo de las Ardenas, el enloquecido científico realiza experimentos relacionados con la técnica del trasplante y la reanimación de cadáveres, lo que relaciona la novela con dos relatos de H. P. Lovecraft: *Herbert West, reanimador*, de 1921, y *La cosa en el umbral*, de 1933.

Gustave
Le Rouge

Poco después, en 1912, otro francés, Gustave Le Rouge, daría

comienzo a las aventuras de uno de sus personajes más siniestros, el doctor Corneluius Kramm [39], «escultor de carne humana», jefe de una organización criminal conocida con el nombre de «La Mano Roja», y allegado próximo, si no pariente, de otros genios del crimen: Moriarty, Fantomas, Mabuse o el Doctor No.

*Bugakov y
Baliaev*

La ciencia ficción rusa, en las novelas de Mijail Bulgakov, *Los huevos fatales* (1924) y *Corazón de perro* (1925), y de Alexander Beliaev, *El hombre anfibio* (1928), haría hincapié en este tema de la ciencia utilizada para «mejorar» especies ya existentes, aunque, en la primera de las obras señaladas, *Los huevos fatales*, un supuesto avance de la ciencia se convierta, debido a un accidente, en una terrible pesadilla.

*Aldous
Huxley*

En 1932, Aldous Huxley, nieto de Thomas Henry Huxley, de quien anteriormente se hablara como de uno de los científicos que habían influido en la obra de ficción de Wells, publicaba su distopia *Un mundo feliz*. De esta conocida novela, relacionada con el «tema de Moreau», por lo que tiene de manipulación sobre la naturaleza, en este caso la humana, el propio Huxley, en su ensayo de 1958 *Nueva visita a un mundo feliz (Brave New World Revisited)*, refiriéndose a las operaciones a las que son sometidos los miembros de aquella sociedad futura, diría que «los seres finalmente decantados de ese modo *eran casi humanos, pero podían realizar trabajos que no necesitasen pericia, y si se les condicionaba debidamente...* se podía dar por sentado que *no darían problemas a sus superiores* [40]».

*Tarzán
y el
hombre-león*

La siguiente aproximación a Moreau por vía, posiblemente, de la comentada obra de Maurice Renard o de las otras de H. P. Lovecraft, por la utilización de métodos *cuasi* necrománticos, la constituye una de las novelas de la serie *Tarzán* de Edgar Rice Burroughs, esto es, *Tarzán y el hombre-león* (*Tarzan and the Lion-Man*), de 1934, en donde nos enteramos de que, en pleno corazón de África, un sabio demente que ha descubierto en 1857 la existencia, en el hombre, de unas células que sobreviven a la muerte, ha trasplantado todas las células de este tipo, que ha podido extraer los cadáveres de las personalidades regias sepultadas e la Abadía de Westminster, en los cuerpos de unos gorilas, dando lugar a que éstos erijan en mitad de la selva, y a orillas de un río, una ciudad a la que, sorprendentemente, llaman Londres. Tras esto, no resulta extraño que hablen un correctísimo inglés, aunque algo arcaizante, por supuesto, y que ostenten nombres como los de Enrique VIII, Suffolk o Ana Bolena.

El científico vive, sin dejarse ver por nadie, en un elevado castillo que domina la ciudad y al que se ha dado el nombre de «Cielo», en un guiño «grotesco teológico» a quien ya sabemos. Pero su existencia se halla lejos de ser «divina», por lo que se lamenta de esta suerte:

«Mis gorilas habían heredado de sus padres artificiales su cerebro y sus órganos bucales... Bajo mi dirección han construido esta ciudad, a la que he llamado Londres, a orillas de este río, al que he dado el nombre de Támesis [...] les he entregado leyes, me he convertido en su dios, les he otorgado la gracia de una familia real y de títulos de nobleza. Me lo deben todo y, sin embargo, algunos de ellos se vuelven contra mí y quieren suprimirme. ¡Sí! Se han vuelto como todos los hombres, ambiciosos, traidores y crueles.»

Karel
Capek

El prolífico autor checo Karel Capek, en su novela humorística de 1936, *La guerra de las salamandras*, incide, una vez más, en el tema de los animales dotados de razón que, en este caso, compiten con el hombre.

También en 1936 y en el número de diciembre de la prestigiosa revista norteamericana *Weird Tales* (y, habría que decir, de manera póstuma, pues el autor se había suicidado pocos meses antes, en junio) aparece el relato de Robert E. Howard, *El negro sabueso de la muerte* (*Black Hound of Death*), que narra la venganza que Adam Grimm, un explorador norteamericano, capturado en el desierto de Gobi por una secta de «adoradores del Diablo», cobra en la persona del compañero de expedición que le dejara abandonado a su propia suerte, para, con ello, salvar su propia vida, y en quien sus captores operaron terribles cambios, que lo han convertido en un monstruo:



*Cubierta
del artista
Jean-Michel
Nicollet para
una selección
de relatos
de Robert
Ervin Howard,
editada en 1986
por Néo,
de París,
y que recoge
uno de
los instantes
del relato
El negro sabueso
de la muerte*

«La nariz, la boca y las mandíbulas excedían en horror a la más demente de las pesadillas... habían sido estiradas de manera repugnante, como si fueran el hocico de un animal. No tenía mentón; sus mandíbulas eran tan salientes como las de un perro o las de un lobo, y sus dientes, puestos al descubierto por unos labios de rictus bestial, eran relucientes colmillos. No podría explicar la manera gracias a la cual aquellas mandíbulas podían articular palabras humanas.

Pero el cambio era más profundo y no se limitaba solamente a los rasgos, a su aspecto exterior. En sus ojos, que relucían como las brasas de los fuegos del Infierno, había un resplandor que jamás ha brillado en los ojos de ningún ser humano. Cuando los sombríos monjes demoniacos de Yahlgan habían modificado el aspecto del rostro de Adam Grimm, habían

realizado en su alma un cambio análogo. Ya no era un ser humano; se había convertido en un auténtico hombre-lobo, tan terrible como los de las leyendas medievales.»

*Olaf
Stapledon*

En 1944, el filósofo británico Olaf Stapledon, que trasluce en todas sus obras de ficción su anhelo de que la Creación llegue, algún día, a trascenderse a sí misma, publica su novela *Sirio*, en la que describe lo sucedido a un perro pastor alemán, Sirio, cuando alcanza un elevado grado de inteligencia, como resultado de la intervención de un fisiólogo de Cambridge, el profesor Thomas Trelone, quien ha practicado en él la cirugía cerebral, y sobre sus ascendientes todo tipo de cruces selectivas, amén de inyecciones de diferentes hormonas.

*Jack
Williamson*

Jack Williamson, uno de los escritores estadounidenses de ciencia ficción más prolíficos, publica en 1951 su novela *La isla del Dragón*, que le sirve de pretexto para desarrollar las ideas eugenésicas de Wells: el Dr. Kendrew no sólo ha sido capaz de obtener superhombres dotados de percepción extrasensorial, sino que, a partir de un alga, ha creado un ser primitivo que desarrolla todo tipo de trabajos sin consumir energía que resulte gravosa, ya que la sintetiza a partir de la función clorofílica. Sin embargo, Kendrew sólo es, a pesar de una siniestra agencia gubernamental, que piensa lo contrario, un sabio filántropo, que carece de las características negativas de Moreau. Años más tarde, en 1980, Williamson desarrollaría el tema del superhombre en su novela *Hermano de los demonios, hermano de los dioses* (*Brother to Demons, brother to Gods*), que presenta una humanidad futura formada por cuatro especies: *homo verus*, *homo mutatus*, *homo divinus* y *homo ultimus*[41].

W. D. Roberts
y T. N. Scortia

Al igual que Prendick, una vez en la isla de Moreau, se entera de que sus habitantes no son humanos, los protagonistas de dos novelas cortas de 1973, *Un personaje de sangre real* (*A Personage of Royal Blood*), de Willo David Roberts, y *Tú, bueno y leal* (*Thou Good and Faithful*), de Thomas N. Scortia, que se enamoran de sendas habitantes de los respectivos planetas a los que llegan, acabarán descubriendo que toda la vida que en ellos existe proviene de las mutaciones sobrevenidas a unos animales domésticos.

Gene Wolfe

Gene Wolfe, el célebre escritor norteamericano, que cultiva, por igual, la ciencia ficción, la fantasía histórica y el terror, comenzó a publicar, a partir de 1970, cinco historias relacionadas con el tema tratado, que, junto con otras nueve, aparecerían en un volumen de 1980, que tomaría el título de la primera, sin duda alguna la mejor, esto es, *La isla del Dr. Muerte y otras historias*, y en la cual, su protagonista, un niño desatendido por su madre, lee una ficción inspirada en *La isla del Dr. Moreau*, y que, dada su mentalidad infantil y la falta de cariño, incorporará a su vida cotidiana, consiguiéndose, de tal manera, una deliciosa e imaginativa obra literaria.

Harry
Harrison

El tema de la evolución de las especies también tentaría al norteamericano Harry Harrison, quien lo ha incorporado a su, por

ahora, trilogía *Edén*, en donde humanos y descendientes evolucionados e inteligentes de los dinosaurios, las *yilané*, que suplen su falta de máquinas con la ingeniería genética, compiten por el dominio de la Tierra, en un marco prehistórico que resulta bastante convincente: se trata de una obra reciente, ya que la primera entrega de la serie, *Al Oeste del Edén*, apareció en los Estados Unidos en 1984.

Brian Aldiss

Este breve recorrido por las variaciones de un tema principal, el de la *Isla del Dr. Moreau*, encuentra su apropiado *finale* en *La otra isla del Dr. Moreau*; escrita en 1980 por el británico Brian Aldiss. En ella, Mortimer Dart, una víctima de la *talidomida*, recrea en la misma isla de Moreau (se trataba de un tal Angus Mc Moreau, discípulo de T. H. Huxley, Dart *dixit*) los experimentos del siniestro doctor, en un decorado *fin de siècle* (no el XIX, sino el XX). Aunque Aldiss no llega a la intensidad y horror del original, sumergiéndose, de vez en cuando, en la parafernalia de la ciencia ficción, su obra se lee con cierto interés.

Y el espíritu de Moreau se hizo imagen

En este apartado se hablará de la adaptación a los medios visuales, fundamentalmente al cine, de *La isla del Dr. Moreau*.

El cómic

Pero antes, y para no alejarnos excesivamente de lo literario, será cuestión de mencionar un cómic.

Se trata de *Rowlf*, original del artista norteamericano Richard Corben, escrito y dibujado en 1971 (la versión coloreada es de 1979): con una innegable deuda al *Sirio* de Olaf Stapledon, nos habla del amor que Rowlf, un perro pastor alemán siente hacia su ama Yara. Cambiando ciencia por magia, el discurso de ciencia ficción se muda en otro de fantasía, en este caso, fantasía heroica.

La historia tiene lugar en el país medievalizante de Canis, que es asaltado por una horda de bestiales soldados, pertrechados con equipo similar al de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, que hablan un lenguaje parecido al esperanto. Rowlf, sospechoso de haber dado muerte a su ama, cuando lo único que ha hecho ha sido defenderla del ataque de sus bestiales agresores, sin lograr, no obstante, impedir su rapto, es convertido en *canis sapiens*, como resultado del encantamiento imperfecto operado por el brujo Sortrum, ante quien ha sido conducido para ser transformado en hombre, a fin de que pueda narrar todo lo sucedido. Lo que sigue es el texto de todo aquel proceso mágico:

—¡Gor il-sum-kum Neda-Litlat... Canis-Rowlf-Mob!... ¿Eh? ¿Qué? —el brujo es distraído por una voz—. Mobilus... ¡Uf! ¡Mobilus Rowlf...! ¡No! ¡Callaos de una vez! ¡Me vais a estropear todo! ¿Rowlf Canis Mobili... en Homo Sapiens?... ¿Mobilus Canis Sapiens?... —nuevas interrupciones—. ¡Imbécil, habéis hecho que confunda el encantamiento!

Rowlf había cambiado... ¿Era un hombre? No del todo. El error del brujo había creado algo que era totalmente nuevo. ¿Era una criatura válida? ¿Podría integrarse en el universo?... Rowlf se despertó... poco a poco. Como de un largo sueño. Se sentía diferente, transformado, y le asaltaban extraños pensamientos.

El cine

Tras este preámbulo hay que decir que no sólo Moreau, sino el propio H. G. Wells ha sido llevado a la pantalla.



*Moreau con
una de sus
criaturas.
Fotograma de
La isla de las
almas perdidas,
realizada por
E. C. Kenton
en 1932.
Charles
Laughton
interpretaba al
Dr. Moreau*

Me refiero, por supuesto, a una versión ficticia de uno de los mejores momentos de su vida, que se combina con la «invención» de la máquina del tiempo (en efecto, la de la novela del mismo título, han leído bien) y con Jack el Destripador, el tristemente célebre psicópata Victoriano.



*Dos de
las criaturas
de Moreau,
según
la versión
de Kenton*

El responsable del sabroso y ocurrente desaguisado, que llegó a las pantallas en 1979 con el título de *Time after Time*, fue Nicholas Meyer, autor del *pastiche* de 1974, ¡*Elemental, Dr. Freud!* (*The Seven-per-cent-Solution*[42]) y de otra obra de la misma categoría, *Horror en Londres* (*The West End Horror*), de 1976, en donde, junto a los dos inmortales detectives creados por Conan Doyle, aparecen las conocidas figuras de George Bernard Shaw o de Oscar

Wilde.

*Primera
incidencia
de Moreau
en el cine*

Pero, curiosamente, la primera incidencia en el cine del personaje de Moreau no se dio en una adaptación de la novela, sino en un film de 1922 inspirado claramente en ella, *Un trato a ciegas* (*A Blind Bargain*), del director Wallace Worsley: el doctor Lamb (Lon Chaney) accede a curar a la madre enferma del joven Robert, a cambio de que éste actúe como conejo de Indias. Más tarde, el joven se dará cuenta de que el deforme ayudante del doctor (nuevamente Lon Chaney, que hace un doble papel, cosa habitual en él) es, en realidad, un hombre-mono, resultado de un experimento anterior del científico que resultó fallido. La criatura muestra a Robert la habitación secreta en donde Lamb lleva a cabo sus experiencias, y que se halla atestada de horribles criaturas enjauladas. Ante aquella intromisión, el Dr. Lamb agrede a Robert. Cuando está a punto de practicar en él la vivisección, el hombre-mono pone en libertad a uno de los monstruos enjaulados, que acaba con el desequilibrado científico.

*Primera
adaptación
cinematográfica
de la obra*

En 1932, el director Erie C. Kenton filmaría para la Paramount la primera adaptación cinematográfica de *La isla del Dr. Moreau*, que recibiría el sugestivo título de *La isla de las almas perdidas* (*Island of Lost Souls*), de setenta y dos minutos de duración.



*Richard Arlen,
Leyla Hyams
y Charles
Laughton
en otro
fotograma
del film
de Kenton*

La estrella del film era, incuestionablemente, el actor Charles Laughton, quien interpretaba a Moreau, arropado en un excelente reparto: Richard Arlen, Leila Hyams, Kathleen Burke, Bela Lugosi, Harry Ezekian y, en papeles de hombre-mono, posiblemente, sus primeras actuaciones en la pantalla, tres actores que llegarían a ser estrellas: Alan Ladd, Randolph Scott y Larry «Buster» Crabbe [43].

En líneas generales, éste es el argumento del film: Tras un naufragio, Edward Parker (Richard Arlen) llega a la isla de Moreau, siendo recibido en ella por el científico. Sus sospechas no tardarán en verse confirmadas: los extraños habitantes de la isla no son otra cosa que animales transformados en hombres, debido a las operaciones a las que se han visto sometidos por el doctor, a quien temen casi tanto como a la «Casa del Dolor», que es el edificio en donde se llevan a cabo las mismas. Lota (Kathleen Burke), la mujer-pantera, única creación femenina de Moreau, siguiendo las instrucciones de éste, intentará seducir a Parker, pero la llegada a la isla de Ruth Walker (Leyla Hyams), su novia, va a frustrar sus planes. Moreau, que no se da por vencido, y que desea el fruto de la unión entre un humano y un *humanimal*, enviará a Gola (Harry Ezekian), un hombre-gorila, a conseguir de Ruth lo que no pudo

darle Lota, al tiempo que ordena asesinar al capitán del bote que condujo a Ruth hasta la isla, para evitar que ésta pueda escapar. Las criaturas de Moreau, excitadas por aquella muerte y capitaneadas por el Recitador de la Ley (Bela Lugosi), se rebelan contra Moreau, a quien, en los últimos momentos del film, conducen a la Casa del Dolor, para hacerle sufrir, en carne propia, sus experimentos, en lo que se ha convertido en una de las escenas más impactantes de la historia del cine. Parker y Ruth serán los únicos en librarse de la convulsión final.

*A Wells
no le gusta
el film*

Aunque por la dirección, la interpretación y, justo es decirlo, el guión, que hacía pocas concesiones a Hollywood, el film era, y es, excelente, fue acogido con frialdad por el propio H. G. Wells, quien diría de él que



*Moreau
es apresado
por sus criaturas*

«era pésimo», sin ocultar que se sentía ultrajado por los cambios efectuados en la novela.

Debido, con toda seguridad, a consideraciones de tipo ideológico, y no por hacerle un favor a Wells, el film estaría prohibido, durante cerca de treinta años, en algunos países, entre ellos Gran Bretaña, Nueva Zelanda y algunos de los estados del Medio Oeste de los Estados Unidos, lo que supuso una frustración

para los cinéfilos[44].

Diez años más tarde, en 1943, William Baudine dirige *El hombre-mono* (*The Ape Man*[45]). En este film, Bela Lugosi

Otro
fotograma
de *La isla
de las almas
perdidas,
en la que
Bela Lugosi
(a la derecha)
encarnaba
al Recitador
de la Ley*



da vida a un científico que trabaja con un gorila, y que no sólo es el animal con el que experimenta en su laboratorio, sino también su mascota. Como resultado de un accidente, acabará desarrollando los rasgos del simio, dedicándose a asesinar a muchachas jóvenes, para preparar con su fluido espinal una especie de antídoto, que le permite recobrar, aunque sólo temporalmente, su apariencia. Pero sus esfuerzos resultarán ímprobos y al final, el gorila le dará muerte.

*Jekyll
y Hyde*

Este último film se halla íntimamente relacionado con el tema del *doble*, tal y como la expusiera magistralmente Robert Louis Stevenson en su obra *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, publicada en 1886, diez años antes de la aparición de *La isla del Dr. Moreau*, novela que, digámoslo ahora, a punto de acabar este Apéndice, también plantea este tema, pero no a escala individual, no a la que enfrenta a Jekyll con Hyde, sino a la que contrapone la

humanidad, la ética y el raciocinio a la bestialidad, la evolución incontrolada y los instintos.

Versión filipina

En 1959, el cine filipino realizaría una nueva versión del clásico wellsiano, debida al director Gerardo de León.



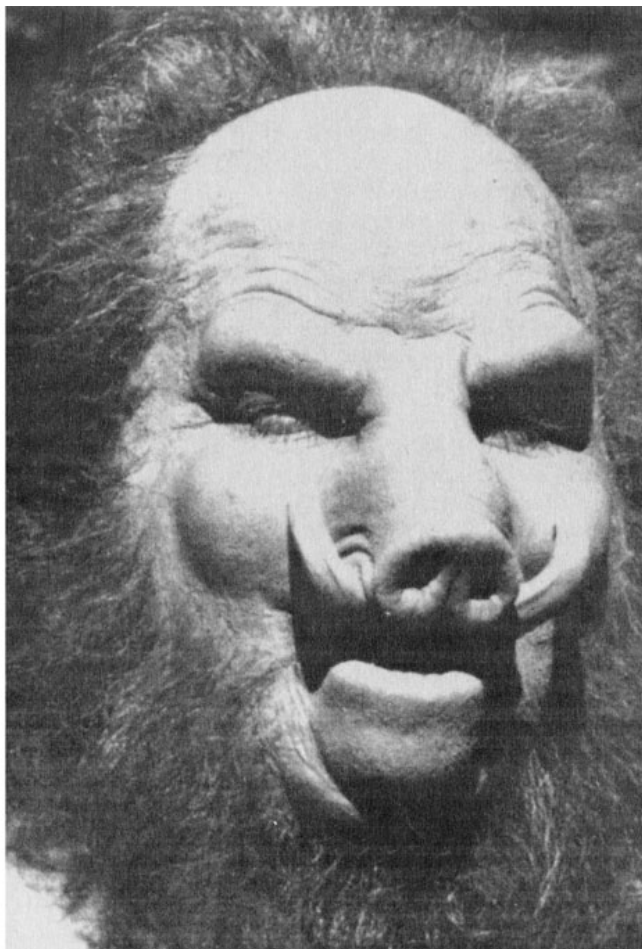
*El
Hombre-hiena,
según
la versión
cinematográfica
que realizó
Don Taylor
en 1977*

El título del film sería muy sugestivo: *El terror es un hombre (Terror is a Man)*, aunque no diera a entender de manera evidente el argumento, que se centra en los intentos que en la usual isla, en esta ocasión la Isla Sangrienta, hace el científico loco de turno para

convertir a un leopardo en hombre.

En 1969, Gerardo de León regresaría al mismo argumento, acompañado por Eddie Romero en la dirección, con *El doctor loco de la Isla Sangrienta* (*The Mad Doctor of Blood Island*), remake de su obra anterior, cayendo en el viejo topos de criaturas subhumanas y monstruos verdosos, antaño hombres, a los que se inyectó (*sic!*) clorofila.

*El
Hombre-jabalí
del mismo film*



*Otras
variaciones*

En 1970, el cine mejicano ofrecía, inconsideradamente, a la considerada atención de los espectadores de habla española, uno de sus más notorios engendros, en la especie del film *La horripilante bestia humana*, dirigida por René Cardona, según un guión propio, que había contado con la colaboración de su hijo: un cirujano implanta a su hijo, enfermo de leucemia, el corazón de un gorila. Pero la operación tendrá una «contraindicación» inesperada, puesto que el joven se comportará, irremisiblemente, como un simio.

Al año siguiente, estamos ya en 1970, Eddie Romero regresaría con una nueva adaptación, esta vez más degradada aún, de lo que ya se había convertido en un mito: la isla de Moreau. El título, en aquella ocasión era el de *El pueblo crepuscular (Twilight people)*: se trataba de una inversión del proceso de Moreau, ya que los seres humanos acababan convertidos en animales, por lo que en el film pululaba algún que otro hombre-antílope, acompañado, también, por alguna que otra mujer-árbol [46].

La mutación (The Mutation), de Jack Cardiff, estrenada en 1972, guarda gran parecido con la cinta anterior, con la diferencia de que en ella interviene el excelente actor Donald Pleasence: asimismo, se persigue la obtención de híbridos de animales y plantas, mediante la utilización para el repulsivo proceso de sangre humana, catalizador indispensable. Los fracasos de los experimentos son exhibidos en una especie de circo ambulante, lo que, en cierta manera, relaciona el film con *Freaks*, de 1932, de Tod Browning.

*Burt Lancaster
y Michael York*

La última variación cinematográfica de *La isla del Dr. Moreau*, que al menos ha tenido el valor de mantener el título de la obra literaria original, fue realizada en 1977, por Don Taylor. En ella, Burt Lancaster y Michael York daban vida, respectivamente, a Moreau y a Prendick. El rodaje tuvo lugar en las Islas Vírgenes, y los efectos de maquillaje, creados por un equipo de especialistas



*El Hombre-toro
del mismo film*

como John Chambers, Dan Striepeke y Tom Burman, sólo resultaron comparables, por lo espectacular, con los utilizados en *El planeta de los simios* (1968) de Franklin J. Schaffner.

*Charlton
Heston*

Con esta producción de Don Taylor y la noticia de la existencia de una versión filipina de la misma, depurada de sus «aspectos desagradables», y dirigida por el mismo director,



*El
Hombre-león
del mismo film*

que incorporaba al reparto al actor Charlton Heston en el papel de Moreau[47], puede darse por terminado este periplo imaginario por *Las otras islas del Dr. Moreau*, de las que, en estos últimos tiempos, podría decirse que han aumentado de tamaño hasta alcanzar las dimensiones de continentes que nos resultan hartamente conocidos, de suerte que, en esta agitada vida nuestra, en que la ingeniería genética y los andróides (valgan de ejemplo esas nuevas especies frutales de extraños sabores y el *Blade Runner* de Philip K. Dick y Ridley Scott) nos acechan, ya no es menester que, para ir a su encuentro, debamos surcar mares ignotos, pues, parafraseando (un tanto sarcásticamente) a Eluard, y como temía Prendick (o Wells), ya están en nosotros.

Javier M. LALANDA

Bibliografía

* Sin año.

1 Reeditadas en *The Country of the Blind* (1911).

2 Contenidas en *El país de los ciegos y otras narraciones*.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1888	<i>The Chronic Argonauts</i>	<i>Crónica de argonautas</i>
1895	<i>Select Conversations with an Uncle, Now Extinct, and Two Other Reminiscences</i>	<i>Conversaciones selectas con un tío, ya muerto, y otras dos reminiscencias</i>
1895	<i>The Time Machine: an invention</i>	<i>La máquina exploradora del tiempo</i> (1926).
1895	<i>The Wonderful Visit</i>	<i>La visita maravillosa</i>
1895	<i>The Stolen Bacillus, and Other Incidents</i> — Contiene: <i>The Stolen Bacillus</i> ¹ ; <i>The Flowering of the Strange Orchid</i> ¹ ; <i>In the Avu Observatory</i> ¹ ; <i>The Triumphs of a Taxidermist</i> ; <i>A Deal in Ostriches</i> ; <i>Through a Window</i> ; <i>The Temptation of Harringay</i> ; <i>The Flying Man</i> ; <i>The Diamond Maker</i> ; <i>Epyornis Island</i> ¹ ; <i>The</i>	<i>El bacilo robado, y otros incidentes</i> — Contiene: <i>El bacilo robado</i> ; <i>El florecimiento de la extraña orquídea</i> ; <i>En el observatorio Avu</i> ; <i>Los triunfos de un taxidermista</i> ; <i>Una venta de avestruces</i> ; <i>A través de la ventana</i> ; <i>La tentación de Harringay</i> ; <i>El hombre volador</i> ; <i>El fabricante de diamantes</i> ; <i>La isla Epyornis</i> ; <i>El</i>

	<i>Remarkable Case of Davidson's Eyes</i> ¹ ; <i>The Lord of the Dynamos</i> ¹ ; <i>The Hammerpond Park Burglary</i> ; <i>A Moth Genus Novo</i> ¹ ; <i>The Treasure in the Forest</i> ¹ .	<i>extraordinario caso de los ojos de Davidson</i> ; <i>El señor de las dinamos</i> ; <i>El robo de Hammerpond Park</i> ; <i>Una mariposa nocturna genus novo</i> ; <i>El tesoro del bosque</i> .
1896	<i>The Red Room</i> ² .	<i>La habitación roja</i> .
1896	<i>The Island of Dr. Moreau</i> .	<i>La isla del Dr. Moreau</i> (s. a.)*.
1896	<i>The Wheels of Chance: a holiday adventure</i> .	<i>Las ruedas de la fortuna: una aventura de vacaciones</i> .
1897	<i>The Plattner Story, and Others</i> . — Contiene: <i>The Plattner Story</i> ¹ ; <i>The Argonauts of the Air</i> ; <i>The Story of the Late Mr. Elvesham</i> ¹ ; <i>In the Abyss</i> ; <i>The Apple</i> ; <i>Under the Knife</i> ¹ ; <i>The Sea Raiders</i> ¹ ; <i>Pollock and the Porroh Man</i> ; <i>The Red Room</i> ¹ ; <i>The Cone</i> ¹ ; <i>The Purple Pileus</i> ¹ ; <i>The lilting of Jane</i> ¹ ; <i>In the Modern Vein</i> ; <i>A Catastrophe</i> ; <i>The Lost Inheritance</i> ; <i>The Sad Story of a Dramatic Critic</i> ; <i>A Slip Under the Microscope</i> ¹ .	<i>La historia de Plattner, y otras</i> . — Contiene: <i>La historia de Plattner</i> ; <i>Los argonautas del aire</i> ; <i>La historia del difunto señor Elvesham</i> ; <i>En el abismo</i> ; <i>La manzana</i> ; <i>Bajo el cuchillo</i> ; <i>Los invasores del mar</i> ; <i>Pollock (1941)</i> ; <i>La habitación roja</i> ; <i>El cono</i> ; <i>El sombrero de púrpura</i> ; <i>El plantón de Jane</i> ; <i>En estilo moderno</i> ; <i>Una catástrofe</i> ; <i>La herencia perdida</i> ; <i>La triste historia de un crítico dramático</i> ; <i>Un error bajo el microscopio</i> .

1897	<i>The Invisible Man: a grotesque romance</i>	<i>El hombre invisible</i> (s. a.)*.
1897	<i>Thirty Strange Stories</i> — Contiene: <i>The Reconciliation; The Rajah's Treasure; Le Mari Terrible</i> (historias no publicadas). Diez historias de <i>The Stolen Bacillus</i> y los relatos contenidos en <i>The Plattner Story</i>	<i>Treinta historias extrañas</i> — Contiene: <i>La reconciliación; El tesoro del rajá; El marido terrible</i> (historias no publicadas). Diez historias de <i>El bacilo robado</i> y los relatos contenidos de <i>La historia de Plattner</i>
1900	<i>Love and Mr. Lewisham</i>	<i>El amor de Mr. Lewisham</i> (1954).
1901	<i>The First Men in the Moon</i>	<i>Los primeros hombres en la luna</i>
1902	<i>The Sea Lady: a tissue of moonshine</i>	<i>La dama del mar</i> (s. a.)*.
1903	<i>Twelve Stories and a Dream</i> — Contiene: <i>Filmer; The Magic Shop</i> ¹ ; <i>The Valley of Spiders</i> ¹ ; <i>The Truth about Pyecraft</i> ¹ ; <i>Mr. Skelmersdale in Fairyland</i> ; <i>The Story of the Inexperienced Ghost</i> ; <i>Jimmy Goggles the God</i> ¹ ; <i>The New Accelerator</i> ¹ ; <i>Mr. Ledbetter's Vacation</i> ; <i>The Stolen Body</i> ; <i>Mr. Brisher's Treasure</i> ; <i>Miss Winchelsea's Heart</i> ¹ ; <i>A Dream of</i>	<i>Doce historias y un sueño</i> (s. a.). — Contiene: <i>Filmer; El bazar mágico; El valle de las arañas; La verdad acerca de Pyecraft; Mr. Skelmersdale en el país de las hadas; Historia del fantasma inexperto; Jimmy Goggles, el dios; El nuevo acelerador; Las vacaciones del Sr. Ledbetter; El cuerpo robado; El tesoro de Mr. Brisher; El corazón de Miss</i>

	<i>Armageddon</i> ¹	<i>Winchelsea; Un sueño de Armageddon</i> ²
1904	<i>The Food of the Gods, and How It Came to Earth</i>	<i>El alimento de los dioses</i> (1954).
1905	<i>A Modern Utopia</i>	<i>Una utopía moderna</i>
1905	<i>Kipps: the story of a simple soul</i>	<i>Kipps</i> (1954).
1906	<i>In the Days of the Comet</i>	<i>En los días del cometa</i> (1954).
1908	<i>The War in the Air, and Particularly how Mr. Bert Smallways Fared while it Lasted</i>	<i>La guerra en el aire, y particularmente de cómo le fue al señor Bert Smallways mientras duró</i>
1908	<i>Tono-Bungay</i>	<i>Tono-Bungay</i>
1909	<i>Ann Veronica: a modern love story</i>	<i>Ann Veronica</i> (1954).
1910	<i>The History of Mr. Polly</i>	<i>La historia del Sr. Polly</i>
1910	<i>The New Machiavelli</i>	<i>El nuevo Maquiavelo</i> (s. a.)*.
1911	<i>The Country of the Blind, and other stories</i> — Contiene: <i>The Obliterated Man; A Vision of judgment; The Empire of the Ants; The Door in the Wall; The Country of the Blind; The Beautiful Suit</i>	<i>El país de los ciegos y otras narraciones</i> (1919). — Contiene: <i>El hombre eliminado; Una visión del juicio; El reino de las hormigas; La puerta en el muro; El país de los ciegos; El hermoso traje</i> . Y todos los relatos mencionados en nota 1.
1912	<i>Marriage</i>	<i>Matrimonio</i> (1930).
1913	<i>The Passionate</i>	<i>Amigos apasionados</i>

Friends

- | | | |
|------|---|--|
| 1914 | <i>The World Set Free: a story of mankind</i> | <i>El mundo se liberta</i> (s. a.). |
| 1914 | <i>The Wife of Sir Isaac Harman</i> | <i>La esposa de Sir Isaac Harman</i> (s. a.). |
| 1915 | <i>Boon, the Mind of the Race, the Wild: Asses of the Devil, and the Last Trump: being a first selection from the literary remains of George Boon, appropriate to the times</i> | <i>Boon, el espíritu de la raza, los asnos salvajes del diablo y el último triunfo: una primera selección de la obra póstuma de George Boon, adaptada a la época</i> |
| 1915 | <i>Bealby: a holiday</i> | <i>Arturo Bealby. Aventuras veraniegas</i> (1919). |
| 1915 | <i>The Research Magnificent</i> | <i>La investigación sublime</i> (s. a.)*. |
| 1916 | <i>Mr. Britling Sees it Through</i> | <i>Lo que el señor Britling entrevé</i> |
| 1917 | <i>The Soul of a Bishop: a novel —with just a little love in it— about conscience and religion and the real troubles of life</i> | <i>El alma de un obispo</i> (s. a.)*. |
| 1918 | <i>Joan and Peter: the story of an education</i> | <i>Juana y Pedro. Historia de una educación</i> (s. a.)*. |
| 1919 | <i>The Undying Fire: a contemporary novel</i> | <i>El fuego imperecedero: una novela contemporánea</i> |
| 1922 | <i>The Secret Places of the Heart</i> | <i>Los rincones secretos del corazón</i> (s. a.)* |
| 1923 | <i>Men Like Gods</i> | <i>Los hombres dioses</i> (s. |

		a.)*.
1924	<i>The Dream</i>	<i>El ensueño</i> (s. a.)*.
1925	<i>Christina Alberta's Father</i>	<i>El padre de Cristina y Alberta</i> (s. a.)*.
1926	<i>The World of William Clissold: a novel at a new angle</i> (3 vols.).	<i>El mundo de William Clissold</i> (s. a.)*.
1927	<i>Meanwhile: the picture of a lady</i>	<i>Mientras tanto: retrato de una dama</i> (s. a.)*.
1928	<i>Mr. Blettsworthy on Rampole Island</i>	<i>Mr. Blettsworthy en la isla Rampole</i> (s. a.)*.
1929	<i>The King Who Was a King: the book of a Him</i>	<i>El rey que supo ser rey</i> (1929).
1929	<i>The Adventures of Tommy</i>	<i>Las aventuras de Tommy</i>
1930	<i>The Autocracy of Mr. Parham: his remarkable adventure in this changing world</i>	<i>La dictadura de Mr. Parham</i> (1931).
1932	<i>The Bulpington of Blup</i>	<i>Bulpington de Blup</i>
1933	<i>The Shape of Things to Come: the ultimate resolution</i>	<i>La forma de las cosas futuras: la última resolución</i>
1936	<i>The Croquet Player: a story</i>	<i>El jugador de croquet: un relato</i>
1937	<i>Star Begotten: a biological fantasy</i>	<i>La estrella engendrada: una fantasía biológica</i>
1937	<i>Brynhild</i>	<i>Brynhild</i>
1937	<i>The Camford Visitation</i>	<i>La visita a Camford</i>
1938	<i>The Brothers: a story</i>	<i>Los hermanos: una historia</i>

1938	<i>Apropos of Dolores</i>	<i>A propósito de Dolores</i>
1939	<i>The Holy Terror</i>	<i>El santo terror</i>
1940	<i>Babes in the Darkling Wood</i>	<i>Niños en el bosque oscuro</i>
1940	<i>All Aboard for Ararat</i>	<i>Pasajeros a bordo hacia el Ararat</i>
1941	<i>You Can't Be Too Careful: a sample of life 1901-51</i>	<i>No debes ser tan cuidadoso: una muestra de la vida en 1901-51</i>
1957	<i>The Desert Daisy</i>	<i>La margarita estéril</i>
1969	<i>The Wealth of Mr. Waddy: a novel</i>	<i>La riqueza del señor Waddy: novela</i>

Notas

[1] Médula de aceite desecada de la que se extrae el aceite de coco.

< <

[2] Órgano masticador situado en la boca de los gasterópodos, que funciona a modo de raspa. < <

[3] Tela cuyo tejido forma unas líneas diagonales. < <

[4] Se trata de Thomas Henry Huxley (1825-1895), fisiólogo británico que, de 1846 a 1850, tomó parte en una expedición científica por el océano Pacífico y por Insulindia. Amigo de Darwin, fue un defensor de las teorías de este. Enseñó zoología, fisiología y anatomía comparada, y fue un pionero de la enseñanza práctica de la biología. Fue, además, abuelo del escritor Aldoux Huxley (1894-1963). < <

[5] Horacio (65-8 a. de C.) fue un poeta latino, amigo de Augusto, cuyas obras se han clasificado en *Sátiras*, *Epodos*, *Odas* y *Epístolas*.
< <

[6] Se aplica a las plantas que crecen sobre los tallos de otras sin ser parásitas, viviendo del humus que se deposita entre sus raíces, como los musgos, líquenes y muchas orquídeas de las selvas tropicales.

< <

[7] Fulgor blanquecino que puede verse después de la puesta del sol o antes de su salida, en el plano de la eclíptica en forma de elipse muy alargada, cuyo centro parece estar ocupado por el sol. < <

[8] Acido que se extrae de la hulla y que se emplea como desinfectante. < <

[9] «No son hombres, son animales que hemos...» (En latín en el original.) Aunque en el texto aparece qui, debería decir quae. < <

[10] Puede tratarse de William Hunter (1718-1783), médico británico autor de una *Anatomía del útero grávido*, muy importante por su riqueza iconográfica, o de su hermano John (1738-1793), famoso cirujano de la marina, que reunió la mejor colección de historia natural de su tiempo. < <

[11] Soldados pertenecientes a un cuerpo de infantería del ejército francés en África. < <

[12] Esta novela la escribió Victor Hugo (1802-1885) en 1869. < <

[13] Nombre aplicado por los musulmanes a las mujeres hermosas que existen en su paraíso. < <

[14] Individuo de raza amarilla. < <

[15] El lector interesado en la vida, la época y el resto de la obra de Wells, puede consultar las tres ediciones de sus obras, ya publicadas en esta Colección: *La máquina del tiempo* (n.º 18), *El hombre invisible* (n.º 26) y *La guerra de los mundos* (n.º 44). < <

[16] Se trataba de un encargo de dicha publicación, que le había ofrecido 100 libras. < <

[17] Cf. Geoffrey West, *H. G. Wells*, La Nave, Madrid, 1936; excelente biografía de Wells, con información de primera mano, brindada por él mismo, y que, desde un principio, la amable amistad de Luis Alberto de Cuenca puso, incondicionalmente, entre mis manos. < <

[18] La *Atlantic Edition* de las obras de Wells, que consta de 28 volúmenes, fue editada en Londres y Nueva York por T. Fisher Unwin, desde 1924 hasta 1927. Sólo observa las obras aparecidas antes de 1924, para las que Wells escribió, en esta nueva edición, nuevos prefacios que dan una considerable visión de conjunto de su obra. < <

[19] Tal es mi traducción de la expresión inglesa *theological grotesque*. Haber escrito «que utiliza la teología desde un punto de vista grotesco» habría dado un sentido más correcto, pero también habría resultado, incomparablemente, más largo. < <

[20] *A Grotesque Romance*: es decir, la novela (*Romance*) indicada no guarda visos de realidad, de acuerdo con la definición dada, entre otros, por Walter Scott, para *Romance* y *Novel*, quedando esta última palabra, *Novel*, como la más apropiada a sucesos que parecen, ciertamente, factibles. < <

[21] Cf. Robert Crossley, *H. G. Wells*, Starmont House Inc., Mercer Island, Washington, U. S. A., 1986. < <

[22] Cf. Lovat Dickson, *H. G. Wells, His Turbulent Life and Times*, Penguin Books, Ltd., Hardmonsworth (Middlessex), Gran Bretaña, 1972. < <

[23] Crossley (cf. nota 6) recuerda que Wells es autor de dos ensayos sobre la evolución y el dolor, escritos en fechas muy próximas a la de *La isla del Dr. Moreau*. Se trata de *The Province of Pain* (1894) y *Human Evolution, an artificial Progress* (1896). < <

[24] Cf. Nota 2. < <

[25] Cf. H. G. Wells, *An Experiment in Illustration*, en *Strand Magazine*, febrero de 1920. < <

[26] Cf. H. G. Wells, *The Rediscovery of the Unique*, en *The Fortnightly Review*, N. S. 50, (julio de 1891), citado por Darko Suvin, *Metamorfosis de la ciencia ficción*, F. C. E., Méjico, 1984.

< <

[27] Cf. nota 11. < <

[28] Cf. Dougal Dixon, *Después del hombre: una zoología del futuro*, Hermann Blume, Madrid, 1982. < <

[29] Cf. G. H. R. von Koenigswald, *Historia del hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1971. < <

[30] Como, por ejemplo, el episodio de los Evangelios que menciona a los demonios que, al ser conminados por Jesucristo a abandonar los cuerpos de los hombres a los que habían estado poseyendo hasta entonces, entran en los de los cerdos de una piara que se halla en las proximidades. Cf. Mateo 8, 28-34; Marcos 5, 1-20; Lucas 8, 26-39. < <

[31] Cf. Sid Birchby, *Sexual Symbolism in W. H. Hodgson*, en *Riverside Quarterly*, 1, 1964-1965; traducción reciente al francés: Cf. *Le Chat Murr*, 3, junio 1983. < <

[32] Cf. nota 4. < <

[33] Se trata de un remedo del Evangelio de Juan, 16, 16: «Todavía un poco, y ya no me veréis, y todavía otro poco y me veréis.» < <

[34] Cf. Darko Suvin, *Approach to Topoanalysis and to the Paradigmatics of Dramaturgic Space*, en *Poetics Today*, vol. 8:2 (1987). < <

[35] Dentro de la multiplicidad de significados de la isla y, en particular, de los negativos, se da el de «aislamiento, soledad y muerte», según J. Eduardo Cirlot (Cf. J. E. Cirlot, *Diccionario de los símbolos*, Labor, Barcelona, 1969). Con esta apreciación se muestran de acuerdo J. C. Cooper (Cf. J. C. Cooper, *An Illustrated Encyclopaedia of Traditional Symbols*, Thames and Hudson, London, 1978) y J. Chevalier y A. Gherrbrant (Cf. J. Chevalier y A. Gherrbrant, *Dictionnaire des Symboles*, R. Laffont/Jupiter, Paris, 1982). < <

[36] Wells seguiría el consejo de Prendick, obteniendo el grado de doctor, con una tesis (naturalmente) en Zoología, a los 76 años, cuatro años antes de su muerte. < <

[37] Cf. Ron Weighell, *Sorcery and Sanctity: The Spagyric Quest of Arthur Machen: Artist and Mystic*, ed. por Mark Valentine y Roger Dobson, Caermaen Books, Oxford y Northampton, Gran Bretaña, 1986. < <

[38] Cf. Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, Alianza, Madrid, 1976. El excelente prólogo, de diez páginas, preparado por la traductora de la edición, es sumamente recomendable. < <

[39] Todas las aventuras del doctor Cornelius han sido recogidas recientemente en un grueso volumen, debido al buen quehacer de Francis Lacassin, con el título *Gustave Le Rouge*, en la colección «Bouquins» del editor Robert Laffont. < <

[40] La cursiva es mía. < <

[41] No es extraño que Williamson tenga en todas sus obras —no sólo en las mencionadas— influencias de H. G. Wells, ya que, al igual que su autor favorito obtendría su tesis doctoral a una edad avanzada. Su título, que es lo que ha originado la presente nota, ya que sería editada más tarde, no sería otro que *H. G. Wells: Critic of Progress*. < <

[42] En 1976 daría lugar a una versión cinematográfica con el mismo título, dirigida por Herbert Ross. < <

[43] Cf. James Robert Parish y Michael R. Pitts (editores), *The Great Science Fiction Pictures*, The Scarecrow Press Inc., Metuchen, N. J., U. S. A., 1977. < <

[44] No me resisto a transcribir el excelente análisis que Jean-Marie Sabatier (Cf. Jean-Marie Sabatier, *Les Classiques du Cinema Fantastique*, Balland, Paris, 1973) hace de este film: «Su adaptación de H. G. Wells es, sin duda la más hermosa de todas las que se hayan rodado..., técnicamente apabullante, al film no le ha salido una sola arruga en estos últimos cuarenta años. Kenton ha sabido resaltar, mucho mejor que Wells, el aspecto profundamente malsano de las experiencias del doctor Moreau, y uno no puede por menos de sentirse molesto al asistir a la célebre escena de amor entre Edward Parker y Lota, la mujer-pantera, o a la histeria de Bela Lugosi, recitando la ley dictada por el demiurgo loco. El delirio dulzonamente sádico de Charles Laughton y el final, cuando la bestialidad de las criaturas emerge y explota en una inextinguible sed de sangre, brotan de una inspiración que viene de fuentes muy distintas a aquellas que alimentan a algunos directores de hoy día, que se recrean en espectáculos sangrientos.» < <

[45] En Gran Bretaña, este título sería cambiado por el de *Cierren sus puertas* (Lock Your Doors). < <

[46] La moderna ingeniería genética no ha pensado en otra cosa, como puede verse en las obras de divulgación del biólogo, y autor de ciencia ficción británico, Brian Stableford. (Cf. Brian Stableford, *El hombre futuro. ¿Un mundo feliz o pesadilla genética?* Orbis, Barcelona, 1986). < <

[47] Cf. *Teo Mora, Storia del Cinema dell'Orrore, t. 2 ***, Fanucci, Roma, 1978. < <